



*La
Bestia
Interior*



INDICE

CAPITULO I LAS BRUJAS EN EL JARDIN DE LAS ROSAS	7
CAPITULO II EL RECHAZO	16
CAPITULO III EL PRINCIPE	22
CAPITULO IV LA HERMANITA DE LAS BRUJAS	30
CAPITULO V EL RETRATO DEL ALA OESTE	42
CAPITULO VI LA GRAN IDEA DE GASTON	53
CAPITULO VII LA PRINCESA Y EL RETRATO	62
CAPITULO VIII LA FLOR MARCHITA	70
CAPITULO IX LA ESTATUA EN EL OBSERVATORIO	77
CAPITULO X EL OBSERVADOR EN EL OBSERVATORIO	81
CAPITULO XI TE DE LA MAÑANA	88
CAPITULO XII EL MISTERIO DE LOS SIRVIENTES.....	96
CAPITULO XIII EL SINVERGUENZA	98
CAPITULO XIV EL DESCENSO	104
CAPITULO XV LA CAZA.....	106
CAPITULO XVI EL OCASO	109
CaPITULO XVII EL PRÍNCIPE EN EL EXILIO	112
CAPITULO XVIII EL ESPIA DE LAS HERMANAS EXTRAÑAS	115
CAPITULO XIX LOS LOBOS EN EL BOSQUE	125
CAPITULO XX LA BELLEZA EN LA BIBLIOTECA	131
CAPITULO XXI BELLA Y BESTIA	136
CAPITULO XXII EL ESPEJO ENCANTADO	141
CAPITULO XXIII EL COMLOT DE LAS BRUJAS	145





CAPITULO XXIV LA TRAICIÓN DE BELLA.....	148
CAPITULO XXV LA FIESTA DE LAS BRUJAS	152
CAPITULO XXVI LA ENCANTADORA	156
CAPITULO XXVII FELIZ PARA SIEMPRE.....	159





TRADUCCIONES MIDCYRU

Este libro ha sido traducido por y para fans por “EQUIPO MIDCYRU” con el único fin de entretener y hacer llegar a más personas estos fantásticos cuentos, la labor ha sido realizada sin fines de lucro con la única misión:

“QUE LA LECTURA NO ENCUENTRE OBSTACULOS”

Recuerden siempre apoyar al autor comprando su obra.

EQUIPO DE TRADUCCION

EVA C.

KYLAR

GRAVITY63

ANA/ LA HUERFANTA

LELE

CLAIRE VASQUEZ

ALEJANDRA BUSTAMANTE

MARIE Y

NICK VARCAR

INKHEART

VIRGI P.

PORTADAS Y CONTRAPORTADAS

GRAVITY63

DISEÑO EN PAGINAS

Nick VarCar

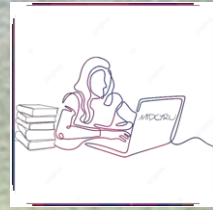
EDICION/CORRECCION

HYLLA DM

DANNY/@ADRV14

MAQUETACION

DANNY/@ADRV14



Muchas gracias, sin ustedes, nada de esto habría sido posible





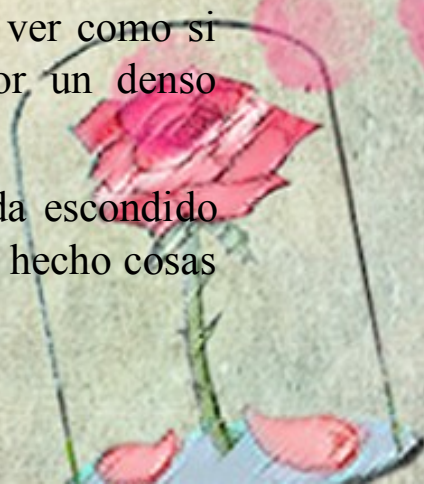


CAPITULO I LAS BRUJAS EN EL JARDIN DE LAS ROSAS

La bestia se encontraba en su jardín de las rosas, la abrumadora esencia de las nuevas flores lo hacían ponerse ligeramente mareado. Su jardín siempre parecía tener vida propia, como si las retorcidas vides espinosas pudieran envolverse a sí mismas alrededor de su acelerado corazón y poner así fin a su ansiedad. Había momentos en que él deseaba que lo hicieran, pero ahora su mente estaba llena con imágenes de la bella muchacha dentro de su castillo: Bella, tan valiente y noble, dispuesta a tomar el lugar de su padre como prisionera en los calabozos del castillo. Qué tipo de chica haría eso ¿dejar su vida tan fácilmente, sacrificando su libertad por la de su padre? La bestia se preguntaba si él sería capaz de hacer ese gran sacrificio. Él se preguntaba si sería capaz de amar.

Se mantuvo allí, contemplando su castillo visto desde los jardines. Trató de recordar como el castillo lucía antes de su maldición. Estaba tan diferente ahora —amenazante y vivo. Incluso las agujas de su castillo parecían perforar conscientemente el cielo con violento fervor. Él podía sólo imaginar cómo se vería el lugar desde la distancia. Era alto, imponente y estaba encaramado en el tope de la montaña más alta del reino, y eso lo hacía ver como si estuviera cortado de la montaña misma, rodeado por un denso bosque verde lleno de peligrosas criaturas.

Sólo desde que se había visto obligado a pasar su vida escondido dentro de sus miserables muros y en sus terrenos, había hecho cosas





tales como contemplar su entorno de esta manera: verlo realmente y, de hecho, sentirlo. Ahora contemplaba la luz de la luna, proyectando siniestras sombras sobre las estatuas que flanqueaban el camino que conducía desde el castillo a su jardín: grandes criaturas aladas más aterradoras que cualquiera de las cosas que aparecían en las antiguas historias que los tutores de su juventud le habían hecho estudiar. No podía recordar que esas esculturas estuvieran allí antes de que el castillo y sus tierras estuvieran encantadas. Habían aparecido muchos cambios desde que las brujas trajeron sus encantamientos. Los topiarios, por ejemplo, parecían gruñirle mientras merodeaba por el laberinto en noches como ésta, intentando distraerse de sus problemas.

Hace tiempo que se había acostumbrado a que las estatuas lo vigilaran, con sus ojos mirándolo cuando no las miraba directamente, con sus ligeros movimientos que él captaba solo por el rabillo del ojo. Él no podía escapar del sentimiento de ser observado, y casi se había acostumbrado a ello. Casi. Y la grandiosa entrada de su castillo le parecía una boca abierta preparada para devorarlo. Pasaba al aire libre el mayor tiempo posible. El castillo se sentía como una prisión, y a pesar de lo grande que era, lo confinaba y lo dejaba sin vida.

Una vez, cuando él era aún — ¡todavía se atrevía a pensarlo! — *humano*, él pasaba mucho de su tiempo fuera, acechando bestias salvajes en su bosque por deporte. Pero cuando él mismo se transformó en algo que ser cazado, durante los primeros años, se encerró en el Ala Oeste y nunca la abandonaba, haciendo que el resto del castillo estuviera en completo abandono.





Quizás ese era el motivo porque el que ahora odiaba estar dentro del castillo: él había pasado demasiado tiempo encerrado por su propio miedo.

Cuando el castillo fue encantado por primera vez, él pensó que su mente estaba jugándole trucos. La simple idea de la maldición lo condujo a la locura. Pero ahora sabía que todo lo que lo rodeaba estaba vivo, y estaba temeroso de que cualquier fechoría de su parte podría enviarlo en un frenesí, y sus enemigos podrían hacerlo sufrir incluso más por el dolor que él había causado a tantos antes de convertirse en la bestia. La transformación física era sólo parte de la maldición. Había mucho más, y era demasiado aterrador pensar en eso.

En este momento, él sólo quería pensar en la única cosa que podría calmarlo incluso ligeramente. Él quería pensar en ella.

Bella.

Miró hacia el lago en el lado derecho del jardín, la luna creaba hermosos patrones en la ondulante agua. Aparte de sus pensamientos sobre Bella, eso era la única tranquilidad que él se había permitido desde que lo maldijeron. Había pasado muchas horas aquí, teniendo cuidado de no ver su propio reflejo, aunque a veces se sentía tentado. Él estaba completamente consciente de la revolución que eso podría provocar en él.

Él había estado casi obsesionado con su reflejo cuando la maldición comenzó a atraparlo, le habían gustado bastante los pequeños cambios en su apariencia al principio, las profundas líneas, reflexionó, habían hecho que su joven rostro fuera más temible para sus enemigos. Pero ahora...ahora la maldición lo había sobrepasado completamente, no podía soportar la visión de sí mismo. Cada



espejo en el castillo había sido quebrado o quitado en el Ala Oeste. Sus terribles hazañas habían quedado grabadas en su rostro, y eso envió un sentimiento vacío y miserable a su tripa, enfermándolo.

Pero no era suficiente con eso.

Él tenía una bella mujer dentro de sus muros. Ella era una prisionera voluntaria, alguien con quien hablar, pero él aún no podía obligarse a enfrentarla.

Miedo.

Estaba aprisionándolo de nuevo. ¿Sería su miedo el que lo mantenía ahora afuera, después de que lo había mantenido *dentro* encerrado? ¿Miedo de entrar y enfrentar a la chica? Ella era una mujer sabia. ¿No tendría idea de que el destino de él estaba en *sus* manos?

Las estatuas lo observaron, como ellas siempre hacían, cuando escuchó el cliqueo de botas diminutas en el camino de piedra dirigiéndose en su dirección, perturbando su meditación...

¡Las hermanas extrañas! Lucinda, Ruby y Martha, un indistinguible trío de brujas con rizos negros como la tinta, una palidez lechosa con la textura de madera blanqueada, y rojos labios de muñeca, estaban ante él en su jardín de rosas. Sus caras estaban brillando con la luz de la luna como fantasmas con expresiones burlonas. Sus adornos brillaban como polvo de estrella en su oscuro jardín, mientras el plumaje de sus cabellos hacía que sus gestos de pájaros parecieran aún más grotescos. No estaban nerviosas por él; ellas estaban atrapadas en una constante serie de pequeños espasmos y gestos, como si estuvieran en constante comunicación entre ellas incluso cuando ellas no estaban hablando. Parecía que estuvieran tomando medidas de él. Y él las dejó. Se mantuvo en silencio hasta que fueran hacia él, esperando que fueran ellas las que hablaran primero.



Ellas aparecían cuando querían y siempre sin previo aviso. Nunca importaba si él estaba en el castillo o en su jardín. Hacía mucho tiempo que él se había rendido sobre que ellas aparecieran a *su* voluntad. Pronto descubrió que sus propios deseos no eran de importancia para ellas.

Sus risas eran estridentes y parecían burlarse del pequeño brillo de esperanza que las brujas detectaban dentro de su oscuro y solitario corazón. Lucinda fue la primera en hablar, como era su costumbre. No pudo evitar estar paralizado por su cara cuando ella le habló. Lucía como una extraña muñeca que hubiese cobrado vida, con piel de porcelana y ropa andrajosa, y su inquebrantable monótona voz solo hacia la escena más macabra.

—Entonces, has capturado una cosa bonita al fin.

Él no se molestó en preguntar como ellas sabían que Bella había venido a su castillo. Tenía su teoría sobre como ellas siempre parecían saber todo acerca de él, pero no le importaba compartirla con las hermanas.

—Estamos sorprendidas, Bestia

Dijo Martha, sus ojos de un aguado azul pálido y con forma de globos.

—Sí, sorprendidas

Ruby escupió, con una extraña sonrisa que animó morbosamente sus labios demasiado rojos, como una criatura muerta que hubiera sido traída a la vida con malvados encantamientos.

—Nosotras esperábamos que tu condición hubiese progresado a estas alturas





Dijo Lucinda, su cabeza ladeándose ligeramente hacia la derecha mientras lo miraba

—Te soñamos corriendo entre los árboles cazando pequeñas presas.

Ruby continuó

—Soñamos con cazadores rastreándote.

Martha rio y dijo

—Cazándote como la bestia que eres y poniendo tu cabeza en la pared de la Taberna de los Cazadores.

—Porque, incluso estás vistiendo ropas, lo vemos. Manteniendo hasta la última pizca de tu humanidad, ¿no es así?

Ellas dijeron al unísono.

La Bestia no hizo nada que traicionara su terror. Terror no por la magia de las brujas, si no de su propia amenazante naturaleza, de lo que ellas estaban recordándole. Le estaban sosteniendo un espejo al monstruo que estaba dentro, que anhelaba escapar. Era una bestia que quería matar brujas y todo lo que estuviera en su camino. Él anhelaba ver sangre y huesos, saborear su carne. Si él desgarraba sus gargantas con sus garras, nunca más tendría que escuchar sus voces chillonas y burlonas.

Lucinda rio.

—Ahora es *eso* lo que esperamos de ti, Bestia.

Martha agregó

—Él nunca capturará el corazón de Bella, Hermanas, no importa como de desesperado esté por romper la maldición.

—Él está demasiado lejos ahora, yo me atrevería a decir.





—Quizás si él le mostrara como se veía antes, ella podría tener lástima de él

Ruby dijo mientras una enloquecedora cacofonía de risas llenó el jardín de rosas.

—Lástima por él, sí, ¿pero amarlo? ¡Nunca!

La Bestia solía lanzar insultos a todas ellas, pero eso solo parecía ser combustible para su pasión por la crueldad, y él no se atrevía promover su propia ira y deseo de violencia, él solo se mantenía tieso, esperando por el final de su pequeña sesión de tortura.

Martha habló otra vez.

—En caso de que lo hayas olvidado, aquí están las reglas, Bestia, dispuestas por todas las hermanas: Tú debes amarla y ese amor debe ser recíproco, demostrado con un beso de amor verdadero antes de tu vigésimo primer cumpleaños. Ella puede usar el espejo como tú lo hiciste, ver dentro el mundo más allá de tu reino, pero ella nunca debe saber los detalles de la maldición o como esta puede romperse. Notarás que ella ve de forma diferente el castillo y sus encantamientos, a lo que tú ves. Los aspectos más terribles de la maldición están reservados para ti.

La Bestia miró fijamente a las brujas.

Martha sonrió escalofriantemente y continuó

—Esta es tu única ventaja. La única cosa en el castillo o en tus terrenos que asustará a Bella es tu rostro.

Lucinda intervino.

—¿Cuándo fue la última vez que viste tu reflejo, Bestia? ¿O viste la rosa?





Había pasado un tiempo cuando la rosa no podía salir de su vista. Últimamente él había tratado de olvidarla. Casi había esperado que la visita de las hermanas de esta tarde fuera para informarle que el último pétalo había caído del encantado tallo. Pero ellas sólo estaban ahí para burlarse de él, como siempre, tentar a la violencia dentro de él, y no amarían nada más que ver su alma aún más mancillada.

La carcajada en la voz de Lucinda lo sacó de su ensueño.

—No pasará mucho tiempo ahora ...

Martha continuó

—No mucho, Bestia.

—Pronto el último pétalo caerá y tú conservarás esta forma con ninguna oportunidad de volver a tu forma original.

—Y ese día...

—¡Bailaremos!

Ellas finalizaron al unísono.

La Bestia finalmente habló

—¿Y qué hay de los otros? ¿Ellos se mantendrán como están ahora, condenados al encantamiento también?

Los ojos de Ruby se ensancharon con asombro

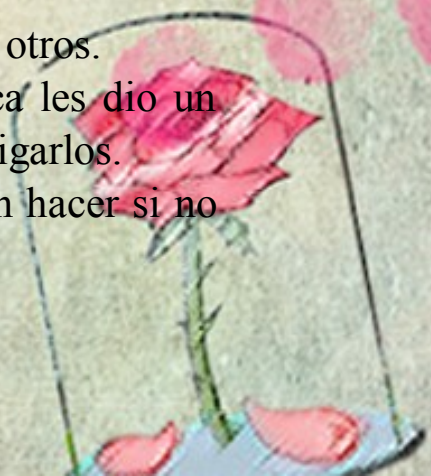
—¿Preocupación? ¿Es eso lo que nosotras detectamos? ¿No es extraño?

—Preocupado por sí mismo.

—Sí, por sí mismo, siempre por sí mismo, nunca por otros.

—¿Por qué se preocuparía por los sirvientes? Nunca les dio un segundo pensamiento, a menos que fuera para castigarlos.

—Pienso que él está asustado de que ellos le puedan hacer si no rompe la maldición.





- Pienso que estás en lo cierto, Hermana.
- Estoy interesada, también, en ver que harán ellos.
- Sin duda será un espectáculo espantoso.
- Y nosotras disfrutaremos mucho siendo testigos de eso.
- No lo olvides, Bestia, verdadero amor, ambos dando y recibiendo, antes de que el último pétalo caiga.

Y con eso, las hermanas dieron media vuelta sobre los tacones de sus diminutas botas puntiagudas y salieron cliqueando del jardín de rosas, el sonido se disipó poco a poco hasta que ellas se desvanecieron en una niebla repentina y la Bestia ya no pudo oírlas en absoluto.





CAPÍTULO II EL RECHAZO

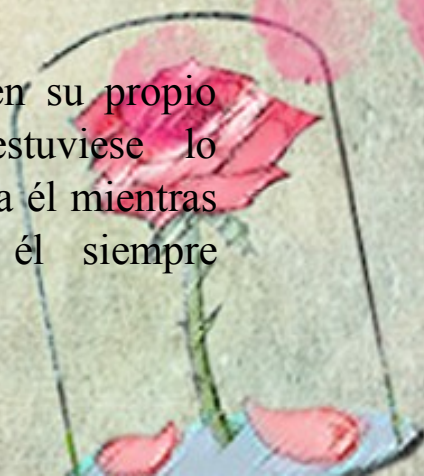
La Bestia suspiró y se desplomó en un banco de piedra, a la sombra de la estatua de una criatura alada que flotaba sobre él. La sombra de la estatua se mezcló con la suya —su rostro y sus alas— dando como resultado algo que parecía un Shedu, el león alado de los mitos ancestrales. Había pasado tanto tiempo desde que él había visto incluso su sombra, que apenas sabía cómo se veía, y esa sombra despertó un gran interés en él.

Con una infusión de luz, la sombra se desvaneció en la nada. Quedando allí una nueva estatua blanca y austera, con una expresión pasiva. No era masculina o femenina —no como algo que él pudiera suponer, de todas formas— y estaba completamente quieta con un pequeño candelabro de latón en una mano, las velas encendidas, mientras la otra mano apuntaba directo a la entrada del castillo. Era como si la figura de piedra le estuviera ordenando que volviera al castillo, de vuelta a la boca abierta.

Él temía que, si regresaba, el castillo finalmente podría devorarlo.

Hizo su camino de vuelta, dejando a la silenciosa estatua y a las burlonas palabras de las hermanas en el jardín. La luz que provenía del candelabro parecía muy pequeña ahora, como luciérnagas en la distancia.

La estatua haría su camino de vuelta al castillo en su propio tiempo, más probablemente cuando la Bestia estuviese lo suficientemente lejos. Ellas nunca se movían o venían a él mientras estaba mirándolas directamente, se acercaban a él siempre





sigilosamente, mientras su atención estaba en otro sitio. Eso lo asustaba, de verdad, saber que ellas podían venir en cualquier momento y hacer con él lo que desearan, pero esa era otra porción de la maldición con la que tenía que lidiar.

Él pensó acerca de lo que las hermanas le habían dicho, y se preguntó cómo Bella vería el encantamiento del castillo y como los sirvientes maldecidos aparecerían ante ella.

Mientras caminaba a través del vestíbulo al salón comedor, se detuvo al escuchar unas apagadas voces que venían de la recámara de Bella, pero no pudo entender lo que estaban discutiendo. Él estaba arrastrándose por el pasillo, esperando obtener una pista de quien estaba hablando con ella, cuando escuchó a un caballero con acento francés invitándola a cenar. Ella cerró la puerta de golpe y se negó.

— ¡No quiero! ¡No quiero hacer nada con él! ¡Él es un monstruo! ¡*Monstruo!* Su ira tomó lo mejor de él — Si ella no quiere cenar conmigo, entonces ella no comerá en absoluto. — él gruñó, doblando en la esquina y medio esperando ver otra de las vividas estatuas estando allí para atormentarlo, pero la única evidencia de que alguien había estado ahí era el pequeño candelabro de oro que justo había visto en el jardín de rosas, ahora extinguido, con una pequeña cinta de humo saliendo de la mecha humeante.

— ¡Ella piensa que soy un monstruo! — él rabió.

Sintió su ira crecer, extendiéndose fuera de control mientras se dirigía al Ala Oeste. ¡*Monstruo!* Sus garras arañaron la barandilla de madera mientras subía por las largas escaleras, deseando que eso fuera carne y sangre, no astillas de madera.





¡Monstruo!

Había muy poca luz en esa parte del castillo. Estaba completamente oscuro aparte de la luz de luna que atravesaba las andrajosas cortinas rojas de su dormitorio. Apoyados en la pared del fondo, había montones de espejos de diferentes formas cubiertos con telas blancas apolilladas. Entre los espejos había retratos, algunos de los cuales habían sido destruidos por su ira y frustración, los rostros burlándose de él como lo habían hecho las brujas, burlándose de él con su antigua apariencia.

¡Monstruo!

No podía encender el fuego en la chimenea asombrosamente grande, o en las antorchas en los soportes de pared. Sus patas no podían manejar objetos pequeños como cerillas, y los sirvientes no tenían permitido entrar en el Ala Oeste. Ni siquiera las hermanas venían a esa parte del castillo. Él había escapado de sus burlas por largos tramos de tiempo cuando había pasado la mayoría de sus días ahí al comienzo; escondido, dejando que su ira creciera en épicas proporciones, temeroso de qué era en lo que se estaba convirtiendo, pero intrigado al mismo tiempo.

Había sido así al principio, ¿no es así? La intriga. La sutil diferencia en sus rasgos, las líneas alrededor de sus ojos que asustaban a sus enemigos cuando los estrechaba. Usar una mirada antes de palabras para imprimir miedo en sus enemigos había sido bastante útil de hecho.

Él se había mirado en los espejos esos días, tratando de distinguir qué tipo de hechos causaban las alteraciones más horribles en su apariencia. Sabiendo que era una maldición degenerativa que no podía ser suprimida.





Las hermanas parecían saber acerca de esa compulsión y lo molestaban con eso, diciendo que él podría sufrir el destino que la segunda esposa de su primo si no tenía cuidado. Las hermanas siempre estaban hablando tonterías, siempre hablando en fragmentos, y sufriendo ataques de risa tan severos que él difícilmente sabía de qué estaban hablando la mayoría del tiempo. Él ni siquiera estaba seguro si ellas lo notaban. ¿Podría ser todo eso el divagar de las mentes enloquecidas? Y ahí estaba él, siendo la burla de unas brujas locas. Él, quien una vez fue príncipe.

Una vez. Y ahora...ahora él no podía siquiera aventurarse fuera de sus jardines o acercarse a un extraño herido que pudiera deambular por el bosque de su castillo en la noche sin conseguir que corriera asustado.

¿Qué había pensado Bella de lo poco que vio de él a la luz de las antorchas de la mazmorra? Pero él lo sabía ¿cierto? ¡Ella lo había llamado monstruo! Déjala a los sirvientes entonces; ¡déjalos tejer cuentos de sus viles fechorías! ¡Déjalos que ellos le confirmen cuan vil y feo era! ¡No se preocuparía! Después de todo, él era un monstruo. Y los monstruos no saben de sentimientos, especialmente de ese sentimiento llamado *amor*.

Su ira y confusión fueron sofocadas cuando su cabeza dio vueltas por el cansancio. Estaba sentado en la cama, preguntándose qué haría después. Las hermanas habían dado a entender que la chica era su único escape de la maldición. ¡Mentirosas! Él podría hacer que ella se enamorara de él fácilmente si luciera como su antiguo ser — guapo, bien arreglado, algunos dirían arrogante.

Las mujeres eran fáciles de manejar entonces. Unas pocas palabras floridas de amor, fingiendo cierto interés en lo que ellas dijeran, tal vez mostrando una pretensión de vulnerabilidad y la





chica era suya. Y a menudo ni siquiera necesitaba recurrir a tales tonterías; sólo si la chica era extremadamente hermosa se molestaría en tratar de ganarse su admiración. Por lo general, su apariencia era suficiente para atraparlas en el hechizo.

Pero la forma en que se veía ahora... No tenía idea de cómo hacer eso con Bella. Se sentó, sintiendo las sábanas ásperas y andrajosas contra las almohadillas de sus patas. Quizás debería dejar que los criados entrasen para que hicieran la cama, quitaran el polvo de las ventanas y fregaran el suelo. Vivir más como un ser humano que como el monstruo en el que se había convertido.

Se puso de pie con las piernas temblorosas, todavía mareado por la oleada de ira animal que había sentido cuando escuchó a Bella llamarlo monstruo. Se trasladó hasta la repisa de la chimenea, donde guardaba el espejo encantado que las hermanas le habían regalado hace mucho tiempo. Se quedó allí por un momento, respirando profundamente antes de mirarse a sí mismo. Había pasado demasiado tiempo desde que había visto su propio reflejo. Tenía que ver cómo sus odiosas hazañas se habían grabado en su rostro.

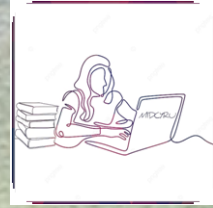
Su pata descansaba sobre la sábana que cubría el marco. Entonces, de un movimiento, arrancó la sábana y la arrojó a un lado, revelando el espejo y el reflejo empañado que le devolvía la mirada.

¡Monstruo!

El único indicio de lo que una vez había sido eran sus conmovedores ojos azules, que rebosaban humanidad. Esos no habían cambiado. Seguían siendo suyos.

Pero en todos los demás aspectos, se había convertido exactamente en lo que temía. Y, de hecho, era peor de lo que jamás hubiera imaginado.





Sus rodillas se doblaron cuando su mundo comenzó a cerrarse. Su alcance se hizo más estrecho hasta que se encontró en la oscuridad total, en una espiral de visiones de su pasado, de sí mismo como había sido una vez, antes de convertirse en un monstruo. Antes de convertirse en la Bestia.





CAPITULO III EL PRINCIPE

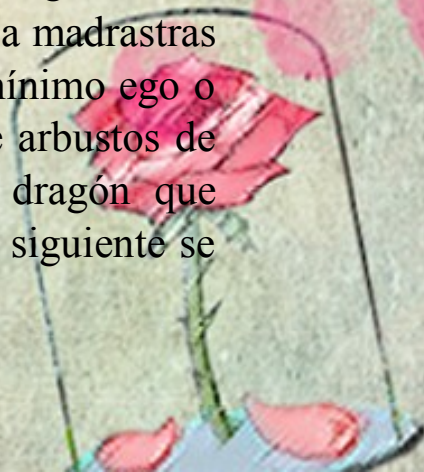
Antes de la maldición, la vida había sido buena para el Príncipe.

Escuchar a las hermanas contar la historia de la maldición sería escuchar una historia llena de ejemplos de lo terrible que era él, una lista de sus fechorías, contadas una por una, cada una de ellas peor y más desagradable que la anterior, hasta que las hermanas se abalanzaron sobre él con su hechizo, transformándolo en la patética bestia que ahora yacía en el piso de su habitación frente a su espejo.

Finalmente, así es como se desarrollará la historia. Pero las hermanas no podrán soltar esa parte del cuento al principio. No hasta que el Príncipe haya expresado su opinión, una oportunidad para decirte cuánto se divirtió.

Porque hubo un tiempo en que las cosas iban bien.

Fue una época en que el Príncipe era solo un joven arrogante, lleno de orgullo y muy consciente de su posición en la vida. ¿Qué joven príncipe no se ha encontrado exactamente en el mismo lugar? ¿Cómo crees que son los otros príncipes? ¿Son solo hombres encantadores que se aventuran de aquí para allá en busca de novias dormidas para despertar con el primer beso del amor? ¿Te gustan los caballeros elegantes mientras matan dragones y vencen a madrastras asesinas? ¿Quizás hacen ese tipo de cosas sin el más mínimo ego o agresión? En un momento se abren camino a través de arbustos de espinas asesinos encantados solo para encontrar un dragón que escupe fuego preparado para asesinar al otro lado, y al siguiente se





espera que bailen un vals con sus nuevas novias en trajes pastel y fajas doradas.

¿Y qué pasa con esas fajas, de todos modos? ¡Horribles!

Nuestro príncipe no quería tener nada que ver con esa tontería romántica. Quería un tipo de vida diferente, y aprendió desde el principio que no tenía que matar a una bestia que escupe fuego para conseguir que una hermosa doncella lo besara. Aunque pavonearse con el cadáver de un alce gigante o un temible oso grizzli colgado del hombro para que el viejo Higgins lo rellenara y lo montara en la pared de la taberna le consiguió una buena cantidad de besos de las señoritas, y tan peligroso como podría ser. En ocasiones, estaba muy lejos de las manzanas venenosas, los enanos apestosos o ser quemado vivo por una reina malvada de las hadas. Él cazaría y sería un mujeriego cualquier día.

La vida era buena; todos amaban y adoraban al Príncipe y él lo sabía.

Mientras estaba sentado en su taberna favorita, con la ropa cubierta de tierra, mugre y la sangre de su último asesinato, no podría haber estado más guapo. O al menos eso era lo que pensaba. La taberna era su lugar favorito. Tenía casi todo lo que amaba en un solo lugar. Las paredes de madera estaban tan llenas de bestias del bosque que había matado que el Viejo Higgins se rió y se burló de él mientras le servía otra cerveza.

— ¡Voy a tener que construir una taberna más grande, príncipe! —

Y era verdad.





La única persona que mató a casi tantos animales como el Príncipe fue su buen amigo Gastón, quien arrojó un puñado de monedas contra la barra, sorprendiendo al pobre Higgins antes de que pudiera terminar de servir la nueva ronda de bebidas. —¡Esta noche invito yo, Higgins! ¡En celebración del compromiso del Príncipe!

Los hombres vitorearon y las camareras se pusieron a llorar, sus pechos lanzaban profundos suspiros de decepción. Gastón pareció disfrutar del espectáculo tanto como el príncipe.

—¡Es la chica más hermosa del pueblo! ¡Eres un hombre afortunado! ¡Estaría celoso si no fueras el mejor de mis amigos!

Él era: El mejor amigo de Gastón.

Siempre habían sido iguales, Gastón y el Príncipe, y el Príncipe supuso que por eso habían disfrutado tanto de la compañía del otro. O tal vez había sentido que era mejor tener a su competencia cerca. Pero, de nuevo, se preguntó si así era como realmente lo había visto entonces.

El príncipe no podía evitar reírse a veces mientras escuchaba a Gastón hablar sobre sí mismo, alardeando de su barbilla hendida, mostrando su pecho velludo y cantando sus propias alabanzas por las principales avenidas de la ciudad.

Sin embargo, había otro lado del viejo amigo del príncipe, una crueldad vengativa sobre él. Sí, eran muy parecidos, Gastón y el Príncipe, y eso es lo que los unió.

Gastón fue el primero en hacerle saber al príncipe que su prometida, Circe, era de una familia campesina pobre, en un intento





por evitar que el príncipe se avergonzara de casarse con alguien de tan bajo nivel. Por supuesto que no podía casarse con ella, por muy hermosa que fuera. ¿Cómo podían sus súbditos tomar en serio a la hija de un criador de cerdos como su reina? Los sirvientes no la respetarían y ella no sabría cómo actuar en situaciones diplomáticas. No, sería un desastre. Sería injusto para sus súbditos y para ella, y sobre todo para él. No necesitaba que nadie le dijera que era una mala idea; él mismo llegó a la conclusión en el momento en que descubrió su posición en la vida.

Entonces se tomó la decisión.

No podía casarse con la chica.

El príncipe envió a buscar a su prometida al día siguiente. Circe se veía hermosa cuando salió del carruaje para recibirlo. Su cabello rubio claro y su vestido plateado reluciente brillaban bajo el sol de la mañana mientras estaba en su jardín de rosas. Costaba creer que fuera la hija de un criador de cerdos. Quizás Gastón estaba equivocado. ¿De dónde sacaría una chica de una granja de cerdos un vestido así? ¡Ah! Gastón estaba jugando de nuevo con sus trucos. Tratando de desanimarlo para poder tener a Circe para él. Ese bruto malvado embutido. Pronto hablaría con él sobre esto. Pero mientras tanto tenía que hacer las paces con su hermosa Circe. Por supuesto, ella no tenía idea de que él tenía la intención de romper las cosas, pero sintió que su corazón la había traicionado.

—Cariño, Circe, te ves hermosa.

Ella lo miró con sus ojos azul pálido, con un leve rubor que no disminuyó el ligero toque de pecas en su nariz de botón.

Adorable.





Ella era simplemente eso, adorable. ¿Cómo podía haber pensado que era hija de un criador de cerdos? No podía imaginarla jugando con esas criaturas horribles y sucias.

¡Piénsalo! ¡Circe alimentando cerdos! Fue ridículo cuando la vio brillar como una rosa caída de rocío, como la princesa en la que estaba a punto de convertirse. Haría que Gastón pagara por hacerle dudar de ella.

—Ven, amor mío, al salón de la mañana. He organizado algo especial solo para ti.

No le mencionó el truco de Gastón a Circe; era demasiado desagradable para repetirlo.

No había necesidad de causar mala voluntad entre los dos. Después de todo, Gastón sería su padrino de boda en la boda. Sí, era brutal, de mal genio y conspirador, pero seguía siendo su compañero más cercano. Y quería que su mejor amigo estuviera a su lado en su boda.

Había algo más. Al príncipe le agradaría saber que Gastón estaría hirviendo de envidia mientras permanecía allí, obligado a presenciar los procedimientos de la boda, sabiendo que sus intentos de romper la fe del príncipe en Circe habían fracasado y no podía tenerla para él. Sí, sería muy satisfactorio. Quizás después de la boda debería enviar a Gastón a hacer algún recado para el reino. Algo desagradable y por debajo de su rango, para mostrarle que no interfiera de nuevo.

¿Quién podría culpar a Gastón, en realidad, por intentar alejar a Circe de él? Ella era la chica más hermosa que habían visto en su





vida, y Gastón solo estaba cediendo a su belleza y dejando que eso corrompiera su buen juicio. Era bastante divertido cuando pensabas en ello: ¡Gastón, el príncipe de Buttchinland, tratando de llevarse su Circe! ¿Quién tendría a un plebeyo, sin importar cuán cercano sea un amigo de la familia real, cuando ella podría tener al príncipe que algún día sería rey de estas tierras?

El príncipe decidió reírse de todo y concentrarse en lo que amaba: cazar, beber, gastar los impuestos recaudados de sus propiedades y encantar a las damas.

Oh, sí, y estaba Circe, pero él la amaba de la forma en que uno amaría su castillo o su establo provisto de los mejores caballos. Ella era la criatura más hermosa, y la apreciaba por cómo su belleza se reflejaría en él y en su reino. Sensible, pensó, y se sintió irreproachable.

Los planes de la boda continuaron a pesar de que Gastón seguía hablando de la familia de Circe. No pasó un día o una noche sin que él no lo mencionara.

— ¡Estás empezando a aburrirme, Gastón, honestamente! Continuar con lo de la granja de cerdos como si fuera verdad. ¿Por qué no te rindes ya?

Gastón no dejaría el problema en paz.

— ¡Ven conmigo, buen amigo, te lo mostraré!

Así que cabalgaron varios kilómetros hasta llegar a la pequeña casa de campo, que estaba escondida más allá del bosque en un camino poco común.





Allí estaba su Circe. Estaba de pie en el corral alimentando a los cerdos, con la parte inferior de su sencillo vestido blanco cubierta de barro. Su cabello parecía apagado y sus mejillas enrojecidas por el trabajo duro. Ella debió haber sentido que la miraban, porque levantó la vista y notó la expresión de disgusto en el rostro de su amado, dejándola herida por el horror y la vergüenza.

Dejó caer su cubo y se quedó inmóvil, mirando a los dos hombres.

Ella no dijo nada.

— ¡Ven aquí, niña! ¿Así es como saluda a tus invitados? — el príncipe ladró engreído.

Sus ojos se abrieron como si saliera de una bruma.

—Por supuesto— dijo dócilmente.

Luego salió del corral y se acercó a los hombres, mirándolos, todavía montados sobre sus caballos. Se sentía pequeña y mansa e incapaz de encontrar sus miradas de desaprobación.

—Hola mi amor, ¿qué te trae por aquí?

Ella preguntó.

El príncipe se burló.

—¿Qué me trae de verdad? ¿Por qué no me dijiste que tu padre era un simple criador de cerdos?

Circe parecía desesperada y confusa, casi sin poder responder.

— ¿Qué quieres decir, querido?

El príncipe se enfureció.





— ¡No juegue a la timidez conmigo, señora! ¿Cómo te atreves a ocultarme algo así? ¿Cómo pudiste mentirme de esa manera?

Circe se derrumbó en lágrimas.

— ¡Nunca preguntaste por mis padres! ¡Nunca te mentí! ¿Por qué debería importar? ¡Nos amamos! Y el amor lo conquista todo.

— ¿Te amo? ¿Seriamente? Mírate a ti misma, ¡cubierta de lodo! ¿Cómo podría amarte?

Escupió en el suelo y luego volvió su atención a su amigo.

— Vamos, Gastón, salgamos de este lugar apestoso. No tengo nada más que decirle a esta asquerosa granjera.

Y los dos hombres se marcharon, dejando a la hermosa doncella cubierta de barro y una nube de polvo levantada por sus caballos salvajes.





CAPITULO IV LA HERMANITA DE LAS BRUJAS

El príncipe se sentó solo en su estudio, tomando una copa junto a la chimenea. Las imágenes de Circe lo perseguían. Destellaron entre la hermosa joven hechizante con la que quería casarse y la escena repugnante que había presenciado ese mismo día.

Casi sintió lástima por ella.

Casi.

Pero él no podía ablandarse con ella, no después de que ella había tratado de atraparlo en el matrimonio tejiendo mentiras tan horribles. Mientras estaba sentado allí, sombras siniestras bailaban en las paredes. Estas fueron creadas por la luz del fuego y las cornamentas gigantes montadas en la pared sobre su silla. Recordó el día en que había matado el trofeo más grande: el gran alce. Casi había estado triste el día que finalmente lo derribó.

Había estado rastreando a la bestia durante años. Pero cuando lo mató, sintió como si hubiera perdido a un viejo amigo. Bebió un poco más, recordando ese día sagrado. En ese momento, el portero asomó la cabeza por la habitación.

—Príncipe, señor, la señorita Circe está aquí para verlo.

El príncipe suspiró molesto. — ¡Te lo he dicho, muchas veces ahora, que no la admitas! ¡Envíala lejos! — Y volvió a sus cavilaciones.





El portero no se fue. Tartamudeó su respuesta. —No la dejé, la dejé, la dejé entrar, mi... mi señor, ella está de pie fuera... de lado, pero se niega a... a... irse. Dice que no se irá hasta que hable con ella.

—Muy bien entonces...

Dejando su bebida en la mesita de madera junto a su silla, se puso de pie con un profundo suspiro y se dirigió hacia la gran entrada. Allí estaba Circe, una patética criatura que sostenía una sola rosa roja, luciendo francamente diminuta en la entrada arqueada abierta. Sus ojos estaban tristes, hinchados y enrojecidos por el llanto. No se parecía en nada a la deslumbrante belleza que una vez estuvo en su jardín de rosas, todo dorado, plateado y claro. Si verla jugando en el barro ese día no había borrado ese recuerdo de su mente, entonces este encuentro seguramente lo haría.

¡Nunca más se sentiría tentado por los recuerdos de su belleza, tratando de engañarlo para que sintiera pena por la pequeña criatura mentirosa! Llevaba un chal andrajoso sobre los hombros que la hacía parecer una vieja mendiga. La luz y la sombra de su rostro la hacían parecer vieja y demacrada. Si no hubiera sabido que era ella, la habría considerado una vieja mendiga.

Habló con una vocecita. Sonaba como un cuervo pequeño, su voz rasposa y ronca de tanto llorar.

—Mi amor, por favor, no puedo creer que me trates tan mal. Seguramente no quisiste decir las cosas que me dijiste hoy.

Ella rompió a sollozar, su rostro hinchado y manchado de lágrimas enterrado en sus pequeñas manos blancas. ¿Cómo podría haberla considerado adorable?





—No puedo casarme contigo, Circe. Debes haberlo sabido desde el principio. Supongo que por eso trataste de mantener a tus padres en secreto.

—¡Pero no lo sabía, mi amor! Querido, toma esta rosa y recuerda los días en que todavía me amabas. ¿No me dejarías entrar, lejos de este frío? ¿Me odias tanto?

—Tu belleza, que cautivó tanto mi corazón en mi propio jardín, quedará empañada para siempre por la escena grotesca que presencié hoy y por esta exhibición vergonzosa.

Cuando el chal de Circe cayó hacia atrás, el Príncipe se sorprendió al ver que sus ojos ya no estaban hinchados y su rostro no estaba manchado ni rojo por las largas horas de llanto. Su piel era pálida y resplandeciente como si estuviera impregnada de la luz de la luna, y su cabello era brillante y reluciente con pequeños adornos plateados, como si en su interior se capturaran trozos brillantes de polvo de estrellas. Su vestido era plateado opalescente, y todo en ella parecía brillar con encanto, pero nada brillaba más que sus ojos azul pálido. Nunca se había visto tan hermosa.

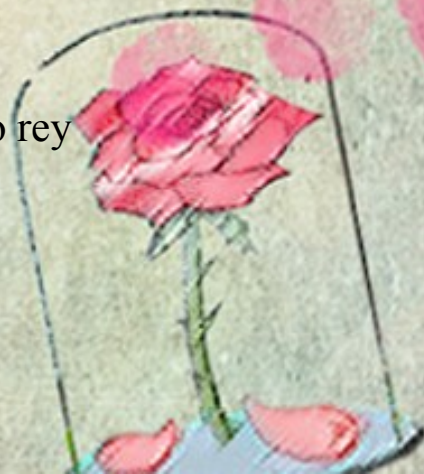
—¿Nunca volveré a ser tan hermosa a tus ojos porque crees que soy la hija de un criador de cerdos?

Entonces escuchó sus voces, saliendo de la oscuridad, como un coro de arpías que se abalanzan sobre el infierno.

— ¿La hija del granjero?

— ¿Nuestra hermanita?

—Vaya, ella es de sangre real. Ella es prima del viejo rey





No podía ver quién estaba hablando; solo escuchó tres voces distintas provenientes de la oscuridad.

Algo en las voces lo puso nervioso. No, si fuera completamente honesto consigo mismo, admitiría que las voces lo asustaban. No quería nada más que cerrar la puerta y esconderse dentro de los muros de su castillo, pero se mantuvo firme.

— ¿Es esto cierto, Circe? — preguntó.

— Sí, mi príncipe, lo es. Mis hermanas y yo venimos de una larga línea de la realeza.

— ¡No entiendo!

Las hermanas de Circe salieron a la luz y se colocaron detrás de ella. Su imagen grotesca hizo que la belleza de Circe fuera aún más pronunciada.

Realmente fue sorprendente.

No era que fueran feas las hermanas; era solo que todo en ellos era tan sorprendente y contrastaba tanto con sus otras características. Cada característica por sí sola podría haber sido hermosa.

Sus grandes ojos, por ejemplo, podrían haber parecido deslumbrantes en otra mujer. Su cabello, de alguna manera, era demasiado negro, como si uno pudiera perderse en la profundidad de la oscuridad, y el contraste de sus labios rojo sangre contra su piel blanca como el pergamino era demasiado impactante. No parecían reales, estas hermanas. Nada de esto lo hacía, porque todo fue absurdo. Se sintió como si estuviera soñando, atrapado en una pesadilla. Estaba fascinado por la transfiguración de Circe, y eso le hizo olvidar su anterior voto de no pensar nunca más en ella.

Estaba enamorado de su belleza una vez más.





—¡Circe! ¡Esto es maravilloso! Todo está bien, eres de ascendencia real, ¡podemos casarnos!

—Teníamos que estar seguras de que realmente la amabas—dijo Lucinda, entrecerrando los ojos.

—Sí, claro—

Dijo Martha.

—No solo...

—Dejar que nuestra hermana pequeña se case con...

—¡Un monstruo! — gritaron acusadoramente al unísono.

—¿Monstruo? ¡Cómo te atreves! — espetó el príncipe.

Las hermanas se rieron.

—Eso es lo que vemos...

—Un monstruo.

—Oh, otros pueden encontrarte lo suficientemente guapo

—¡Pero tienes un corazón cruel!

—Y eso es lo que vemos, la fealdad de tu alma.

—¡Pronto todos te verán por la cruel bestia que eres!

—¡Hermanas, por favor! ¡Déjame hablar! ¡Él es mío, después de todo!

Dijo Circe, tratando de calmar a sus hermanas.

—Tengo derecho a dar la retribución

—No hay necesidad de esto—





Dijo el Príncipe, finalmente mostrando su miedo, ya sea por las hermanas o por perder la hermosa visión que tenía ante él.

—Podemos casarnos ahora. Nunca había visto a una mujer tan hermosa como tú. No hay nada que se interponga en nuestro camino. ¡Debo tenerte como mi esposa!

—¿Tu esposa? ¡Nunca! Veo que ahora solo amabas mi belleza. ¡Me aseguraré de que ninguna mujer te quiera nunca sin importar cuánto trates de encantarla! No mientras permanezcas como estás, manchado por una vana crueldad.

La risa de las hermanas se escuchó claramente en todo el país esa noche. Fue tan penetrante que envió cientos de pájaros al vuelo y asustó a toda la población del reino, incluso a Gastón, pero Circe continuó con su maldición mientras Gastón y los demás se preguntaban qué siniestros sucesos podrían estar ocurriendo.

—Tus feos hechos estropearán ese hermoso rostro tuyo, y pronto, como dijeron mis hermanas, todos te verán como la bestia que eres.

Luego le entregó al príncipe la única rosa que había tratado de darle antes. —Y dado que no tomarías esta muestra de amor de la mujer que profesas apreciar, ¡que sea un símbolo de tu perdición!

—¡Tu perdición!

Martha dijo, riendo mientras aplaudía con sus manitas blancas y se ponía sus diminutas botas con absoluta alegría.

—¡Tu perdición!

Se unieron Ruby y Lucinda, también saltando arriba y abajo, haciendo la escena aún más confusa y macabra.





— ¡Hermanas!

Circe suplicó.

— ¡No he terminado!

Ella continuó:

— A medida que caen los pétalos de rosa, así pasarán los años hasta que cumplas veintiuno. Si no has encontrado el amor, el amor verdadero, tanto dado como recibido, para ese día y sellado con un beso, seguirás siendo la horrible criatura en la que te convertirás.

El Príncipe entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, tratando de comprender el significado de este acertijo.

— ¡Oh, se convertirá en la bestia! ¡Lo hará!

— ¡Sin duda! ¡Nunca cambiará sus malas costumbres!

Las hermanas volvieron a aplaudir y saltar de vengativo deleite. Su risa parecía alimentarse de sí misma. Cuanto más se reían, más fuerte se volvía y más locas parecía estar las hermanas. Circe tuvo que hacerse cargo de ellos una vez más.

— ¡Hermanas, detengan! Tiene que conocer los términos de la maldición o no será vinculante.

La risa de las hermanas cesó de inmediato y se quedaron inquietantemente silenciosas, crispadas por la incomodidad.

— ¡No debe arruinar su castigo!

— ¡No, no debes hacer eso!

Circe, al oír de nuevo el parloteo de sus hermanas, les lanzó una mirada de reproche y las hizo callar de inmediato.





—Gracias, hermanas. Ahora, príncipe, ¿comprendes los términos de la maldición?

El Príncipe solo podía mirar a las mujeres con asombro y horror.

—¡Se ha quedado mudo, hermanita!

Rió Lucinda.

—Shhh

Recordó Ruby mientras Circe continuaba.

—¿Entiendes los términos?

Le preguntó de nuevo.

—¿Que se supone que debo convertirme en una especie de bestia si no cambio mis costumbres?

Dijo el Príncipe, tratando de reprimir una sonrisa.

Circe asintió.

Ahora era el momento de que el príncipe se riera.

—¡Majaderías! ¿Qué tipo de engaño es este? ¿Debo creer que me has maldecido? ¿Se supone que debo asustarme tanto que me engañe a mí mismo para hacer que suceda algo terrible? ¡No caeré en eso, damas! ¡Si es que pueden llamarse damas, sangre real o no!

El rostro de Circe se endureció. El príncipe nunca la había visto así: tan enojada, tan severa y fría.

—Entonces, tu castillo y sus terrenos también serán maldecidos, y todos los que estén dentro se verán obligados a compartir tu





carga. Nada más que horrores te rodearán, desde que te mires en un espejo hasta que te sientes en tu amado jardín de rosas.

Lucinda agregó:

- Y pronto esos horrores serán tu único escenario.
- Sí, te veo atrapado encogido en el interior.
- ¡Sí, temeroso de salir de tu propio dormitorio!
- ¡Sí Sí! ¡Demasiado asustado para mostrar tu fea cara al mundo fuera de los muros de tu castillo!
- Veo a tus sirvientes hirviendo de odio, observando cada uno de tus movimientos desde sombras distantes, acercándose sigilosamente a ti en la noche, simplemente mirando a la criatura en la que te has convertido.
- Y te veo

Dijo Lucinda,

- ¡preguntándote si te matarán para liberarse de la maldición!
- ¡Suficiente! ¡Ese es solo un camino que puede tomar! Hay una última cosa que necesita antes de irnos —. Circe miró a Ruby.
- El espejo, por favor, Ruby.

El rostro de Lucinda se contrajo aún más de lo imaginable.

- ¡Circe, no! No el espejo.
- ¡Es nuestro espejo!
- ¡No es tuyo para regalar!
- ¡No no no!





—Esta es mi maldición, hermanas, y en mis términos. ¡Yo digo que se lleva el espejo!

—Querido

Continuó Circe,

—Este espejo encantado te permitirá ver el mundo exterior. Todo lo que necesitas hacer es preguntarle al espejo y te mostrará lo que quieres ver.

—¡No me gusta que entregues nuestros tesoros, Circe! Fue un regalo de un fabricante de espejos muy famoso. Es bastante invaluable y muy antiguo. ¡Es un espejo de leyendas! Nos fue dado incluso antes de que nacieras.

—¿Y debo recordarles cómo llegaron a poseerlo?

Preguntó Circe, silenciando a sus hermanas.

—No aburramos al Príncipe con nuestra historia familiar, Circe—

Dijo Martha.

—Puede tener el espejo, no solo para ver el mundo exterior, sino para ver la horrible criatura en la que está destinado a convertirse.

—¡Oh si! ¡Que intente romper el corazón de las doncellas después de que se convierta en la bestia!

Gritó

Ruby, con Lucinda y Martha repicando:

—¡Déjalo intentar, déjalo intentar, romper sus corazones y hacerlas llorar!





Daban vueltas en círculos como peonzas de juguete, sus vestidos florecían a su alrededor como flores mutantes en un jardín extraño, mientras cantaban su incesante burla.

— ¡Déjalo intentar! ¡Déjalo intentar! ¡Romper sus corazones y hacerlas llorar!

Circe se estaba impacientando y el príncipe parecía estar a caballo entre la diversión y el miedo.

— ¡Hermanas! ¡Por favor, detengan, se lo ruego! — Circe espetó.

— ¿Se supone que debo tomar esto en serio? ¿Cualquiera de esta? ¡De verdad, Circe! ¿Crees que soy un idiota como tus hermanas que se ríen aquí?

Antes de que el príncipe pudiera decir algo más, se encontró presionado firmemente contra la pared de piedra detrás de él, la mano de Circe colocada con fuerza alrededor de su garganta, su voz era un siseo como el de una serpiente gigante.

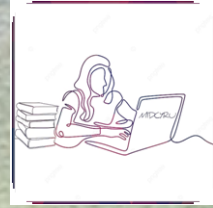
— ¡No vuelvas a hablar mal de mis hermanas! Y sí, será mejor que te tomes en serio todo lo que he dicho, y te sugiero que te lo guardes de memoria, porque tu vida depende de ello. La maldición está en tus manos ahora. Elige el camino correcto, Príncipe, cambia tus caminos y serás redimido. ¡Elige la crueldad y la vanidad y sufrirás de verdad!

Ella lo soltó. Estaba completamente atónito. Su rostro estaba muy cerca del de él y lleno de odio. Se sintió asustado, realmente asustado, quizás por primera vez en su joven vida.

— ¿Lo entiendes?

Preguntó de nuevo, con vehemencia, y todo lo que pudo murmurar fue





—Sí.

Vengan, hermanas, dejémoslo entonces. Él elegirá su propio camino desde aquí.

Así lo hizo.





CAPITULO V EL RETRATO DEL ALA OESTE

En los primeros meses no hubo señales de una maldición: no hubo hermanas burlonas, ningún rostro bestial, ni sirvientes malvados que tramaran su muerte. La idea era ridícula, de verdad. ¿Sus leales sirvientes empezarían a odiarlo? ¡Ridículo! Imagínense a su amado Ding Dong o la Sra. Potts deseando su muerte, ¡absolutamente inconcebible! ¡Fue pura tontería! Nada de lo que hablaron las hermanas se hizo realidad, y no vio ninguna razón para creer que así sería. Como resultado, no pensó que tuviera que arrepentirse, cambiar sus costumbres o tomar en serio nada de lo que esas mujeres locas tenían que decir. La vida continuaba y era tan buena como siempre, con Gastón a su lado, dinero en los bolsillos y mujeres que lo adulaban. ¿Qué más podía pedir? Pero a pesar de lo feliz que estaba, no podía deshacerse por completo del temor de que tal vez Circe y sus hermanas tuvieran razón. Notó pequeños cambios en su apariencia, pequeñas cosas que le hacían sentir que su mente podría estar traicionándolo y de alguna manera estaba cayendo en la trampa de las hermanas. Tenía que recordarse constantemente, obsesivamente, que no había ninguna maldición. Solo estaban sus miedos y las mentiras de las hermanas, y no estaba dispuesto a dejar que ninguna de las dos cosas se apoderara de él.

Estaba en su habitación preparándose para un viaje de caza con Gastón cuando el portero entró para avisarle que su amigo había llegado. "Envíalo arriba, entonces. A menos que quiera desayunar en el observatorio mientras yo termino de prepararme."





El príncipe estaba de buen humor y se sintió mejor que en mucho tiempo. Pero ni por su vida pudo recordar el nombre del portero. Un poco preocupante, pero una de las ventajas de ser un príncipe es que nadie te cuestiona. Entonces, si otros notaron un cambio en el Príncipe, no lo mencionaron.

—¿Están mis cosas empacadas? ¿Está todo listo para nuestra expedición de acecho? Le preguntó al portero.

—De hecho, mi señor, todo está cargado. Si no necesita nada más, ¿Me ocupo de las cosas del otro caballero?

El príncipe se echó a reír. ¿Gastón, un caballero? ¡Difícilmente! El portero era demasiado joven para recordar cuando Gastón y el príncipe eran niños. El personal mayor lo recordaría. La Sra. Potts lo recordaría, sin duda. A menudo había contado viejas historias sobre ellos cuando eran niños, riéndose al recordarlos corriendo a la cocina y suplicándole dulces después de sus grandes aventuras, ambos de ellos cubiertos de barro, siguiéndolo por todo el castillo, como a los niños pequeños les encanta hacer, haciendo que una criada los siga, una criada que murmuraba maldiciones en voz baja todo el tiempo.

—Maldiciones. Sácalas de tu mente. Recuerda algo más

A la Sra. Potts le encantaba contar la historia de cómo los niños se habían convencido de que los terrenos del castillo habían sido plagados por un dragón malvado. En más de una ocasión, los niños se iban de aventuras todo el día y se iban bien entrada la noche, haciendo que todos se enfermaran de preocupación por lo que podría haberles sucedido, y los dos simplemente entraban tan felices y alegres como podían, sin preocuparse por el mundo, preguntándose por qué tanto alboroto. Así habían sido esos chicos. El príncipe se preguntó cuánto habían cambiado en realidad, aunque la señora



Potts le recordaba en cada oportunidad que tanto él como Gaston habían cambiado mucho. A menudo decía que no veía mucho de los niños pequeños que una vez adoraba en ninguno de ellos.

Cambiado.

Había cambiado, ¿no? Y no de la forma que temía la señora Potts. De otras maneras. Sin embargo, todavía los amaba. Ella no podía evitarlo. Probablemente incluso pensaba en Gastón como un caballero. Ella siempre lo trató como tal. Vio lo mejor de todos cuando pudo y alentó su amistad cuando eran jóvenes, a pesar de que él era el hijo del guardabosque.

—No debería importar quién es su padre, joven maestro. Es tu amigo y ha demostrado ser muy bueno en eso.

Recordó haberse sentido terrible por permitir que algo como el estatus lo hiciera reconsiderar su amistad con Gastón. Nada de eso importaba, no ahora. Gastón tenía sus propias tierras y gente para trabajarlas, el Príncipe se había encargado de eso, y esa vida cuando eran tan jóvenes, cuando Gastón vivía con su padre en los establos, todo parecía tan lejano

La misma voz de Gastón interrumpió sus pensamientos.

—¡Príncipe! ¿Por qué estás ahí parado soñando despierto cuando deberías estar preparándote? Tenemos un largo viaje por delante.

—Estaba recordando cuando éramos jóvenes, Gastón. Recordando nuestras aventuras anteriores. ¿Recuerdas la vez que salvaste mi vida en el ...

El rostro de Gastón se endureció.





- Sabes que no me gusta hablar de eso, príncipe! ¿Debes recordarme siempre que no soy tu igual?
- Ese no era mi objetivo, querido amigo.
- Sin embargo, es el resultado.

El príncipe se sintió regañado. Gastón parecía ahora perdido en sus propios pensamientos, meditando sobre el gran retrato del Príncipe que colgaba sobre la chimenea.

- ¿Cuándo te sentaste para este retrato? ¿Hace cuánto tiempo fue? ¿Cinco años?
- Se terminó hace sólo un cuarto de año. ¿Te acuerdas? Lo hizo ese pintor tremendamente excéntrico. Se llamaba a sí mismo el Maestro, ¿recuerdas? Parecía vivir en otro mundo por completo con sus bonitos discursos sobre preservar nuestra juventud y hacer el tiempo se detenga gracias a la magia de la representación.
- ¡Lo hago! Sí, fue muy... uh, interesante.
- ¿Interesante? ¡Querías tirarlo por la ventana más cercana, si mal no recuerdo!"

Los dos se rieron, pero Gastón parecía estar preocupado por pensamientos distintos a los de pintores extraños y sus proclamas de preservar un momento en el tiempo.

- Sin embargo, supongo que hay algo en sus locas divagaciones. Parece que he cambiado mucho desde que se pintó. Mira, alrededor de los ojos en la pintura. No hay señales de líneas, pero si ves aquí, parece que he envejecido más de cinco años.
- ¡Suenas como una mujer, Príncipe, preocupándote por las arrugas alrededor de los ojos! A continuación, te preguntarán





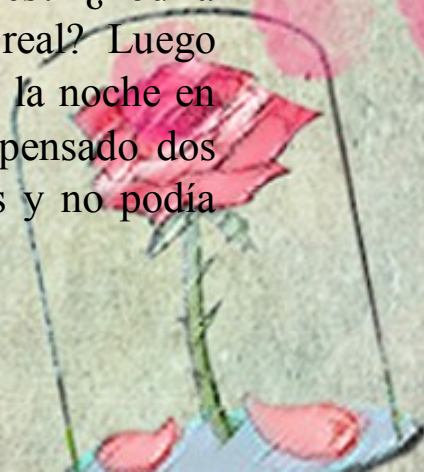
qué color queda mejor con una enagua con un vestido azul.
¿Quieres preguntarle a tu hada madrina?

El príncipe se rió, pero no fue genuino.

Gastón continuó,

- Tenemos mejores cosas que hacer que perder el día cacareando como un par de gallinas. Reúnete conmigo en el observatorio para desayunar cuando hayas terminado de prepararte".
- Sí, siéntete libre de comenzar sin mí. Estoy seguro de que la Sra. Potts está nerviosa porque nos ha tomado tanto tiempo llegar allí".

El retrato todavía le molestaba. ¿Cómo es que sus ojos se pusieron tan delgados en tan solo unos meses? ¿Era posible que se vieran así en ese momento y el pintor deseaba felicitarlo haciéndolo parecer más joven? No, el Maestro fue muy específico en preservar ese momento en el tiempo. Haciéndolo lo más puro y realista posible. Congelar un momento que nunca podría ser disminuido o alterado, preservándolo para las generaciones para que pudieran evocar algo de su memoria una vez que se hubiera ido. Eso había dicho el hombre, casi palabra por palabra. Parecía contrario a sus molestos discursos y proclamas que él hubiera pintado al Príncipe de manera diferente a como había aparecido en ese momento. ¿Entonces Gastón tenía razón? ¿Había envejecido cinco años en poco más de tres meses? ¿O Gastón simplemente estaba siendo mezquino porque le había recordado cuando eran jóvenes? ¿Podría ser...? No. Pero ¿y si... y si la maldición de Circe fuera real? Luego recordó el espejo de las hermanas. Lo había guardado la noche en que las arpías diabólicas se lo dieron, y no lo había pensado dos veces. Sus palabras comenzaron a sonar en sus oídos y no podía dejar de pensar en la cosa infernal.





¡Te mostrará como la bestia en la que te convertirás!

Se acercó a la repisa de la chimenea. Sentado en la parte superior había una voluminosa gata carey con ojos amarillos entrecerrados y delineados en negro.

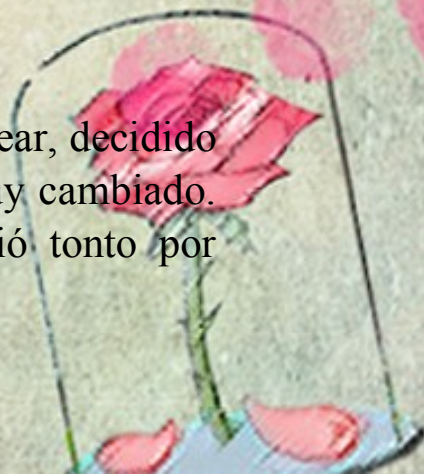
Ella lo miró, escrutándolo mientras él buscaba el botón que abría el compartimiento secreto dentro de la repisa de la chimenea. El pozo sin fuego estaba flanqueado por dos grifos de ojos rojo rubí que brillaban a la luz de la mañana. Presionó uno de los ojos hacia adentro y se hundió en el cráneo del grifo.

Cada grifo tenía una cresta en el pecho; la cresta del grifo de la derecha apareció, revelando el compartimiento que contenía el espejo. El Príncipe se quedó allí mirándolo. El espejo había aterrizado boca abajo cuando lo arrojó. Se quedó mirando la parte de atrás. Era aparentemente inofensivo, un simple espejo de mano plateado casi completamente negro ahora por el deslustre. Metió la mano y agarró el espejo por el asa. Tenía frío en la mano y se imaginó que podía sentir la maldad de las hermanas penetrándolo con solo tocarlo.

Lo sostuvo contra su pecho por un momento, sin querer mirarse a sí mismo, preguntándose si eso era una locura. Estaba dejando que las hermanas lo atacaran. Se había prometido a sí mismo que no se rendiría a los miedos y las supersticiones. Sin embargo, se dio cuenta de que quería mirarse al espejo. Y estaba preocupado por lo que podría ver.

—¡Basta de tonterías!

Se armó de valor, levantó el espejo y se miró sin pestañear, decidido a afrontar sus miedos. A primera vista, no parecía muy cambiado. Su corazón se sintió más ligero y de hecho se sintió tonto por





permitir que las amenazas de las hermanas invadieran sus pensamientos.

—Mira más de cerca, Príncipe.

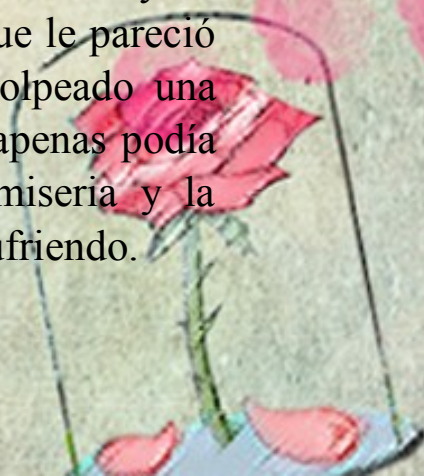
Dejó caer el espejo y temió haberlo roto. Aunque podría haber sido una bendición si lo hubiera hecho. Estaba seguro de que era la voz de Lucinda la que había escuchado burlarse desde el éter negro, o dondequiera que ella se dignara vivir. Era el infierno mismo por todo lo que sabía. Cogiendo el espejo con una mano temblorosa, echó un segundo vistazo. Esta vez vio profundas arrugas alrededor de sus ojos. Gastón tenía razón: parecía tener unos cinco años más después de unos meses. Las líneas hacían que su rostro pareciera cruel y despiadado. Todas las cosas que Circe dijo que era. Su corazón comenzó a latir como un trueno. Golpeaba tan violentamente que sintió como si fuera a estallar dentro de su pecho.

Luego vino la risa. Lo rodeaba.

El macabro cacareo parecía provenir de tierras invisibles; sus voces, sus palabras vengativas lo atraparon, haciendo que sus ansiedades lo abrumaran. Su visión se redujo, y pronto todo lo que vio fueron los ojos amarillos del gato mirándolo desde la repisa de la chimenea. Entonces todo se cerró sobre él y su mundo se volvió negro.

Nada.

Estaba solo en la oscuridad con solo la risa de las hermanas y su propio miedo para hacerle compañía. Se despertó lo que le pareció unos días después, sintiéndose como si lo hubiera golpeado una banda de guardias negros. Le dolía todo el cuerpo y apenas podía moverse. Las hermanas habían asegurado de su miseria y la agravaron con sus risas y burlas, dejándolo enfermo y sufriendo.





— ¡Está despierto, señor!

Dijo Ding Dong desde la silla de la esquina, donde había estado sentado.

— Estábamos muy preocupados por usted, señor.

— ¿Qué pasó?

La cabeza del Príncipe todavía estaba un poco empañada y no podía orientarse del todo.

— Bueno, al parecer, señor, estaba muy enfermo, tenía mucha fiebre. Cuando no había bajado a desayunar, subí y lo encontré tirado en el suelo.

— ¿Dónde está el espejo?

— El espejo, señor? Oh, sí, lo puse en su tocador.

El pánico del Príncipe se calmó.

— Entonces, ¿fue todo un sueño? ¿Toda fantasía provocada por la preocupación o la enfermedad?

— No sé a qué se refiere, señor. Pero estaba bastante enfermo. Todos estamos muy aliviados de saber que está fuera de peligro.

Ding Dong estaba poniendo cara de valiente, como siempre lo hacía, pero el Príncipe podía decir que había estado preocupado, parecía cansado, desgastado y desordenadamente arrugado. Por lo general, era fastidioso. Era un mérito de su lealtad que parecía que había estado al lado del príncipe durante toda su enfermedad.

— Gracias, Ding Dong. Eres un buen hombre.

— Gracias, señor. No fue nada."

Antes de que Ding Dong pudiera sentirse más avergonzado, el portero asomó la cabeza tímidamente para decir:





—Disculpe, señor, es sólo que la señora Potts quiere a Ding Dong en las cocinas.

—¡No permitiré que la Sra. Potts me diga dónde me necesitan!" gruñó Ding Dong.

—No, tiene razón, parece que le vendría bien una buena taza de té

Dijo el príncipe.

—Estoy bien. Ve a las cocinas antes de que ella suba tambaleante hasta aquí, enojándose más con cada tramo de escaleras que tiene que tomar para llegar a nosotros.

Ding Dong se rió al pensar en eso.

—Quizás tenga razón, señor.

Salió de la habitación, llevándose al portero con él.

El príncipe se sintió increíblemente tonto por pensar que en realidad había sido maldecido. Mientras miraba por la ventana, los árboles se balanceaban violentamente, bailando al son de una canción maníaca de la que sólo ellos estaban al tanto. Anhelaba estar al aire libre, rastreando alces y hablando con su amigo sobre cualquier otra cosa que no fueran las hermanas, Circe o maldiciones, y como por arte de magia, alguien llamó a la puerta. Era Gastón.

—¡Amigo mío! ¡Escuché que estabas despierto! Ding Dong no dejaba entrar a nadie en tu habitación, excepto al Dr. Hillsworth, quien simplemente bajó las escaleras para informarnos que finalmente estabas en camino a la buena salud.

—Sí, Gastón, me siento mucho mejor, gracias.





Mirando a Gastón, el príncipe notó que no se había afeitado en más de unos días, y el príncipe se preguntó cuánto tiempo había estado enfermo.

—¿Has estado aquí todo el tiempo, buen amigo?

—Ding Dong me dio una habitación en el ala este, pero pasaba la mayor parte del tiempo en las cocinas con la Sra. Potts y los demás."

Gastón parecía casi el niño del que el príncipe se había hecho amigo tantos años antes, con el rostro tenso por la preocupación por la enfermedad de su amigo y gastando su tiempo en la cocina como los hijos de los otros criados.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Esta fue una vez tu casa, amigo, y quiero que siempre sientas que es así.

Gastón pareció conmovido por el sentimiento, pero no lo dijo.

—Me voy a poner presentable antes de ir a casa. Estoy seguro de que las cosas se han ido al viento sin que yo esté allí durante tantos días.

—Seguramente LeFou lo ha arreglado.

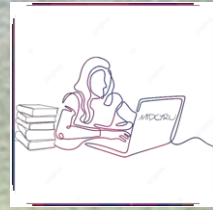
El príncipe trató de no parecer decepcionado de que su amigo estuviera haciendo planes para irse.

—Lo dudo ¡Es un tonto en el mejor de los casos! No te preocupes, amigo mío. Estoy seguro de que Ding Dong se levantará en breve para hacerte compañía y ayudarte a hacer planes para la fiesta que daremos en el momento en que estés lo suficientemente bien. "

—¿Fiesta?

Preguntó el príncipe.





Gastón le dio una de sus sonrisas mágicas, del tipo que siempre se aseguraba de salirse con la suya.

—Sí, una fiesta, amigo mío, ¡una que será recordada a lo largo de los siglos!





CAPITULO VI LA GRAN IDEA DE GASTON

El plan de Gastón se empezó a hacer unas pocas semanas después de la recuperación del Príncipe. Todos los trabajadores estaban detrás de ellos y pensaban que era exactamente lo que él necesitaba.

— ¡Esto es como un sueño!

Se le escuchó decir a la señora Potts mientras revisaba los menús y hacía sugerencias para que se sirvieran pequeños pasteles en el gran salón. Ding Dong tenía un pequeño salto en su caminar, pero era lo suficientemente austero como para dejar saber que estaba contento de que el hogar estuviera bullicioso otra vez para poder tomar el control como un general en una guerra. Y así era como dirigía las cosas, ordenándole a los trabajadores de un lado a otro para que arreglaran el castillo para el gran evento. El príncipe, por otro lado, había necesitado un poco de persuasión antes de aceptar tal fiesta. Gastón argumentó que luego del percance con Circe y su larga enfermedad el Príncipe se merecía una distracción emocionante.

¿Qué mejor forma para encontrar a la mujer más encantadora en el reino que invitar a todas las damas solteras para que puedas escoger? ¿Y todo bajo el disfraz de un fantástico baile?

El Príncipe no compartía el entusiasmo de Gastón.





—Odio este tipo de eventos, Gastón. No veo la necesidad de llenar mi hogar con adornadas mujeres brincando alrededor como pájaros decorados.

Gastón se rió.

—Si invitamos a todas las damas del reino, ¡me atrevo a decir que todas las chicas van a venir!

Protestó el Príncipe.

—¡Ese es mi punto totalmente, mi amigo! No hay mujer que pasaría la oportunidad de brillar en los ojos del Príncipe.

—¡Pero eso es lo que temo! ¡Seguramente van a haber más mujeres que se ven espantosas que mujeres hermosas! ¿Cómo lo podré soportar?

Gastón puso su mano en el hombro de su amigo y dijo

— No hay duda de que vas a tener que pasar por patos feos antes de encontrar a tu princesa, pero va a valer la pena o no? ¿Qué hay de tu amigo que tuvo este tipo de baile? ¿No fue un gran éxito después de que el problema de la zapatilla de cristal fuera arreglado?

El Príncipe rió

— Lo fue, pero no me veras casándome con una criada, querido amigo ¡sin importar lo bonita que sea. No después del desastre con el cuidador de los cerdos.

La conversación siguió así por días, hasta que el Príncipe decidió que tendría el baile después de todo y, ¿por qué no? ¿Por qué no





debía demandar la asistencia de todas las damas solteras de todo el reino? Él y Gastón harían un juego de él y, si él por casualidad encontraba a la joven de sus sueños, entonces mejor aún. Así que estaba decidido. Él no tuvo que volver a pensar en ello hasta que llegó la noche del evento.

Mientras tanto hizo lo mejor que pudo para esquivar a sus sirvientes que estaban corriendo como patos silvestres siendo perseguidos por sabuesos. Perdonó su desesperación e incluso llegó a reírse cuando escuchaba a la señora Potts apresurándose por el salón para preguntarle esto o aquello sobre qué quería que sirvieran. Mientras tanto, las sirvientas estaban puliendo las cosas de plata en el comedor, los mozos estaban dejando listos los establos para los caballos de los invitados, y las criadas estaban paradas en escaleras altas y puestas muy precariamente, desempolvando los candelabros y reemplazando las velas antiguas por nuevas. La casa estaba ruidosa y él sólo quería salir por las puertas e ir a cazar. Pero Gastón estaba recorriendo sus tierras, ocupándose de todo, y no podía preocuparse con un deporte trivial. El Príncipe tocó la campana para que viniera Ding Dong.

—Sí, señor, ¿me llamó?

Preguntó Ding Dong, sabiendo qué es lo que quería. El Príncipe siempre detestaba este tipo de ceremonias, pero él dejaba que Ding Dong se ocupara. Recordaba lo que su padre (que en paz descansa) le decía hace muchos años atrás. Él le decía que todos en esta casa, arriba y abajo, tenían su lugar y su papel que jugar. Negarle a un hombre como Ding Dong su deber y removerlo de su lugar era como quitarle su autoestima y su dignidad. Ding Dong lo había tratado bien por muchos años; no podía romper el autoestima del hombre



tratándolo como familia, aún cuando así era como había crecido pensando en él. Era un sentimiento no dicho entre ellos. El Príncipe esperaba que Ding Dong pensara lo mismo de él pero era tan austero como para decirlo.

—Sí, Ding Dong, quiero que llames al Maestro lo más pronto que puedas. Me refiero a tener otro retrato.

Ding Dong raramente dejaba que su expresión lo delatara

—Sí, señor, haré que lo traigan.

—¿Qué pasa Ding Dong? ¿No lo apruebas?

Parecía ser que él lo pensó por un momento antes de responder

— No es mi lugar decirlo, señor, pero si lo fuera, mencionaría cuán “interesante” las amas de llave se ponen cuando él visita. El Príncipe tuvo que reír. Pensó que Ding Dong iba a comentar cuán reciente había hecho un retrato.

—En efecto. Él es un personaje, ¿no es así? Aunque trata al personal bien, ¿no es así? No tiene una queja en ese sentido, ¿o sí?

—Oh, no, señor, no es eso. Un caballero como el Maestro no es ni una pizca de molesto en ese sentido. No, señor, sólo es un hombre excéntrico, ¿no cree?

—Sí que lo es, y podría decir que es muy apasionado en sí mismo y el impacto que su arte le hace al mundo. Suficiente con eso. Estoy seguro de que estás muy ocupado con todos los detalles para el evento de mañana. ¿Confío en que todo está listo? Ding Dong lució positivamente orgulloso, casi radiante

—Oh, sí. Todo está yendo como mecanismo de relojería, señor. Va a ser una noche perfecta.





—Y Gastón, ¿has sabido de él? Él lo único que hizo fue insistir en tener esta fiesta y luego se fue a lugares desconocidos, dejándome aquí para que perdiera mi tiempo.

Ding Dong sonrió

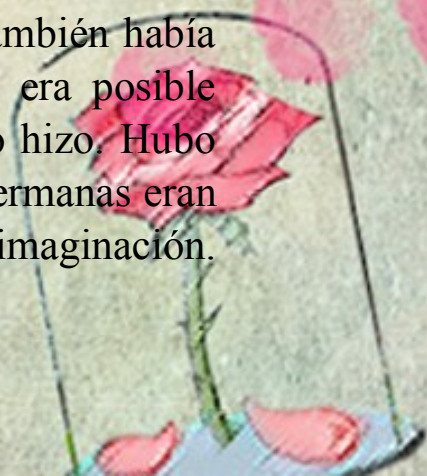
— Sí, señor, él habló en la mañana asegurando que volvería mañana en la mañana. Mientras tanto, he pedido a los guardabosques que preparen la cacería. Pensé que con la casa en este estado usted estaría ansioso por salir.

— ¡Brillante idea, Ding Dong! ¡Gracias!

La siguiente noche el castillo estaba radiante con luces parpadeantes, las cuales estaban danzando en el laberinto de setas, haciendo que los animales de arbustos cobraran vida. Todos deberían llegar en cualquier momento, pero el Príncipe estaba buscando un momento de silencio en uno de sus lugares favoritos en las primicias del castillo. La tranquilidad fue rota por la radiante voz de Gastón llamándolo desde el arco de la entrada cubierta de pequeños botones de rosas.

—¿Está en este maldito laberinto otra vez, Príncipe?

El Príncipe no le contestó a su amigo. Sólo se sentó ahí preguntándose qué es lo que le iba a traer la noche. También había estado pensando en Circe y preguntándose si es que era posible encontrar a una mujer que lo amara tanto como ella lo hizo. Hubo veces en que pensó que Circe era un sueño y que sus hermanas eran algún tipo de pesadilla que había conjurado en su febril imaginación.





Ya había perdido mucho tiempo, no parecía razonable perder más con pensamientos de Circe, sus arpías hermanas, o en maldiciones.

—Tus invitados van a llegar en cualquier momento

Gritó Gastón

—Y aunque él no lo admita, creo que Ding Dong se pondrá furioso si no estás ahí para recibirlos mientras entran al gran salón.

El Príncipe suspiró

— Ya voy.

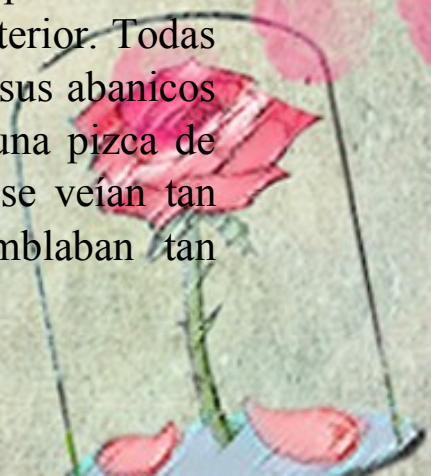
Gastón dio la vuelta a la esquina, viendo a su amigo sentado cerca de un imponente arbusto de un león con alas

— ¿Qué pasa? ¡Pensé que esto animaría a tu espíritu! ¡Se dice que cada chica en los tres reinos va a venir! ¡Va a ser magnífico!

El Príncipe se paró, arreglándose su abrigo de terciopelo y dijo

— Sí, lo será. No hagamos esperar a las mujeres más.

Las chicas hacían filas por centenares. ¡Muchas! Él ni siquiera sabía que podía haber tantas en el mundo. Todas estaban vestidas para la ocasión. Había deslumbrantes morenas con cautivantes ojos oscuros, pálidas y encantadoras rubias con rizos, impresionantes colorinas con ojos de color jade, y una mezcla de lo anterior. Todas desfilaron frente a él, algunas escondiéndose detrás de sus abanicos y riendo, mientras que otras trataban de no verse ni una pizca de interesadas en si él miraba en su dirección. Algunas se veían tan nerviosas que no paraban de temblar, algunas temblaban tan





violentamente que perdían la compostura y derramaban sus bebidas. Había una chica con el cabello cobrizo que no lograba ver propiamente. Ella parecía que siempre tenía su espalda hacia él. Debe haber sido muy hermosa, porque él logró ver feas miradas que ella recibía de las otras damas mientras pasaban frente a ella y, al contrario de las otras, ella no viajaba en una multitud de chicas. Ella se quedó parada (apartada de casi todos) viéndose ni una pizca de interesada en las conversaciones vanales de su mismo sexo.

—Gastón, ¿quién es esa chica? La que está con un vestido azul con la que te vi hablando temprano? ¿Cuál es su nombre?

Gastón hizo como que no se acordaba, enojando al Príncipe

— ¡Sabes muy bien de quién me refiero, hombre! Tráela para acá y preséntamela

— ¡No vas a estar interesado en ella, créeme! El Príncipe alzó una ceja.

— ¿No lo voy a estar? ¿Y por qué, mi buen amigo? Gastón bajó su voz para que las personas cercanas no lo escucharan

— ¡Ella es hija de Cuckoo! ¡Oh, es encantadora, sí, pero su padre es el hazmerreir de la villa! Él es lo suficientemente inofensivo, ¡pero se cree un gran inventor! Siempre está construyendo dispositivos que tintinea, hacen ruido ¡y que explotan! Ella no es el tipo de personas con las que te quieres ver mezclado, buen amigo.

—Tal vez tienes razón pero, aún así, me gustaría conocerla.

—Me atrevo a decir que la encontrarás tediosa con su



conversación incesante de literatura, cuentos de hada y de poesía.

—Pareces conocerla bien, Gastón —dijo el Príncipe con un asentimiento cómico y de entendimiento.

— ¡Me temo que sí! En los pocos momentos que hablamos recién, ella balbuceó de nada más que eso. No, querido amigo, tenemos que encontrarte a la dama *correcta*. ¡Una princesa! Alguien como la princesa Morningstar por allá. ¡Ella es un encanto! ¡No vas a tener conversaciones de libros con ella! ¡Apuesto a que no ha leído ni siquiera un libro o ha tenido un pensamiento por sí misma!

El Príncipe pensó que esa era una buena cualidad en una mujer. Él podía pensar lo suficiente por ambos, él y su futura esposa.

—Sí, trae a la princesa Morningstar. Me gustaría conocerla.

La princesa Tulip Morningstar tenía largos rizos dorados, con una complexión como de leche y miel, y ojos celestes. Se veía como una muñeca envuelta en diamantes y sedas rosadas. Era notablemente hermosa... de hecho era radiante. Todo en ella brillaba, con una excepción: su personalidad. Pero eso no le molestó al Príncipe. Tenía suficiente personalidad para ambos. No le servía una esposa que atrajera la atención lejos de él. Morningstar tenía un encantador hábito de reír cuando no tenía algo para contribuir en la conversación, lo cual era casi todo el tiempo. Esto lo hacía sentir como el mejor de los profesores. Honestamente, él podía hablar de nada y la atención de ella nunca se desviaba de él, sólo reía.

Él ya había decidido que se iba a casar con ella y, a juzgar por las





miradas enfadadas en los rostros de las demás damas invitadas, debía haber quedado bien claro. Gastón se veía satisfecho consigo mismo por haber arreglado una pareja perfecta para su amigo. Por su parte, él se encargó de que las otras damas no estuvieran sin una pareja de baile mucho tiempo. Para el Príncipe creía que Gastón había bailado con todas las chicas en la noche... todas excepto con la hija del inventor, quien al parecer no se veía muy contenta de estar ahí para empezar, aunque él no lo podía decir por la mirada en su rostro, porque de hecho no había tenido ni siquiera un buen vistazo de ella en toda la noche. Aunque nada de eso importaba. Él tenía a su encantadora princesa Tulip de quién preocuparse ahora.





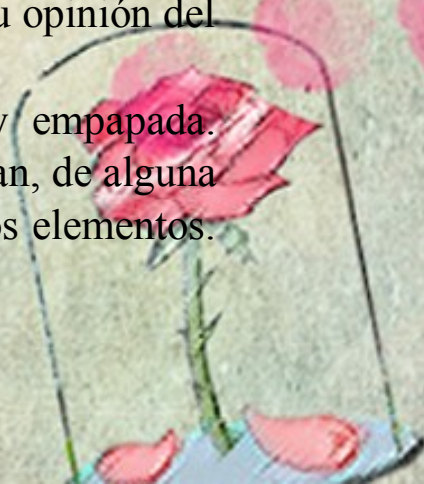
CAPITULO VII LA PRINCESA Y EL RETRATO

El Príncipe estaba más contento que nunca de que Maestro estuviera viniendo para que hiciera su retrato ahora que había hecho a la Princesa Tulip Morningstar su prometida.

Sería un retrato de compromiso con los dos miembros más atractivos que la realeza había tenido! La princesa volvió al reino de su padre después del baile y esperó varias ceremonias, fiestas, y otras parafernalias que serían hechas durante su compromiso, todas llevando, por supuesto, a la más magnífica de todas las bodas. Ella, como tradición, viviría con su familia, visitando al Príncipe frecuentemente con su cuidadora como chaperona y, a veces trayendo a su madre si es que ella quería o si la ocasión se presentaba.

Esta visita ella vendría con su cuidadora. Todos estaban emocionados de que el Príncipe hubiera llamado al Maestro para pintar un retrato. Él era el pintor más célebre en muchos reinos y tenía gran demanda. No había habido otro artista que causara tal revuelo en los círculos de la realeza desde el renombrado Maestro Creador de Espejos. Aunque su arte podía ser brutalmente precisa, muchos en la alta burguesía no dejaban que eso tiñera su opinión del hombre.

La Princesa Tulip llegó en una tarde lluviosa, muy empapada. Aunque su cabello estuviera liso y sus ropas se le pegaran, de alguna forma logró verse hermosa, y merecía ser salvada de los elementos.





El Príncipe la besó dulcemente en la mejilla y la recibió felizmente cuando salió de su carruaje.

—¡Tulip, mi amor! ¿Cómo estuvo tu viaje? Un gruñido salió desde dentro del carruaje, y salió lo que parecía ser su querida cuidadora.

—¡Fue intolerable, como puedes ver! El carruaje tiene un agujero y no me sorprendería si mi querida niña no le da el peor de los resfríos! ¡Debo darle un baño caliente inmediatamente!

El Príncipe parpadeó un par de veces y le sonrió a la mujer. Era imposiblemente vieja y arrugada como una pequeña muñeca de manzana que se hubiera estado moldeando en un alféizar. Su cabello y su piel era blanca como el polvo y, a pesar de la edad, sus ojos resplandecían de vida. Esta mujer era como un pequeño petardo.

—Estoy encantado de finalmente conocerte, Nanny —dijo él mientras ella arrugaba su nariz hacia él como si hubiera un olor asqueroso en el aire.

—Sí, sí, muy encantada de conocerlo, Príncipe, estoy segura. ¿Pero por favor nos puede mostrar nuestros dormitorios para poder darle un baño caliente a esta niña?

Ding Dong se encargó.

—Si me puede seguir, Princesa, felizmente le mostraré sus cuartos para que puedan refrescarse después del largo viaje.





Y con eso llevó a las damas por las escaleras y desaparecieron de la vista.

Bueno, pensó el Príncipe, la visita sería interesante con Nanny merodeando. Tal vez él podía hacer que la señora Potts la distrajera en las cocinas para poder tener un tiempo a solas con su princesa. No podía imaginar cómo sería la semana con ella alrededor. Su pánico fue interrumpido con el anuncio de otro invitado.

— ¡El Maestro!

Él venía caminando en uno de sus mejores trajes... hecho de terciopelo y encaje en colores lila y mora. Tenía ojos largos y tristes en una cara ligeramente hinchada pero se veían aún más hermosos en él.

El Maestro se veía como si tuviera una historia jugosa que contar, y el Príncipe se preguntaba si era sabio sentar a Nanny y al Maestro en la misma mesa para la cena de la noche. Su cabeza dio vueltas con el pensamiento de Nanny escuchando las extravagantes historias del pintor. Lo que él necesitaba era a Ding Dong. Él lo arreglaría todo. Y sí que lo arregló. Nanny cenó con la señora Potts, Ding Dong y otros trabajadores en la sala de abajo gracias a la invitación de la señora Potts. No era costumbre por ningún motivo que un invitado estuviera comiendo abajo con los trabajadores, pero la señora Potts era muy convincente, y al final de la conversación las dos estaban intercambiando historias del Príncipe y la Princesa cuando eran jóvenes, determinando quién de los dos era más insolente. Mientras tanto, la cena arriba era encantadoramente agradable. Los



sirvientes habían decorado el salón comedor espléndidamente. En vez de un centro de mesa largo con flores, había numerosos arreglos pequeños puestos ingeniosamente en las mesas, provocando el sentimiento de un jardín impregnado con la luz de las velas. Había muchos pots de cristal con flores flotantes y velas, y el particular corte del cristal tenía un interesante uso de la luz, causando un efecto de fantasía reflejado en las paredes y las mesas. Era muy hermoso. Pero no tan hermoso como su amor, pensó el Príncipe. El Maestro rompió el silencio.

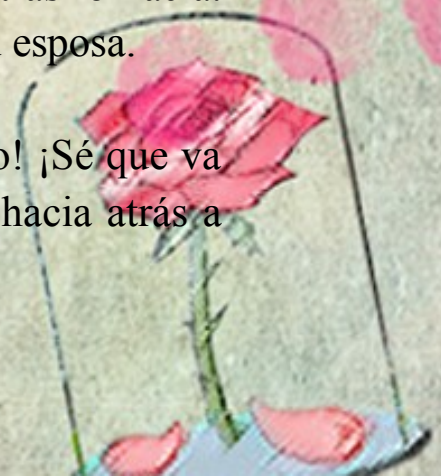
—¡Por el amor en todas sus seductoras e irritantes formas!

Tulip rió detrás de su abanico mientras el Maestro estaba parado dramáticamente recto con su copa alzada en el aire, esperando al parecer, a que alguien respondiera su brindis. El Príncipe temía que el Maestro estuviera parado ahí por siempre congelado como una de sus pinturas si él no decía algo rápidamente.

—¡Sí! ¡Por el amor, —dijo, y rápidamente añadió— y por ti, Maestro!

La Princesa Tulip rió otra vez, calentando el corazón del Príncipe una vez más. Él amaba lo dulce y tímida que era, tan feliz sentada distraídamente, y siempre viéndose deslumbrante mientras lo hacía. Él no podría haber escogido una mejor dama para ser su esposa.

—¡No podría estar más contento de tenerlo, Maestro! ¡Sé que va a capturar el momento perfectamente! Vamos a mirar hacia atrás a





nuestro compromiso no sólo con afectuosos recuerdos sino que con... ¿Cómo diría usted? Oh sí, nuestros sentidos van a ser asaltados instantáneamente con una recolección profunda y visceral del momento exacto en el tiempo.

El Maestro se veía complacido

— Estoy honrado de que recuerdes mis palabras tan bien!
luego volvió su atención a la joven dama, esperando lograr sacar algo de su personalidad.

—Debes estar rebosante de emoción, Princesa, no es así?

Los ojos de la Princesa se abrieron con asombro. Dificilmente sabía qué decir

— Oh, sí, lo estoy. Estoy esperando ansiosa la boda.

—¡Por supuesto que lo estas! ¡Pero yo me refería a la pintura!

—Quiero ver una variedad de trajes de ambos para aprobarlos, y tendremos que discutir el lugar. ¡El jardín de rosas se ve como un lugar encantador, creo yo! ¡Sí, será el jardín de rosas! ¡Ya lo he decidido, y no hay forma de que me hagan cambiar de parecer!

Continuó





— Parece ser que cada pintura que es pintada con un sentimiento real es un retrato del artista, y no del comprador. ¡Me atrevería a decir que ambos se van a ver magníficos! Tulip parpadeó más de unas pocas veces, tratando de entender a qué se refería.

—¿Usted va a estar en el retrato junto a nosotros, Maestro?

Preguntó. Ambos caballeros rieron.

La Princesa Morningstar no sabía si reían porque lo que había dicho era inteligente o torpe, pero decidió actuar como si hubiera sido lo más inteligente que alguna vez pudo decir, y esperó que el tópico cambiara algo en lo que no tuviera que participar. El Maestro, viendo el pánico en su rostro, añadió

— No te preocupes, querida Tulip. Soy tan inteligente que a veces ni yo entiendo una sola palabra de lo que estoy diciendo. A esto la Princesa sólo pudo responder diciendo— Oh —y luego rió un poco más, lo que pareció complacer a todos, porque se unieron a su risa.

La siguiente mañana el magnífico trío se encontraba en el jardín de rosas como había planeado el Maestro y los enamorados hicieron lo mejor que pudieron para mantener sus poses sin hacer que el maestro pintor se enojara con ellos.





—Príncipe, por favor! Este se supone que es el momento más feliz de su vida y su rostro se ve como si hubiera comido algo ácido! ¿Por qué se ve tan disgustado? ¿Qué puede estar pensando para que cause que su rostro se retuerza así?

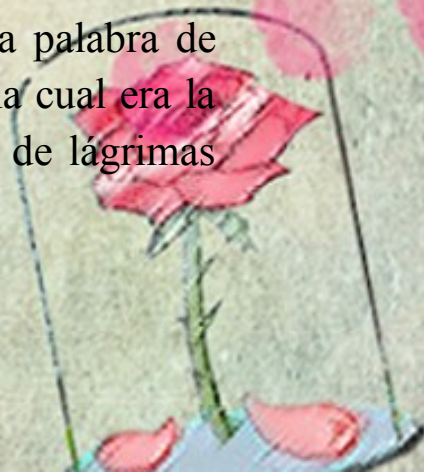
El Príncipe de hecho había estado pensando en la última vez que había estado en el jardín de rosas, la noche en que rompió con Circe. Los eventos se habían emborronado en su mente y estaba tratando arduamente recordarlos. Seguramente Circe había traído consigo a sus malvadas hermanas y habían proclamado que estaba maldecido por sus fechorías. Él estaba seguro de que no lo había imaginado, pero la maldición por sí misma, eso era tonterías... ¿O no lo era? A veces él no podía evitar temer que fuera verdad. El Príncipe fue traído de vuelta de sus pensamientos por la voz de Ding Dong.

—El almuerzo está servido

El Maestro botó sus carbones para dibujar, rompiéndolos en pequeños pedazos de polvo

— ¡Muy bien! ¡Creo que prefiero comer en mi habitación! ¡Sólo!

Se giró y se fue furioso, sin pronunciar ni una sola palabra de despedida a ninguno de la feliz pareja. En vez de reír, la cual era la característica de Tulip, ella se marchitó en un montón de lágrimas mientras era escoltada.





El Príncipe, parecía ser, que tenía suficiente del inestable Maestro, su sollozante Tulip, y su ácida Nanny. ¿Cómo iba a ser el resto de la semana?

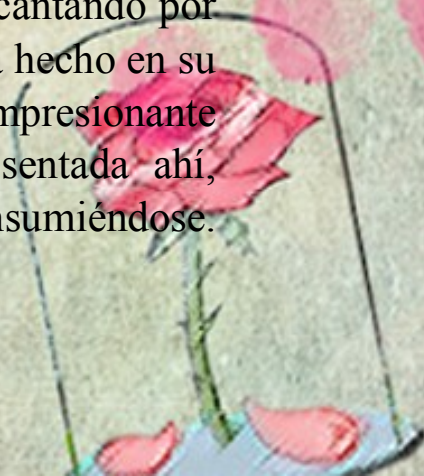




CAPITULO VIII LA FLOR MARCHITA

Al día siguiente la princesa Tulip Morningstar y el Príncipe compartieron un desayuno muy tranquilo en la sala. Ella no le preguntó al príncipe donde había estado la noche anterior, o porqué se había ausentado en la cena. Se había visto forzada a cenar a solas con El Maestro y en apuros cuando él le preguntó por el paradero del Príncipe. Angustiada, la princesa no tuvo más que admitir su desconocimiento del tema. Quería criticarlo, honestamente. Por dentro estaba muy furiosa, pero recordó que Nanny le advirtió de nunca mostrar su enfado. No era propio de una dama demostrar su molestia. Nanny le dijo que, con demasiada frecuencia, una mujer sin saberlo, se sabotea a sí misma cuando le hace reproches a su marido. Quedarse callada y no decir nada era por si solo un reproche. Pero decir algo solo otorgaba una razón para voltear la situación sobre la dama, alegando que ella estaba siendo demasiado emocional y haciendo más problema del necesario, lo que causaría que se enojaran con ella.

Tulip no entendía del todo esto, pero ella se daba cuenta que Nanny no seguía su propio consejo y quizá esa era la razón por la cual Nanny nunca se casó. Así que, no dijo nada. El único sonido en la habitación eran los platos tintineando y los pajaritos cantando por fuera de las ventanas de la sala de estar. El cuarto estaba hecho en su totalidad de ventanas con paneles y tenía la vista más impresionante del jardín. Tulip pensó en sí misma en el futuro, sentada ahí, mirando por horas a través de esas ventanas, consumiéndose.





Deseaba que el Príncipe dijera algo, cualquier cosa para romper este silencio. No podía pensar en qué decir; cualquier cosa que dijera seguramente sonaría como un reproche, y su tono, no estaba segura que pudiera moderarlo.

Ella solo se sentó ahí tomando su té y mordisqueando su bollo, esperando a que él hablara. Y mientras lo esperaba, pensó en esa chica que había conocido en el baile. Oh, ¿Cuál era su nombre? Era bonito, muy musical. Ella era probablemente el tipo de chica que reprendería al Príncipe en una situación como esta, demandaría, sin duda, saber dónde había estado la noche anterior el Príncipe. Por otra parte, la chica del nombre bonito, no era probablemente la chica con la cual un príncipe se casaría. Ella suspiró. Sus pensamientos se detuvieron con el sonido de una voz, por fin.

—Tulip.

Sus ojos se iluminaron cuando escuchó su nombre.

—¿Sí? Ella respondió, esperando que finalmente hiciera las paces por haberse escapado la noche anterior y dejarla sola con El Maestro, hablando y hablando sin parar sobre su arte.

—Mejor no dejemos al Maestro esperando.

Su corazón se hundió.

—Por supuesto, ¿Nos vamos al jardín de rosas?

—Claro, creo que deberíamos ir.

El resto de la semana fue prácticamente similar. La princesa Tulip Morningstar hacía pucheros y jugaba con el gato del castillo, el Maestro cada que tenía la oportunidad gesticulaba salvajemente mientras pronunciaba grandes discursos sobre arte y el Príncipe





escapaba todas las noches a la taberna con Gastón, en cuanto ambos tenían suficiente de escucharle.

El día de la presentación del nuevo retrato, se organizó una pequeña fiesta familiar. Tulip estaba de mejor humor al tener a su madre, la Reina de Morningstar, allí, así como algunas de sus damas para atenderla. También estuvo presente Gastón, así como algunos de otros amigos cercanos al Príncipe. El Rey Morningstar, por supuesto, no podía tomarse un tiempo fuera de sus deberes en la corte, pero envió espléndidos obsequios tanto para su hija como para su futuro yerno.

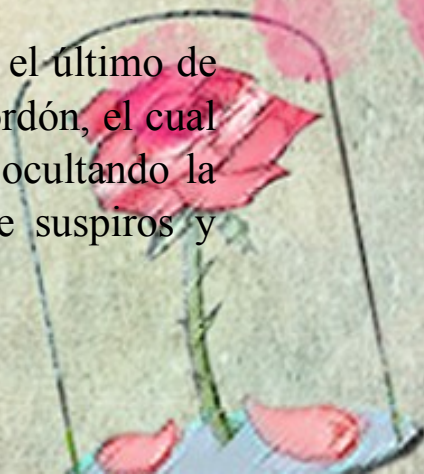
Después de haber disfrutado de lo que fue, hasta la fecha, una de las cenas más destacadas de la Sra. Potts, todos fueron al gran salón para participar en la revelación del retrato. El gran salón estaba lleno de pintura de toda la familia del Príncipe, incluidos retratos de él que habían sido pintados desde que era un niño pequeño.

—¡Ah! Veo que han colgado el retrato del Maestro aquí, en el gran salón, donde pertenece. ¡Buena elección, viejo! Dijo Gastón mientras miraba los rostros con los que había crecido.

—Sí, pensé que quedaba mejor aquí dentro.

Del otro lado del salón un fuerte carraspeo se escuchó, justo donde estaba el Maestro. Parecía que pensaba que la ocasión requería más ceremonia y esta charla ociosa estaba degradando la situación en cuestión. Gracias a Dios no tendría que sufrir con esta compañía por mucho más tiempo.

—Sí, bueno, sin más demora, me gustaría compartir el último de mis mayores tesoros. Con eso, Lumiere tiró del cordón, el cual dejó caer la tela de seda negra que había estado ocultando la pintura. La sala estalló en un gran estruendo de suspiros y





aplausos. Todo el mundo parecía estar muy impresionado con dicha pintura, y el Maestro se empapó de elogios que se le acumulaban como actor en el escenario, inclinándose por la cintura y colocando su mano sobre su corazón para indicar que se encontraba realmente conmovido.

Sin duda que lo estaba.

El Príncipe no pudo evitar notar con cuanta dureza se le había pintado en el retrato. Sus ojos parecían crueles, penetrantes, casi como los de un lobo que acecha a su presa, y su boca se veía más delgada, más siniestra. Gastón chocó al Príncipe con su codo.

— ¡Di algo, hombre! ¡Ellos esperan unas palabras! Le susurró en la oreja.

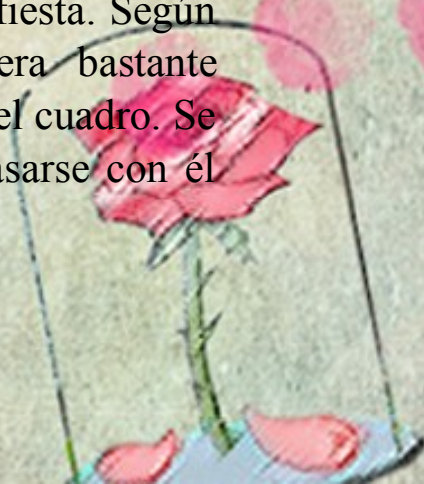
— ¡No pude haber pedido un retrato más hermoso de mi querida prometida! el Príncipe finalmente dijo.

La Princesa Tulip se sonrojó profundamente y dijo:

— Gracias, mi amor. Y yo tampoco podría haber pedido un rostro más hermoso y solemne que el de mi futuro esposo.

¿Solemne? ¿Esa no es una palabra que se usa para los ancianos? ¿Luce “solemne”? Su rostro, como ella lo llamó, luce gastado, no el de un hombre que aún no cumple los veinte años, sino de un hombre de cuarenta y tantos años. Eso no serviría. ¡Solemne!

La fiesta fue dirigida fuera del gran salón hacia la sala de música, donde un grupo de músicos esperaba para amenizar la fiesta. Según todos los informes, la velada transcurrió de manera bastante agradable, pero el Príncipe no podía dejar de pensar en el cuadro. Se veía tan desgastado, tan feo. ¿Tulip había aceptado casarse con él





simplemente porque eventualmente sería la reina de estas tierras?
¿Ella siquiera lo amaba?

No veía cómo.

Se escabulló de la fiesta para confirmar en el espejo de su dormitorio la interpretación que hizo el Maestro sobre él. Se quedó allí mirando, tratando de encontrarse en el hombre que le devolvía la mirada. ¿Por qué nadie le había dicho nada? ¿Cómo pudo haber cambiado tanto en tan poco tiempo?

Más tarde esa noche, cuando los invitados y el personal del Príncipe estaban metidos en sus camas, él salió sigilosamente de su habitación y recorrió el largo y oscuro pasillo. Tenía miedo de despertar a la Reina de Morningstar. Por supuesto, ella pensaría que se estaba infiltrando en la habitación de la princesa, pero eso era lo más alejado de su mente ahora. Cuando pasó por la habitación de Tulip, un crujido sobresaltó, pero solo era el maldito gato que abrió la puerta. No tenía idea de porqué la princesa le gustaba tanto. Había algo siniestro en la forma en que el felino lo miraba y algo inquietante en sus marcas, que lo hacía parecer una criatura que deambula por cementerios, en lugar de los terrenos del castillo.

Bueno, si la reina se despertara y le encontrara merodeando por los pasillos, no creería a primeras que estaba de camino a mirar su cuadro nuevamente. Había estado durmiendo irregularmente e incapaz de descansar, sus pensamientos consumidos por esa espantosa pintura. Una vez que llegó al gran salón y logró encender las velas, se quedó allí mirando la pintura de nuevo. De hecho, había cambiado, eso quedó claro cuando se miró al espejo esa misma noche, pero seguramente el maestro había dramatizado los cambios. Solo al mirar la diferencia entra esta pintura y la última que se había hecho menos de un año antes. No había forma de que un hombre



pudiera cambiar tan dramáticamente. Nunca perdonaría al Maestro por crear una versión desfavorable. Decidió que el hombre debía pagar por un acto tan poco caritativo.

La hermosa gata naranja y negra parecía estar de acuerdo con el Príncipe, ya que ella entrecerró los ojos de la misma manera que él cuando planeó su venganza.

Animado por el Príncipe, Ding Dong hizo que todos los invitados empaquetaran y se metieran en sus carruajes muy temprano en la mañana. La Sra. Potss estaba decepcionada de no tener la oportunidad de servir el desayuno a los invitados antes del inicio de sus viajes, por lo que empacó un gran baúl con cosas deliciosas para comer durante el viaje. El sol apenas se veía y las copas de los árboles estaban oscurecidas por la niebla. Había un frío terrible en el aire, porque no parecía irracional que el Príncipe estuviera ansioso de regresar al interior, donde podría calentarse.

Se despidió de sus invitados, agradeciéndoles a todos y despidiéndose de ellos, con promesas de amor y escribiendo una carta a Tulip. Suspiró con gran alivio cuando los carruajes se alejaron. Gastón, que había estado de pie en silencio a su lado, finalmente habló.

—¿Entonces por qué me levantaste a esta hora tan detestable, amigo?

—Necesito un pequeño favor. Tiempo atrás tu mencionaste a un sujeto sin escrúpulos que podría ser llamado para ciertas tareas.

Gastón alzó sus cejas. — ¡Seguramente hay otras maneras de escaparte de tu compromiso con la princesa, sin matarla!

El Príncipe se rió.





—¡No, hombre! Me refiero al Maestro. Me gustaría que me ayudaras con este problema. El incidente no puede ser vinculado conmigo. ¿Me entiendes?

Gastón miró a su amigo y dijo:

—¡Absolutamente!

—Gracias, buen amigo. Una vez que este hecho, ¿Qué te parece si nos vamos de caza?

—¡Suenan perfecto! No hay otra cosa que me gustaría más.





CAPITULO IX LA ESTATUA EN EL OBSERVATORIO

Mientras el carruaje de la princesa Tulip Morningstar subía por el camino que conducía al castillo del Príncipe, pensó que no había nada más impresionante que la vista del castillo en invierno. El reino de su padre era hermoso, sí, pero no se comparaba con el del Príncipe, especialmente cuando estaba cubierto de pura nieve blanca y decorado para el solsticio de invierno.

Todo el castillo estaba impregnado de luz y brillaba intensamente en la oscura noche de invierno. Tenía grandes esperanzas en esta visita y no deseaba más que el Príncipe la tratara con amabilidad y amor como lo había hecho una vez.

Seguramente las vacaciones de invierno alegrarían su mal humor en los últimos tiempos y la traerían de vuelta al hombre del que se había enamorado esa noche de ensueño en el baile.

—Mira Nanny, ¿No es hermosa la forma en que el camino está bordeado con velas?

Nanny sonrió y dijo: - Sí, querida niña, es muy hermoso. Incluso más hermoso de lo que imaginaba que sería.

Tulip suspiró.

—¿Qué pasa, Tulip? ¿Qué te preocupa?





Tulip no dijo nada. Amaba mucho a su niñera y no se atrevía a contarle lo qué había estado pensando durante todo el camino desde el reino de su padre hasta su destino.

—Creo que lo sé, querido corazón y no te preocupes. No le daré razón al príncipe para estar molesto por esta visita, te lo prometo. Nanny se guardará sus pensamientos para sí misma en esta ocasión.

Tulip sonrió y besó a su niñera en su suave mejilla empolvada.

—Así es, dale un beso a tu vieja niñera y olvídate de tus problemas. Es solsticio, querida, tu época favorita del año y nada te arruinará esto, ¡Te lo prometo!

El carruaje llegó a las puertas de la entrada del castillo, donde Lumiere estaba de pie, esperando abrir la puerta del carruaje.

—¡Bonjour, princesa! ¡Te ves tan hermosa como siempre! ¡Es tan lindo verte de nuevo!

Tulip se rió y sonrojó, como suele hacerlo cuando Lumiere le habla.

—Hola, Lumiere. Confío en que el Príncipe está ateniendo asuntos más urgentes que tomarse el tiempo para saludar a su prometida, quien ha viajado por todo el país para visitarlo durante el solsticio. Refunfuño Nanny. Lumiere se lo tomó con calma.

—¡Así es, Nanny! Si los dos me siguen, Christian llevará su equipaje a sus apartamentos en el ala este.

Nanny y Tulip se miraron asombradas. Por lo general, los llevaban a sus habitaciones para que pudieran refrescarse después de sus largos viajes. Pero Lumiere las hizo pasar por muchas habitaciones vastas y





hermosas hasta que finalmente llegaron a una gran puerta envuelta para que pareciera un regalo extravagante con un gran lazo dorado.

—¿Qué es esto? Nanny dijo.

—¡Entra y compruébalo por ti misma!

Tulip abrió la puerta gigante envuelta como regalo para encontrar un paraíso invernal en su interior. Había un enorme roble que se extendía hasta la misma altura del techo abovedado de oro. Estaba cubierto de magníficas luces y adornos hermosamente ornamentados que brillaban con su resplandor. Debajo del árbol había una gran cantidad de regalos, y de pie entre ellos estaba el Príncipe, con los brazos extendidos mientras esperaba para saludarla. El corazón de Tulip se llenó de alegría. ¡El Príncipe parecía estar de muy buen humor!

—¡Mi amor! ¡Estoy tan contento de verte!

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura y lo abrazó.

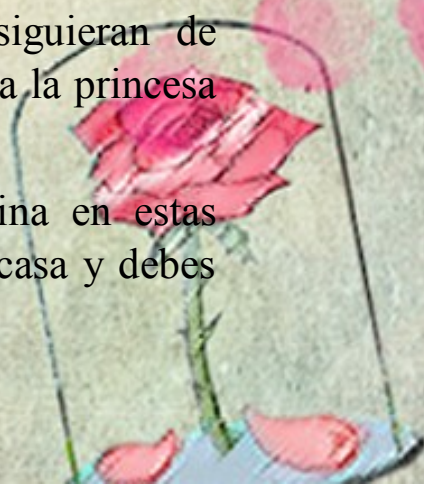
—Hola querida. Estás en un gran estado después del viaje, ¿No es así? Me sorprende que no hayan insistido en que las llevaran a sus habitaciones para estar presentables antes de presentarse.

El Príncipe frunció el ceño como si estuviera mirando a una sirvienta y no a la mujer que amaba.

—Lo siento, querido, tienes razón, por supuesto.

Lumiere, siempre un caballero y ansioso de complacer a las damas, agregó: - Es mi culpa, señor. Insistí en que me siguieran de inmediato. Sabía que estabas emocionado de mostrarle a la princesa las decoraciones.

—Ya veo. Bueno, querida Tulip, pronto serás reina en estas tierras y lo que es más importante, reina de esta casa y debes





aprender a decidir por ti misma lo que es correcto e insistir en ello. Estoy seguro que la próxima vez tomarás la decisión correcta.

Tulip se tiñó de un carmesí profundo, pero encontró la voz más autoritaria que pudo manejar.

—Sí, mi amor y príncipe. Lumiere, si nos acompañas a Nanny y a mí a nuestras habitaciones para que podamos prepararnos para la cena...

De esa forma, salió de la habitación sin siquiera un beso para el Príncipe, pues corría para evitar que él viera que estaba al borde de las lágrimas.

¿Cómo se atrevía sugerir que ella era indecorosa al llegar así en su compañía? ¿Se veía tan grotesca? Lumiere pareció escuchar sus propios pensamientos.

—Como dije cuando llegaste, querida princesa. Dijo, - Te ves hermosa como siempre. No escuches las palabras del Príncipe. Últimamente ha estado bastante distraído.

Nanny y Tulip simplemente se miraron, preguntándose que les depararía en esta visita.





CAPITULO X EL OBSERVADOR EN EL OBSERVATORIO

A Tulip le pareció que había menos sirvientes que la última vez que lo visitó, aunque el castillo no parecía sufrir por ello; se veía aún más grandioso de lo habitual, habiendo sido decorado para el solsticio. Su compañero de corte favorito, Pflanze, un hermoso gato negro, naranja y blanco, estuvo presente para hacerle compañía.

— ¡Hola, hermosa Pflanze! — le dijo a su amiguita, y se inclinó para darle una palmadita en la cabeza.

— ¿Así que la has nombrado? Qué nombre tan extraño. ¿Qué significa eso?

Tulip miró hacia arriba y vio al príncipe de pie junto a ella.

— ¡Oh! ¡No lo sé! Pensé que se te ocurrió. Estaba segura de que fuiste tú quien me dijo su nombre — respondió la princesa.

— No fui yo ¡Ni siquiera me gusta la bestia! — dijo dándole a Pflanze una mirada sucia mientras ella le lanzaba su habitual mirada lateral y ajustó sus patas.

— Alguien más debe habérmelo dicho entonces — dijo la princesa.

— ¡En efecto! Eso está claro, alguien más debió decírtelo. Y como la cabeza de pluma que eres, te has olvidado por completo de quién te lo dijo. Pero claramente fue alguien más.

— Sí





dijo Tulip en voz baja, tratando desesperadamente de no dejar que su labio temblara mientras él continuaba.

— ¡No importa! Veo que aún no te has cambiado para la cena. Bueno, no podemos hacer esperar a la Sra. Potts. ¡Lo que llevas puesto será suficiente! ¡Ven! Te acompañaré al comedor, incluso si no estás apta para el gran acontecimiento planeado en tu honor.

El corazón de Tulip se hundió y su rostro se puso escarlata. De hecho, se había cambiado para la cena y ella misma se veía considerablemente bien, o al menos eso pensaba. Llevaba uno de sus mejores vestidos y creía que se veía bastante hermosa antes de comenzar a bajar las escaleras. Ella hizo un especial esfuerzo por lucir impecable a la luz de lo que había sucedido a su llegada. Ahora no quería nada más que huir de este lugar y no volver nunca más, pero estaba atrapada. ¡Atrapada con ese terrible príncipe! A ella no le importaba lo rico que era, ni la magnitud de su reino o influencia; No podía soportar la idea de estar casada con un matón como ese. ¿Cómo saldría de eso? No sabía qué hacer. Decidió guardar silencio sobre el asunto hasta que pudiera hablar con Nanny.

Después de la cena, Tulip le preguntó al Príncipe si le gustaría salir a caminar, y él estuvo de acuerdo. Él estaba siendo hosco y callado pero no estaba enfadado, por eso, al menos, estaba agradecida. Caminaron alrededor del lago que se encontraba congelado en esa época del año, pero aun así, increíblemente hermoso.

— ¿Podrías mostrarme el observatorio, cariño? El cielo está muy claro y me gustaría ver la vista de la que has hablado con tanta frecuencia.

— Si es lo que quieres.





Caminaron por la larga escalera de piedra en forma de caracol hasta llegar al último piso del observatorio. Incluso sin el telescopio, la vista era fascinante. Tulip podía ver todo el cielo a través del techo abovedado de vidrio. La joven sintió como si las estrellas le devolvieran el guiño por lo alegre que parecía sobre ellos.

Al parecer no eran los únicos que habían decidido que era una buena noche para mirar las estrellas. Alguien ya estaba mirando por el telescopio cuando llegaron a lo alto de las escaleras.

— ¡Hola! ¿Quién está ahí?

El observador no respondió.

— Dije, ¿quién está ahí?

Tulip estaba asustada, especialmente después de que el Príncipe le indicó que se pusiera detrás de él para protegerse. Cuando el Príncipe se acercó al intruso, se dio cuenta de que no era una persona en absoluto, sino una estatua.

— ¿Qué es esto? — dijo desconcertado. — Nunca había habido una estatua aquí antes.

¿Alguien lo había subido aquí sin algún tipo de aparato elaborado? No había manera de que algo tan pesado podría haber sido subido por las escaleras sin que él lo supiera.

Tulip empezó a reír nerviosamente aliviada.

— ¡Oh! ¡Es solo una estatua! ¡Me siento tonta por estar tan sorprendida!

Pero el Príncipe todavía tenía una expresión de confusión en su rostro mientras ella parloteaba.





—Parece un poco espeluznante, ¿no? Casi parecía que nos estaba dando una mirada de reojo cuando entramos ¡Y qué extraña pose para una estatua, inclinada mirando por el telescopio! ¡Eso obstruye nuestra capacidad de mirar a través de él por completo! ¡Estoy segura de que no fue idea tuya, querido! Honestamente, yo no creo que me guste. No sé si se supone que sea un hombre o una mujer. Masculino o femenino, sin embargo, parece horrorizado, ¿no crees? ¿Como si algo terrible le hubiera ocurrido y lo convirtiera en piedra?

El príncipe apenas oyó lo que estaba divagando; su mente fue repentinamente ocupada por terribles voces incorpóreas del pasado.

Tu castillo y tus terrenos también serán maldecidos, entonces, y todos los que estén dentro se verán obligados a compartir tu carga. Nada más que horrores te rodearán, desde cuando te miras en un espejo hasta cuando te sientes en tu amado jardín de rosas.

El príncipe se estremeció al oír la voz de la bruja sonando en sus oídos. ¿Fue maldecido después de todo? ¿Primero el cambio drástico en su apariencia y ahora este extraño evento? ¿Sus sirvientes atrapados en la piedra? No podía imaginarse cómo sería estar atrapado en eso. Se preguntó si la persona atrapada podría escuchar su conversación. Si la persona era consciente de que había quedado atrapado en piedra. El pensamiento envió escalofríos por la columna vertebral del príncipe.

—¡Cariño, estas pálido! ¿Qué pasa? — Preguntó la princesa Tulip.

El corazón del Príncipe estaba acelerado, su pecho se sentía pesado y le costaba respirar. De repente se dio cuenta de que todo lo que las hermanas habían dicho se estaba haciendo realidad.





— ¡Tulipán! ¿Me amas? Quiero decir, ¿me amas de verdad?

Cuando lo miró, parecía un niño perdido y no el matón rencoroso que había sido para ella últimamente.

— ¡Lo hago, mi amor! ¿Por qué preguntas?"

Él agarró su mano y la apretó con fuerza.

— ¿Pero me amarías si estuviera desfigurado de alguna manera?

— ¡Que pregunta! ¡Claro que sí!

Su corazón se ablandaba de nuevo ante el Príncipe. No lo había hecho desde la noche en que se conocieron y él le preguntó si quería casarse con él.

— ¡Sabes que te amo, cariño! ¡Te quiero más que a nada!" dijo desesperadamente mientras lágrimas brotaban de sus ojos ante sus dulces palabras.

— ¡Lo hago ahora, mi amor! ¡Ahora sí!

La princesa Tulip estaba más feliz de lo que se había atrevido a esperar en la víspera del solsticio. Ella no se había imaginado tal cambio de carácter en el Príncipe, pero desde esa noche en el observatorio, no había sido más que dulce con ella.

— ¡Oh, Nanny! ¡Lo amo tanto! — susurró mientras bebía su vino especiado.

— ¡Qué rápido pasas de una emoción a otra, querida! — dijo Nanny.

— ¡Pero, Nanny! ¡Su disposición ha fluctuado mucho de un momento a otro! Finalmente siento que es el mismo de nuevo.

Nanny no pareció convencida.

— Ya veremos, querida.



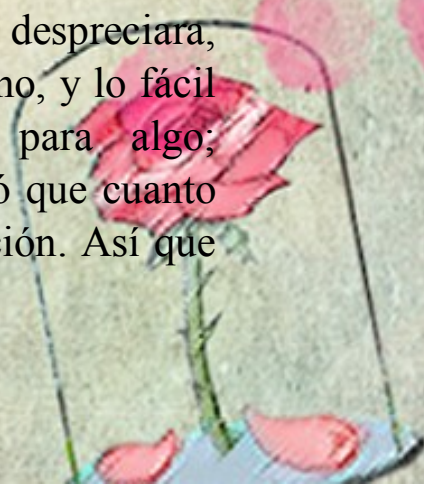


El príncipe parecía contento, tuvo que admitir Nanny, y parecía estar enamorado hacer feliz a Tulip. En realidad, era casi cómico, como una burla del amor. Pero su tulipán era feliz, por lo que no presionó el asunto ni miró mal en su dirección. Ella notó, sin embargo, Pflanze, que estaba sentado en el regazo de Tulip, mirando al príncipe con ojos llenos de odio. Nanny se preguntó por qué le desagradaba tanto a ese gato. Quizás ella también se dio cuenta de este ardid.

El Príncipe estaba muy complacido con la reunión de la víspera del solsticio. Estaba un poco agotado por sus atenciones a Tulip, pero había decidido que no había mejor manera de romper la maldición que casarse con la Princesa Morningstar. Estaba claro que ella lo amaba mucho, así que él estaba a mitad de camino. Todo lo que tenía era lo que ya estaba haciendo, que era hacer creer a las hermanas que él también la amaba.

Por supuesto, de hecho había cosas de ella que amaba. Amaba su belleza, su timidez, y el hecho de que guardaba sus opiniones para sí misma. No había nada que odiara más que una chica con demasiadas opiniones propias. Le gustaba que ella no mostrara interés por los libros y que no parloteara sobre sus pasatiempos. De hecho, no tenía idea de cómo pasaba ella su tiempo cuando no estaba en su compañía. Era como si ella no existía cuando ella no estaba con él. La imaginó sentada en una sillita en el castillo de su padre, esperando a que él la mande a buscar.

Le encantaba que ella nunca lo mirara enfadada ni lo despreciara, incluso cuando estaba en el peor de los estados de ánimo, y lo fácil que era de manejar. Seguramente eso contaba para algo; seguramente eso era una forma de amor, ¿no? Y pensó que cuanto más dulce era para ella, más rápido revertiría la maldición. Así que





ese era el objetivo de esa visita, mostrar a las hermanas cuánto amaba a la princesa Tulip Morningstar .

Pero... ¿Cómo llamaría su atención?

Oh, sí, habían dicho que el príncipe y su amada tenían que sellar su amor con un beso. Bien sería bastante fácil. Tendría que llevarla a un entorno romántico y ¡bam! ¡Un beso!

¡Un beso que nunca olvidaría!

Lo arregló todo con Lumiere, quien era el mejor en planear cosas tan románticas.

“Interludios románticos”, los llamó.

—Oh, sí, príncipe, ella se derretirá en tus brazos en total delicia cuando ve lo que tenemos reservado para ella, ¡recuerde mis palabras!

—Maravilloso, Lumiere. Y la señora Potts, ha ordenado una cesta para el picnic, ¿verdad?

—Todo está cuidado, incluso la niñera. La invitamos a una fiesta de té en la planta baja para que estén muy ocupados y los tortolitos podrán volar libres sin preocuparse por su mirada atenta.

El Príncipe rió. Lumiere siempre fue tan poético cuando hablaba del amor, tan devoto de la noción de ello. El Príncipe no se equivocó al pedirle que organizara esta pequeña escapada, y estaba seguro que Tulip estaría muy feliz.





CAPITULO XI TE DE LA MAÑANA

Al día siguiente, en la sala de la mañana, Tulip estaba trabajando en un bordado y acariciaba distraídamente Pflanze mientras el gato manoseaba unos carretes de hilo que caían sobre su cojín de terciopelo rojo. Nanny estaba hablando, presumiblemente con Tulip, sobre el zapatero de la señora Potts y se preguntaba qué tan difícil sería arrancarle la receta, cuando Lumiere entró en la habitación.

—Disculpen, hermosas damas, pero mi querida Tulip, ¿podrían prescindir de su niñera por unos momentos? La señora Potts ha preparado un poco de té para Nanny abajo. Creo que ella está ansiosa por tu compañía, Nanny .

Nanny miró a Lumiere con una sonrisa maliciosa.

—Y sí, Nanny, sin duda, ha horneado un pastel de melocotón para el té. Ella sabe cuánto te gusta.

Nanny sonrió.

—Tulip, querida, no te importaría, ¿verdad? ¿No te sentirás muy solo si Nanny se escabulle para tomar un té con la anciana señora Potts?

Tulip sonrió a su niñera y dijo:

—Por supuesto que no, tengo a Pflanze para que me haga compañía. — Y luego mirando a Pflanze, añadió: —¿No es así, dulce niña?.





Pflanze se limitó a mirar a Tulip con sus grandes ojos dorados con borde negro, teñidos con diminutos copos de verde, y parpadeó lentamente hacia ella como si dijera: "Sí".

— ¡Ve! ¡Estaré bien! ¡Ve a tomar tu té!

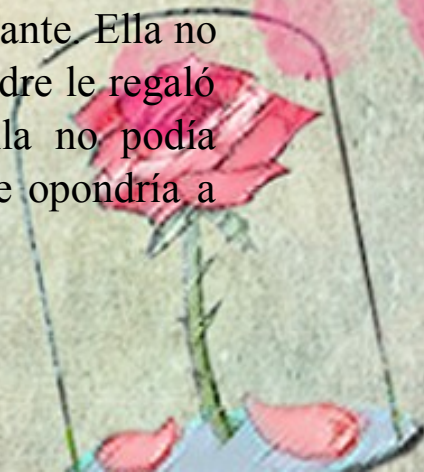
Y se fue Nanny.

Tulip no sabía qué haría sin Nanny. Pero ella supo que una vez casada, ella no podía justificar tenerla en casa. Por supuesto, tendría un sirviente, alguien que la peinase, la ayudarla a vestirse, arreglar sus joyas, pero no sería lo mismo. Ella no podría imaginarse compartir sus sentimientos con cualquiera que no fuera Nanny. Quizás desde que ella y la señora Potts se habían convertido en amigas, no parecería extraño tener a Nanny encendida. Tendría que hablar con su madre sobre eso cuando regresara de su viaje. Pero, ¿y si su madre no podía prescindir de Nanny o pensaba que era inapropiado que Tulip la trajera? Eso era demasiado terrible para pensarlo.

El Príncipe se asomó a la habitación, apartando la mente de Tulip de sus futuras preocupaciones domésticas. Ella sabía que no le gustaba que Pflanze se sentara en sus finos cojines, pero no pudo evitar complacer a la criatura, y él no pareció darse cuenta.

—Hola mi amor. Tengo una pequeña sorpresa para ti. ¿Crees que puedo robarte mientras no está Nanny para preocuparse? Ella siempre está fisgoneando y preguntándose dónde estás.

El rostro de Tulip se transformó en algo brillante y brillante. Ella no recordaba haber sido tan feliz, ni siquiera cuando su padre le regaló a Cupcake, su caballo favorito. ¡Oh, Magdalena! Ella no podía esperar a verlo de nuevo. Se preguntó si el príncipe se opondría a





que Cupcake viniera a vivir allí una vez que se casaran. Eran tantas cosas en las que pensar.

—¿Querida?

Su voz sacó a Tulip de sus profundos pensamientos.

—Oh, sí, querido, lo siento. ¡Estaba pensando en lo mucho que te amo! Y que dulce eres por pedirle a la Sra. Potts que invitara a Nanny a tomar el té para poder pasar un rato juntos a solas.

El príncipe sonrió. Su cabeza de pluma había desconcertado su artimaña. ¡Qué sorpresa!

—¿Así que descubrió mi ingenioso plan? ¿No eres una chica astuta? —dijo. — ¡Ven, ahora yo tengo algo que me gustaría mostrarte!

—¿Qué es? — chilló Tulip como una niña emocionada.

—Tendrás que esperar y verás, mi amor, pero primero tendrás que ponerte esto.

Le entregó una larga pieza de seda blanca.

Ella lo miró extrañamente.

—Es una sorpresa, mi amor. Créeme

Lo ayudó a atar la venda de los ojos y la condujo a lo que estaba segura que era el patio. Él soltó su mano y la besó suavemente en la mejilla.

—Cuenta hasta cincuenta, mí querida, y luego quítate la venda de los ojos.

El príncipe pudo ver que ella estaba asustada.





—Querida, estás temblando. No hay nada que temer. Te estaré esperando al final de tu viaje.

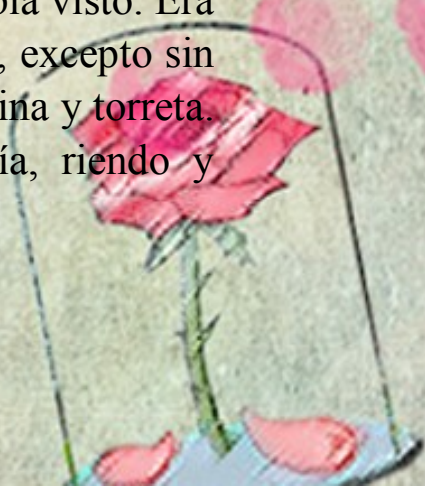
—¿Mi viaje?

Su voz sonaba pequeña y confusa.

—No será un viaje largo, princesa mía, y el camino estará bastante despejado. Ahora cuenta hasta cincuenta.

Podía escuchar sus pisadas alejándose cada vez más mientras contaba en su mente. Era una tontería estar tan asustada, pero demasiado la oscuridad. Nanny lo había intentado todo, pero el implacable miedo de Tulip nunca disminuyó. Trató de no contar demasiado rápido para no arruinar la sorpresa del Príncipe, pero se dio cuenta de que se estaba volviendo demasiado temerosa del confinamiento en oscuridad. "*¡Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta!*" Se arrancó la faja de seda de los ojos.

Tomó un momento para que estos se adaptaran, antes de que ella viera el camino que tenía delante. Las puntas de los dedos de sus pies tocaron los pétalos rosa que se habían esparcido por el patio para crear un camino que conducía directamente al laberinto de setos. Sus miedos se alejaron mientras caminaba rápidamente sobre los pétalos, ansiosa por aventurarse en el laberinto construido con topiarios de animales. Los pétalos la llevaron más allá de una serpiente excepcionalmente grande, su boca estaba abierta de par en par, con colmillos largos y mortales. La serpiente se dobló por la esquina, revelando una parte del laberinto que nunca había visto. Era una réplica del castillo, casi exacta en todos los caminos, excepto sin los muchos grifos y gárgolas encaramados en cada esquina y torreta. Ella imaginó a sus futuros hijos jugando aquí un día, riendo y haciendo un juego de los animales en el laberinto.





Qué lugar tan encantador sería este para los niños.

Dejó de soñar despierta y siguió los pétalos de rosa, paso junto a varios animales caprichosos, algunos de los cuales no conocía. Ella a menudo se sentía engañada por haber nacido niña, no haber tenido tutores como los tenía su hermano o la libertad de explorar el mundo. Las mujeres aprendían del mundo a través de sus padres, sus hermanos y, si tenían suerte, de sus maridos. No parecía del todo justo.

Era una niña talentosa: sabía coser, cantar, pintar acuarelas e incluso tocar el Clavicordio bastante bien, pero no podía nombrar a todos los animales en lo que pronto sería el su laberinto de setos. Se sentía estúpida la mayor parte del tiempo y esperaba que los demás no la vieran así, pero temía que por lo general si lo hacían.

Eso no importa, se dijo a sí misma, y se sorprendió al ver que el rastro de pétalos salía del laberinto de setos y lejos de los misteriosos animales que la hacían sentir tonta, en un encantador jardín que aún no había visto en sus visitas aquí. Estaba encerrado con una pared semicircular baja, y dentro había hermosas flores de colores brillantes.

Para el momento en que pensó que se encontraba tropezando con la marea de primavera; fue una vista tan notable, tan brillante y llena de vida en medio del paisaje invernal. Ella no podía comprender cómo las flores crecían en un frío tan amargo. Esparcidas entre las flores había hermosas estatuas, personajes de leyendas y mitos; ella sabía mucho por escuchar las lecciones de su hermano con sus tutores antes de que Nanny se la llevara a practicar el caminar.





¡Practica caminar, de hecho! No es de extrañar que los hombres no se tomaran a las mujeres en serio; tenían clases de caminar mientras los hombres aprendían lenguas antiguas.

El jardín era impresionante, y muy parecido a un cuento de hadas, lleno de la fría luz azul del tarde de invierno. Ubicado en el centro del jardín encantado, todo rosa y dorado, había una piedra-banco, donde la esperaba su amado, sonriendo con la mano extendida.

— ¡Es tan hermoso, mi amor! ¿Cómo es esto posible?

La sonrisa del príncipe se amplió.

— Arreglé flores del invernadero para que las trasladaran aquí, para que puedas experimentar la alegría de la primavera.

La princesa suspiró.

— ¡Eres increíble, querido! Gracias

Dijo tímidamente mientras bajaba los ojos hacia las flores en la nieve.

El príncipe decidió que este era el momento, el momento en que la besaría y rompería la maldición.

— ¿Puedo besarte, mi amor?

Tulip miró a su alrededor como si esperara que su madre o niñera saltaran del laberinto de setos o salieran de atrás de una estatua, y luego, decidiendo que no le importaba que lo hicieran, lo besó una y otra vez.

Mientras caminaban de regreso al castillo, el Príncipe parecía más feliz y a gusto que nunca. Todo fue tan inesperado, este día, su atención, todo lo que había sucedido en esta visita. Se sintió mucho





mejor con respecto a su próximo matrimonio. Ella había estado tan preocupada antes, y ahora apenas podía recordar por qué.

—¿Escuchaste eso, Tulip?

El estado de ánimo del Príncipe cambió de alegría a pánico.

—¿Oír qué, querido?

No había oído nada aparte del canto de los pájaros en los árboles cercanos cubiertos de nieve.

—Ese ruido, sonaba como un animal, como un gruñido.

Tulip se ríó, bromeando.

—¡Quizás los animales del seto han cobrado vida y nos van a comer vivos!

Parecía que el príncipe se había tomado su broma muy en serio. Sus ojos se movían rápidamente tratando de encontrar la ubicación de la bestia salvaje.

—Realmente no crees que hay un animal aquí con nosotros, ¿verdad?

Cuando se dio cuenta de que, de hecho, hablaba en serio, se asustó mucho.

—No lo sé, Tulip, quédate aquí. Voy a comprobarlo.

—¡No! ¡No me dejes aquí sola! No quiero ser devorada por lo que sea que esté merodeando aquí.

El Príncipe se estaba impacientando mucho.

—No lo hará si te quedas aquí como te dije. ¡Ahora cállate y, por favor, suelta mi mano!





Él arrancó su mano de la de ella antes de que pudiera cumplir con su pedido, y ella se quedó allí congelada de miedo mientras él se lanzaba en busca de bestias salvajes.

Se sentó allí inquieta durante algún tiempo antes de que el Príncipe regresara por ella.

— ¡Oh Dios mío! — jadeó.

Tenía muchas garras en el antebrazo. Lo que sea que lo había atacado le había atravesado su chaqueta y dejó profundas heridas sangrientas en su brazo.

— ¡Mi amor, estás herido!

El príncipe parecía afligido y enojado

— Es genial por tu parte haberlo adivinado, querida — gimió.

— ¿Qué pasó? ¿Qué te atacó? — dijo, tratando de no dejar que su mal genio la afectara.

— Claramente una especie de bestia salvaje con garras afiladas.

Sabía que era mejor no decir nada más que pudiera aumentar su amargura.

— Vamos a llevarte de vuelta al castillo para que nos encarguemos de eso.

Caminaron de regreso en silencio. Ella sintió que su actitud hacia ella había cambiado completamente de nuevo. Trató de sacárselo de la cabeza, pero no pudo evitar sentir que su ira estaba dirigida hacia ella y no a la bestia que lo había atacado.

Quería llorar, pero sabía que eso solo lo enojaría más, así que regresó al castillo sin decir nada, esperando que su temperamento mejorara.





CAPITULO XII EL MISTERIO DE LOS SIRVIENTES

Ding Dong no fue quien los recibió en la puerta como solía hacer; en su lugar, estaba Lumiere.

—¿Dónde está Ding Dong? ¡Necesito que vaya a buscar al médico!— ladró el príncipe.

Lumiere parecía preocupado, no solo por su amo, parecía que algo más estuviera pasando, algo que temía decirle al príncipe.

—Por supuesto, mi Señor. Yo me ocuparé de eso.

Mientras caminaba hacia uno de los porteros para que le enviara un mensaje al médico, el príncipe añadió:

—¡Y envíame a Ding Dong!

Lumiere se detuvo en seco y le tomó unos momentos antes de darse la vuelta para responder.

—Bueno, Señor, vea usted, no sabemos dónde está Ding Dong.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿No sabes dónde está?
¡Siempre está aquí! ¡Ve a buscarlo de inmediato y dile que lo necesito! ¡No importa, lo llamaré yo mismo!

Fue a la repisa de la chimenea para tirar del cordón que convocaba a Ding Dong.





—Disculpe, Señor, pero no está allí. Hemos buscado en toda la propiedad y no lo encontramos. Todos estamos muy preocupados.

El príncipe se estaba volviendo loco de ira.

—¡Esto no tiene sentido! ¿Dónde diablos está el hombre? ¡No es propio de él eludir sus deberes!

—Lo sé, Señor, es por eso que todos estamos tan preocupados. ¡La Sra. Potts está hecha un montón de lágrimas allá abajo! Ha tenido a Chip buscándolo por todas partes. Todo el mundo ha estado buscando, Señor. ¿Recuerda la última vez que lo vio?

Él no pudo.

—Ahora que lo pienso, no lo he visto en todo el día.

Tulip intervino:

—Esto es muy molesto, pero yo creo que deberíamos llamar al médico, ¿no? Estoy preocupada por tu brazo, mi amor.

Lumiere se sacudió el pánico por su amigo Ding Dong, y cambió su enfoque a su amo.

—Sí, Señor, será mejor que me ocupe de eso primero, y luego organizaremos otra búsqueda de Ding Dong.





CAPITULO XIII EL SINVERGUENZA

Toda la casa estaba en pánico. Ding Dong no estaba por ningún lado y ahora parecía que la señora Potts también había desaparecido.

— ¡Pero, Nanny, eso no tiene sentido! Estabas tomando el té con ella. ¿A dónde diablos se habrá ido?

Los ojos de Nanny estaban rojos de tanto llorar.

— ¡No lo sé! Fui a buscar más agua caliente para el té. La Sra. Potts siempre está dando vueltas, y yo solo quería que se sentara un rato. Sabes que esa mujer no puede simplemente sentarse a disfrutar de una buena taza de té sin conseguir esto o aquello para una persona u otra. Pero ¿quién lo diría? Una vez que volví con el agua, ¡se había ido! ¡Y lo más extraño, sentada en la mesa había una bonita tetera, tan redonda como puede ser!

Tulip estaba confundida.

—Nanny, estabas tomando el té. No entiendo por qué el que haya una tetera sobre la mesa sería tan extraño.

Nanny añadió:

—Ah, pero ya ves, yo tenía la tetera que estábamos usando ¿no? Para conseguir el agua. Entonces, ¿por qué había otra sentada en la mesa?

—Eso es extraño, supongo.





La cara de Nanny se arrugó.

— ¡Es más que extraño, niña! ¡Algo está pasando en esta casa! ¡Algo siniestro! ¡Lo sentí la primera vez que llegamos y ahora se está volviendo más fuerte!

Tulip no iba a permitir que Nanny la alterara con sus tonterías supersticiosas. Ella lo había hecho con demasiada frecuencia en el pasado y no podía permitirse volver a dejarse llevar por eso. Ahora no.

— ¡Oh, sé lo que estás pensando, niña! Crees que Nanny es una vieja tonta, pero he estado en esta tierra mucho más tiempo que la mayoría y he visto cosas con las que la mayoría de la gente solo sueña.

Tulip puso los ojos en blanco, pero Nanny prosiguió.

—Te lo digo, creo que este lugar está maldito—. Ambas mujeres levantaron la vista cuando escucharon a Lumiere aclararse la garganta en el umbral de la habitación.

—Solo quería que supiera que el médico se ha ido y el Príncipe está descansando cómodamente.

— ¿Estará bien?— Tulip preguntó, preocupada.

—Oh, sí, estará bien. Se está recuperando y está agotado, eso es todo. Estoy seguro de que querrá verla mañana — dijo, sonriendo en un intento de mejorar el ambiente.

— ¿Mañana? ¿Hoy no?

Tulip se preguntó, pero le devolvió la sonrisa a Lumiere. Ella no podía evitarlo; había algo en él.





—No tienes que preocuparte por nuestra cena esta noche, puedes traernos algo en una bandeja. Podemos comer en nuestras habitaciones o quizás junto al fuego en la sala de estar. Estoy segura de que todos están nerviosos allí abajo, con la señora Potts y Ding Dong desaparecidos. No quiero que te preocupes por nosotras.

Nanny parecía complacida con el trabajo que había hecho criando a Tulip; sonaba no solo como una verdadera reina, sino también muy compasiva. Pero el pequeño francés coqueto no quiso oír hablar de servir a los invitados en bandejas en la sala de estar o en cualquier otra habitación que no fuera el comedor.

— ¡Oh no! ¡Eso no servirá! ¡Si la Sra. Potts estuviera aquí, se le volaría la tapa al pensar en ustedes dos comiendo en bandejas! Y en cuanto al menú de esta noche, no tema, ¡tenemos algo especial planeado para usted!

Él sonrió con otra mágica sonrisa y añadió

—El gong del vestidor será a las seis, la cena a las ocho. ¡Hasta entonces!

Luego se fue, probablemente corriendo escaleras abajo para organizar la cena y supervisar la búsqueda de los sirvientes desaparecidos. Tulip miró a su niñera con timidez.

— ¿No crees que los dos se escabulleron juntos? ¿Ding Dong y la Sra. Potts? ¿No crees que estén enamorados?

Nanny se rió.

—Ojalá fuera tan simple como eso, mi niña, pero no. Ninguno de los dos me dio la menor impresión de que hubiera algo entre ellos. No, me temo que les ha pasado algo terrible.

Tulip volvió a poner los ojos en blanco.





— ¡Deja de hablar de maldiciones, Nanny! ¡No lo permitiré!

Más tarde esa noche, en el comedor principal, no habrías imaginado que faltaban dos de las personas más importantes del personal. La habitación se veía preciosa, decorada con algunas de las flores del invernadero que habían sorprendido a Tulip más temprano ese día, y las velas brillaban intensamente en cuencos votivos de cristal, arrojando una luz sobrenatural. Las dos damas estaban disfrutando de su postre cuando el Príncipe entró a trompicones en la habitación, luciendo medio loco.

— ¡Me alegra que ustedes, señoras, disfruten de su comida mientras, a su alrededor, toda la casa se está cayendo en ruinas!

Parecía terriblemente desgastado, como si hubiera envejecido varios años después de la terrible experiencia pasada. Nanny y Tulip se limitaron a mirarlo, completamente perdidas.

— ¿No tienes nada que decir, Tulip? ¿Sentada ahí atiborrándote mientras mis compañeros de la infancia están sufriendo un destino tan terrible?

Nanny habló primero.

— ¡Alto ahí! No dejaré que le hables así. Ella ha estado muy preocupada por ellos y por ti. ¡Ambas lo estamos!

Su rostro se convirtió en algo inhumano, perverso y cruel. Nanny temía que el príncipe se estuviera volviendo loco.

— ¡No me mires así, vieja! ¡No permitiré que me mires mal! ¡Y tú...!—

Volvió su ira hacia Tulip.





— ¡Tú, ramera mentirosa, jugando con mis emociones, fingiendo que me amas cuando claramente no lo haces!

Tulip jadeó y se deshizo en lágrimas a la vez, casi sin poder hablar.

— ¡Eso no es cierto! ¡Te amo!—

El rostro del Príncipe estaba pálido, sus ojos hundidos y oscuros por la enfermedad, su ira aumentaba con cada palabra.

—Si me amaras, si realmente me amaras, ¡nada de esto estaría sucediendo! ¡La Sra. Potts y Cogsworth estarían aquí! ¡Los animales en el laberinto no me habrían atacado! ¡Y yo no me vería así! ¡Mírame! Cada día me hago más feo, más miserable.

Nanny rodeó a Tulip con el brazo, ella lloraba tan fuerte que no podía respirar correctamente, y mucho menos decir algo en su defensa. Aunque incluso si lo hubiera hecho, él no la habría escuchado; su ira estaba creciendo, completamente fuera de control.

— ¡Ni siquiera puedo soportar verte! ¡Te quiero fuera de mi castillo en este momento! No se molesten en empacar sus cosas.

Corrió hacia las damas, agarró a Tulip por el pelo y tiró de ella hacia la puerta, derribando a Nanny en el proceso.

—No te tendré en el castillo ni un momento más, ¿me entiendes? ¡Me das asco!

Tulip lloraba más fuerte que nunca, gritando al príncipe que la dejara ir para que pudiera atender a su niñera, cuando Gastón entró en la habitación.

— ¿Qué diablos está pasando aquí, hombre?

Arrancó a Tulip de las garras del Príncipe y ayudó a Nanny a ponerse de pie.





— ¿A qué está jugando, Señor? ¿Está trastornado?

Luego, dirigiendo su atención a las damas, dijo:

—Vayan a sus habitaciones, señoras, yo me ocuparé de esto.

Las damas esperaron en sus habitaciones con sus maletas empacadas a toda prisa. No tenían idea de qué pensar de todo el asunto. Claramente, el Príncipe estaba sufriendo algún tipo de fiebre por sus heridas y por el agotamiento. Se sentaron en silencio hasta que Lumiere entró en la habitación. Su rostro parecía afligido.

— Princesa, veo que ha empacado sus cosas. Si usted y Nanny pudieran seguirme, la escoltaré a su carruaje —. Él podía ver las numerosas preguntas escritas en el rostro de Tulip. —Nosotros creemos que es mejor que vuelva a casa con su madre y su padre. El Príncipe le escribirá cuando se sienta, más... como él mismo otra vez.

Nanny habló.

—Sí, creo que es lo mejor. Ven ahora, niña, todo irá bien. Lo prometo.

Y las damas atravesaron el castillo y entraron en el patio para llegar hasta el carruaje, con tanta dignidad y compostura como pudieron reunir a la luz de su terrible experiencia.





CAPITULO XIV EL DESCENSO

La princesa no volvió a escuchar del Príncipe otra vez. El Príncipe había dejado vociferar sobre hechizos y maldiciones; vio como lo miraban cuando lo hacía. Ellos pensaban que estaba loco. No podía culparlos. A menudo él mismo se creía loco. Casi deseaba estarlo. Se había acostumbrado a mantenerse puertas adentro desde que había echado a Tulip del castillo. No abandonó sus habitaciones ni dejó que los sirvientes abrieran las cortinas y encendía solo una vela por las noches diciendo que el doctor lo recomendó para su recuperación. El único visitante permitido era Gastón.

—¿Estás seguro de que es así como quieres manejarlo, Príncipe?

El Príncipe hizo todo lo posible para no caer en uno de los picos de rabia que parecía apoderarse de él tan fácilmente estos días.

—Estoy bastante seguro, mi amigo. Es la única manera. Cabalgarás hacia el castillo Morningstar para romper oficialmente el compromiso.

—¿Y qué hay del contrato matrimonial? El rey será destituido sin tu acuerdo prometido. —El príncipe sonrió.

—Estoy seguro de que lo será ¡Pero eso es lo que se merece por arrojarme a su estúpida hija! ¡Ella nunca me amó, Gastón! ¡Nunca! ¡Todo eran mentiras! ¡Solo un medio para llegar a mi dinero!, ¡para ella!, ¡para el reino de su padre!

Gastón lo vio exaltarse. No se molestó en decirle que él creía que Tulip, de hecho, lo amaba. Había tratado de convencerlo de eso en las primeras semanas después de su ruptura. Pero nada de lo que





Gastón dijo lo convenció. Algo debió haber pasado ese día en el laberinto de setos que hizo al Príncipe creer que Tulip no lo amaba, y no había nada que nadie pudiera decir para convencerlo de lo contrario. Lo que fuera, Gastón tenía que confiar en que su amigo estuviera bien.

Tulip podía haber estado haciendo el tonto todo el tiempo, pero francamente, Gastón no la creía lo suficientemente inteligente como para jugar un truco tan astuto, él no la había marcado como una mercenaria. Pensó que él había escogido sabiamente cuando se comprometió, y ahora lamentaba el problema que eso había causado.

—Partiré hoy mismo, mi buen amigo. Tú solo descansa.

El Príncipe sonrió, una sonrisa malvada que distorsionaba su rostro, proyectando sombras malvadas a la tenue luz de las velas. Eso hizo que Gastón casi le temiera a su amigo.





CAPITULO XV LA CAZA

El Príncipe no había dejado sus habitaciones por meses; estaba cautivo por su miedo e ira que iban creciendo día con día. El único sirviente que veía ahora era Lumiere, y él era bastante evasivo en los asuntos domésticos cuando el Príncipe preguntaba. Lumiere se paraba allí, sosteniendo un pequeño candelabro de oro, asegurándose de no iluminar la cara de su amo, o la suya por temor a dejar ver el puro terror tratando de ser escondido cuando miraba la figura del Príncipe.

El Príncipe se veía horrible, pálido y desgastado. Sus ojos eran como dos pozos sin fondo y sus rasgos se estaban volviendo más animales que humanos. Lumiere no tuvo el corazón para decirle al Príncipe que todos en el castillo habían sido encantados después de que él rompiera el corazón de Tulip. Era claro para Lumiere que el Príncipe no veía a los sirvientes como ellos se veían a sí mismos. Donde quiera que mirara era espeluznante. El Príncipe seguía hablando sobre estatuas moviéndose por el castillo, lanzando miradas en su dirección cuando él no veía.

Lumiere y los otros no vieron nada parecido, y ninguno de ellos le deseaba el mal. Lumiere sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que él también fuera transformado en algún objeto de la casa como los otros, y entonces su amo se quedaría solo, con los horrores que su mente creara.

Lumiere deseaba que existiera otra manera, deseó que el Príncipe no hubiera tomado este camino, arrastrando a toda la casa con él hacia la oscuridad. Cómo extrañaba al jovencito que el Príncipe había sido, y Ding Dong aún tenía la esperanza de que el Príncipe





cambiara su corazón y rompiera la maldición, todos lo esperaban. Entre tanto, dependía de Lumiere cuidar de él mientras pudiera.

—¿No irá afuera hoy, Príncipe? Se está marchitando aquí adentro. ¡Necesita ver el sol y respirar aire fresco!

El Príncipe temía la idea de que alguien lo viera como estaba. Después de la ruina de la familia de Tulip, su malformación continuó más allá de sus temores.

Se veía como un monstruo.

Como una bestia.

Claramente no había nada que él pudiera hacer para romper la maldición; las hermanas habían mentido. Ellas nunca tuvieron la intención de que pudiera romperla; todos sus esfuerzos con Tulip fueron en vano.

Lumiere seguía parado allí, esperando su respuesta. El Príncipe solo lo recordó cuando lo escuchó carraspear.

—Sí, hombre, ¡te escuché! Iré afuera pero no hasta que anochezca. Y no quiero a nadie acechando en los pasillos para echarme un vistazo, ¿entendido? No quiero ver una sola alma. Si alguien anda por ahí debe apartara la mirada de mí.

Lumiere asintió con entendimiento.

—¿Debo poner la cena en el comedor principal, señor? Ha pasado algún tiempo desde que tuvimos la oportunidad de servir la mesa.

El Príncipe se sintió enfermo ante la idea.

—Ya veremos. Ahora vete, quiero estar solo.





Lumiere abandonó la habitación parándose en el pasillo para hablar con alguien. El Príncipe salió de la cama por primera vez en semanas; su cuerpo dolía y estaba rígido, tanto, que fue sorprendentemente difícil caminar hacia la puerta. Pero la voz sonaba como Ding Dong, y él quería verlo desesperadamente. Cuando abrió la puerta esperaba encontrar a los dos hombres hablando, pero solo vio a Lumiere.

—¿Qué está pasando? Te escuché hablando con alguien.

Lumiere se giró con miedo.

—Conmigo mismo mientras le daba cuerda a este reloj, señor. Lo siento por perturbarlo.

El Príncipe estaba perdiendo los estribos otra vez, en una peligrosa espiral de rabia.

—¡Disparates! Escuché la voz de Ding Dong

Lumiere parecía triste ante la mención de su nombre, pero el Príncipe persistió

—¿Intentas decirme que no estabas hablando con él? ¿No lo has visto en absoluto?

Lumiere, aun sosteniendo su candelabro de latón, respondió con calma.

—Puedo decir honestamente, señor, que ha pasado algún tiempo desde que he visto al querido Ding Dong en persona.





CAPITULO XVI EL OCASO

El crepúsculo era su momento del día favorito, un interludio en el que todo parecía perfecto y posible, especialmente en la estación primaveral. El cielo oscurecido era lila, haciendo que la luna fuera aún más llamativa.

El príncipe se sentía mejor al estar al aire libre y Lumiere había cumplido su promesa, no había visto a una sola persona mientras salía del castillo, aunque no podía evitar sentirse temeroso de encontrarse con alguien de un momento a otro por lo que decidió que lo mejor sería dar un paseo por el bosque. Una vez allí, se sintió más a gusto, la noche había caído y la copa de los árboles oscurecía la luz casi por completo exceptuando algunas zonas por las que se revelaba un manto nocturno lleno de estrellas. Siempre había tenido buena visión nocturna pero después de estar encerrado durante tanto tiempo, sus ojos eran aún más agudos en la oscuridad que antes. En realidad el príncipe se sentía bastante bestial, como una criatura merodeando por el bosque.

Merodeando...

Sí, eso era exactamente lo que estaba haciendo y le gustaba. Casi se sentía más en casa aquí que en su propia habitación, a veces sentía que no podía respirar mientras esperaba sentado a que esas hermanas se abalanzaran sobre él como una manada de Gorgonas, sin embargo, en el bosque, todo se sentía bien, de alguna manera perfecto, como en casa. Aunque no estaba seguro de si eso también era el atractivo de las brujas, como si de alguna manera hubieran encantado el bosque para atraerlo, hacerlo sentir más natural allí,





atraparlo en un entorno que aumentaría su bestialidad. De repente quiso huir a casa, encerrarse, pero algo llamó su atención.

Rápidamente se escondió detrás de un gran tocón de árbol cubierto de musgo para ver lo que venía. Era Gastón con su rifle de caza, pero antes de que el Príncipe pudiera reaccionar, los disparos le llovieron, penetraron en el tronco del árbol, astilló la madera y su corazón se aceleró a un ritmo maníaco que pensó que lo mataría.

Algo distinto al miedo crecía en su interior, algo terrible y oscuro que empañaba el cariño y el recuerdo de su amigo. De hecho, por un momento, Bestia no pudo recordar a Gastón. Tuvo algunos recuerdos al azar, pero ninguno sobre su amistad y entonces, recordó.

Se sentía diferente, como si se estuviera adentrando en un océano profundo y oscuro; se sentía ahogado en él, perdiéndose por completo mientras algo más tomaba el control, algo que se sentía extraño pero familiar y cómodo al mismo tiempo.

Todo a su alrededor se desenfoca, lo único en lo que podía concentrarse era en Gastón, no existía nada más, nada más importaba excepto el sonido de la sangre alimentando los latidos del corazón de su presa, el sonido lo envolvía, acompasando los latidos de su propio corazón, quería la sangre de Gastón.

Ni siquiera se dio cuenta de que se precipitó hacia adelante derribándolo e inmovilizándolo contra el suelo. Su propio poder lo asustaba, le era tan fácil derribar a un hombre, retenerlo allí dejándolo indefenso. No quería nada más que saborear su sangre caliente y salada. Pero luego miró a Gastón a los ojos y vio miedo. Y recordó a su amigo.





Gastón estaba asustado, el Príncipe no lo había visto asustado desde que eran niños. Había estado a punto de quitarle la vida a su mejor amigo. Un hombre que había salvado a los suyos cuando eran niños. Arrebató la pistola de las manos temblorosas de Gastón y la arrojó lejos en el bosque. Corrió tan rápido como pudo dejándolo solo, confundido y preguntándose qué clase de bestia inmundada lo había atacado. Solo podía esperar que Gastón no supiera que era su viejo amigo.





CAPITULO XVII EL PRÍNCIPE EN EL EXILIO

El Príncipe no salió de sus habitaciones después de esa noche en el bosque. Escuchó la conmoción en el piso de abajo cuando Gastón irrumpió en el castillo buscando ayuda. El Príncipe quería estar con su amigo, pero sabía que estaría bien bajo las capaces manos Lumiere quien llamó al médico para que atendieran las heridas de Gastón y le dieron excusas por la ausencia del príncipe.

—¿Cómo explicaste el estado del castillo?" — le preguntó el príncipe a Lumiere más tarde, preguntándose cómo habrían sido las cosas para Gastón.

Pero tal vez el cambio no le hubiera importado a Gastón, quien, al igual que él mismo, parecía estar perdiendo el recuerdo de su vida anterior. De hecho, incluso la corte entera se estaba olvidando lentamente de Gastón, del Príncipe y en algunos casos, hasta de sus propias vidas antes de la maldita transformación.

—Un hombre vino al castillo. Un extraño, pero lucía tan familiar había dicho Lumiere, refiriéndose a Gastón. — Lo habían atacado en el bosque cercano mientras cazaba. Y se disculpó por entrometerse en una corte real, pero necesitaba ayuda. Estaba herido de muerte —.

—Este hombre, — dijo el príncipe, — ¿tenía alguna idea de lo que lo atacó en el bosque? —





—Una bestia, señor, eso es lo que dijo, una especie de animal.
Pero como ninguno que hubiera visto antes —.

Animal...

Bestia...

¿No eran esas las palabras que usaban las brujas? ¿Las palabras exactas? Esas mujeres probablemente estaban bailando de alegría, cantando y haciendo sonar los horribles tacones de sus estúpidas botitas.

—Señor — gruñó Lumiere —, ¿podría sugerirle que diga que prefiere que el castillo esté desocupado y custodiado por el jardinero?

—¿Tenemos un jardinero? — preguntó el príncipe, una vez más luchando por recordar.

—Sí señor, no en el sentido tradicional, pero sí. Tenemos todo. Todo el mundo está aquí, señor, simplemente no los ve. Todos sus deseos aún serán atendidos. —

Por un momento, pareció perderse en la confusión y sus pensamientos mientras el Príncipe esperaba que continuara.

—Y no sé, señor, cuánto tiempo me tendrá como compañero. No sé qué será de mí cuando la maldición me alcance. Pero seguiré aquí como los demás, de eso estoy seguro. Todos haremos nuestro mejor esfuerzo para darnos a conocer cuando podamos. Para hacerle saber que no está solo. — El príncipe no supo qué decir. — Solo esperamos que puedas romper la maldición. —

Algo estalló en la mente del príncipe; sus ojos eran salvajes y estaba al borde del frenesí.





— ¡Rompe la maldición! ¡Esperas que pueda romper la maldición! ¡Como si hubiera pasado un solo momento en el que pensara en otra cosa aparte de romper este maldito hechizo! ¡Sal de aquí antes de que te golpee! —

Lumiere retrocedía un poco con cada palabra rencorosa.

— ¡Lo siento señor! Yo no ... —

— ¡Sal ahora! — Y eso fue lo último que el Príncipe, ahora la Bestia, vio de Lumiere.





CAPITULO XVIII EL ESPIA DE LAS HERMANAS EXTRAÑAS

En la cima de una colina cubierta de hierba había una mansión estilo pan de jengibre de color verde oscuro adornada con oro y con contraventanas negras. Su techo se extendía hacia el cielo, su forma se parecía al sombrero de una bruja.

Acurrucadas dentro de la casa estaban las hermanas extrañas, tomando el té de la mañana. Martha estaba trayendo una bandeja de bollos de arándanos calientes cuando escuchó a Lucinda chillar de alegría.

— ¡Ella está aquí! ¡Ella está aquí!.

Todas las hermanas corrieron hacia la ventana, tropezando con ellas mismas para ver quién estaba allí.

Caminó por el camino de tierra. Sus hermosos ojos dorados, delineados en negro, brillaron con pequeñas motas verdes a la luz de la mañana mientras se dirigía a la puerta principal.

Martha estaba allí para recibirla.

— ¡Pflanze, Hola! ¡Ruby, rápido, tráele un platillo de leche!

Pflanze entró tranquilamente entre los frenéticos chillidos de excitación que la rodeaban. Tomó su asiento habitual en la mesa de la cocina, donde su platillo de leche ya la estaba esperando.

Lucinda habló primero.





—Lo hemos visto todo, Pflanze. ¡Estaba temblando de alegría, estaba tan emocionada!

—¡Sí, todo! ¡Lo hemos visto todo!

dijo Ruby.

—¡Lo has hecho bien, amada nuestra!

La rodearon, parloteando como pajaritos mientras ella bebía su leche. Los tacones de sus botas hacían un clic en el suelo de madera mientras cantaban las alabanzas de Pflanze.

Circe entró en la habitación con los ojos nublados para ver por qué sus hermanas estaban tan felices a esa hora tan temprana.

—Ah, ya veo, ¡Pflanze finalmente ha vuelto a casa!

Acarició a Pflanze en la cabeza mientras terminaba su leche.

—¿Y adónde te fuiste, niña bonita?

Las hermanas mayores de Circe se miraron con miedo, lo cual solo consiguió que parecieran culpables. Era raro que Circe les permitiera salirse con la suya con sus pequeños engaños. Les resultaba muy difícil ocultarle secretos a su hermana pequeña. De todos modos, a menudo estaban tramando algún tipo de engaño, así que no era un secreto cuando les preguntaba qué habían estado haciendo. Era casi como si les gustara ser atrapadas

—¿O tal vez debería preguntarles qué han estado haciendo, señoras?

Lucinda puso la cara más inocente podía conjurar, pero no engañó a Circe

—¡Oh, no intentes hacer eso conmigo, Lucinda! Sé cuando has estado en tu engaño. ¡Ahora fuera!





Pflanze miró a las brujas, todas ellas, parpadeó lentamente en agradecimiento por la leche, ajustó las patas y saltó de la mesa. Estaba por encima de esas conversaciones. Se acurrucó frente a la chimenea. Mientras las hermanas salían

—¿Y?

Circe tenía la mano en su cadera, esperando que sus hermanas mayores respondieran.

—Pflanze ha estado con el Príncipe, vigilándolo por nosotras, eso es todo.

Circe giró los ojos.

—Les dije que no se entrometieran con él. ¡Les dije que lo dejaran en paz!

Martha casi derriba la tetera en protesta.

—¡No nos hemos entrometido, lo prometo! Lo hemos estado investigando.

Circe no pudo evitar preguntar:

—¿Y qué vieron?

Pero supo en el momento en que preguntó que había sido un error. Las palabras llovieron sobre ella como una tormenta; ella quedó atrapada en la ráfaga de sus historias fragmentadas que estaban muy contentas de compartir.

—¡Oh, lo hemos visto todo!

—¡Cosas horribles y desagradables!

—¡Peor de lo que imaginamos!

—¡Asesinato!

—¡Mentiras!





- ¡Llevó a una chica al suicidio!
- ¡Ella saltó de los acantilados!
- ¡Una bestia fea, desagradable y horrible!
- ¡Corazones rotos, tartas románticas!
- Ah, ¿estamos rimando ahora? ¡Encantador!

Circe le puso fin antes de que continuara la rima.

- ¡No, no lo están! ¡Sin rimas!

Al igual que todos los demás, a Circe le resultaba difícil seguir a sus hermanas cuando se emocionaban. Uno pensaría que después de casi veinte años de vivir con ellas sería más fácil, pero a medida que pasaban los años, su manía hacía que a Circe le diera más vueltas la cabeza.

- Hermanas, por favor, solo una de ustedes hable, y por favor díganlo despacio y directo al grano.

Las tres brujas guardaron un silencio de piedra.

- Sé que son capaces de hablar con normalidad, ¡las he oído hacerlo! Por favor."

Ruby habló.

- Se ha convertido en la Bestia, como pensamos que haría. Casi mata a Gastón mientras acechaba en el bosque.

Circe pareció decepcionada.

- Pero no lo mató, ¿así que todavía hay esperanza?

Los labios ya apretados de Lucinda se fruncieron aún más. Siempre se notaba lo enojada que estaba por lo pequeños que se volvían sus labios.





—Aún lo amas, ¿no es así?

Circe se alejó de sus hermanas y se sentó en la silla junto a la chimenea para estar cerca de Pflanze.

—Ojalá pudieras hablar, querido Pflanze. ¡Ojalá pudieras contarme lo que pasó para no tener que sufrir a estas lunáticas hermanas mías!.

Martha tiró su taza de té a la pared con frustración.

—¿Cómo te atreves?

Ruby tenía lágrimas fluyendo de sus ojos.

—¡Nunca pensé en escuchar esas palabras de ti, hermanita, no después de todo lo que hemos hecho por ti!

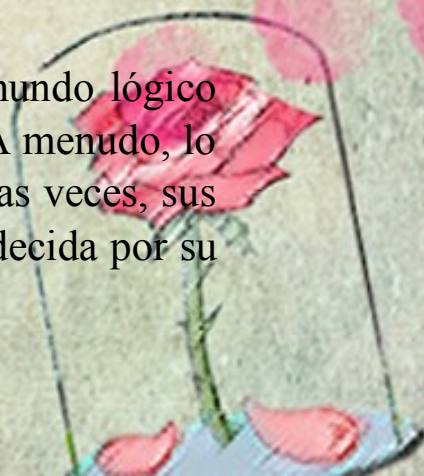
Circe puso fin a la teatralidad de inmediato.

—¡Solo para! ¡Todas ustedes! ¡Alto! Lo siento. No lo dije en serio, ¡es solo que a veces me distraen! Por supuesto que no estoy enamorada de él, solo esperaba que hubiera aprendido la lección. ¡Que cambiase sus costumbres e hiciese una vida mejor!.

Lucinda le sonrió a su hermana pequeña.

—Por supuesto, querida, siempre te preocupaste por la gente, lo sabemos. A veces olvidamos que no somos iguales. Nos preocupamos solo por ti. Te amamos por tu compasión, pero simplemente no la compartimos.

Circe no entendía a sus hermanas. Vivían en un mundo lógico solo para ellas, con su propio código moral retorcido. A menudo, lo que decían tenía sentido para ella intelectualmente; otras veces, sus palabras simplemente la confundían. Esto la hizo agradecida por su





capacidad de compasión. Sin él, sentía, sería como sus hermanas mayores.

—Es difícil sentir pena por quienes están dispuestos a lanzarse al desastre. Son su propia ruina, querida. Lo traen sobre sí mismos. No merecen tu lástima.

Circe suspiró, porque sabía que había lógica en el argumento de su hermana; simplemente no había corazón.

Se sentaron a tomar el té, charlando sobre todo lo que había hecho el príncipe desde la última vez que lo vio, esta vez con más calma.

—Él pensó que podía romper la maldición con la pobre Tulip, ¡y ella realmente lo amaba, lo adoraba! ¡Pero él la culpó cuando sus besos no rompieron la maldición! Por supuesto que él no la amaba. Realmente no. No es amor verdadero. ¡Ella lo amaba, verdad! ¡Pero la maldición dicta que se da y se recibe! ¡Pensó que su versión egoísta del amor nos engañaría y le rompió el corazón en el proceso!"

Circe se sintió horrible por lo que le había sucedido a la princesa Tulip y se resignó a hacer las cosas bien para ella y su familia. Lucinda vio en el rostro de Circe que se sentía culpable.

—¡El Príncipe le hizo eso a ella, Circe, no a ti!

Circe suspiró y dijo:

—Lo sé, ¡pero la destruyó a ella y a su familia tratando de romper la maldición! ¡Mi maldición!

Martha sonrió a su hermana pequeña.

—La vieja reina arrasó la tierra y dejó un rastro de desastre y muerte a su paso. ¿Deberíamos culparnos a nosotras mismas?





Ruby se rió.

— ¡Oh, cómo habría odiado que la llamaran la vieja reina! Pero en eso se ha convertido tantos años después de su muerte: ¡se ha convertido en la vieja reina de la leyenda y el mito! ¡Pero nosotras sabemos la verdad! ¡Sabemos que ella era real! La reina que se arruinó por el dolor y la vanidad.

Lucinda se unió a la risa.

— ¡Oh, en verdad habría odiado ese nombre! ¡Lanzaría maldiciones y amenazaría con matar a cualquiera que se refiriera a ella como tal! ¡Pero ahora está muerta! Muerta, muerta, muerta! ¡Caída de los acantilados rocosos! "

Circe recordó a Tulip.

— Entonces, ¿Fue Tulip, la que se suicidó? ¿Quién se tiró por los acantilados?

Circe preguntó.

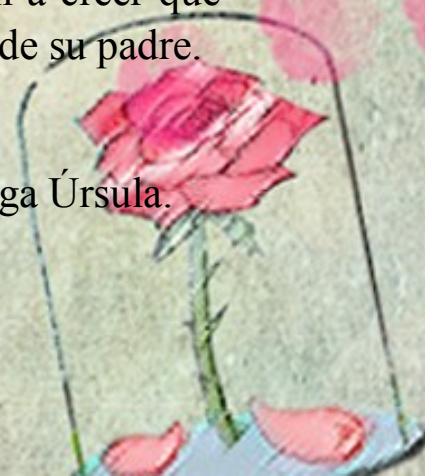
— Oh, creo que lo hizo por la pérdida de su hija y de ella misma. Ella se ahogó en su propia miseria y arrepentimiento al final. Casi sentí pena por ella.

Circe se preguntó cuántas historias como esta no había escuchado de sus hermanas. Estaba claro que no estaban hablando de Tulip, sino de una reina que se había arrojado desde un acantilado.

— No, me refiero a Tulip. Sus palabras me llevaron a creer que se había arrojado por los acantilados de las costas de su padre.

Lucinda respondió:

— Lo hizo, querida, pero fue salvada por nuestra amiga Úrsula.





Circe miró a sus hermanas.

—¿Y qué pidió la bruja del mar a cambio?

Ruby parecía herida.

—¿Piensas tan poco de la compañía que mantenemos?

Lucinda agregó:

—¿Y cómo sabríamos qué le quitó Úrsula? ¡No estamos al tanto de lo que sucede en todos los reinos!

Circe miró a su hermana como si supiera muy bien que eso era mentira, y su hermana cedió, como solían hacer con su Circe. Ella era su única debilidad.

—Ella no tomó nada de ella que realmente necesitara.

Circe no parecía convencida.

—¡Quiero que lo arregles con Úrsula! ¡Le das algo a cambio de lo que le haya quitado a Tulip! ¡Y voy a arreglar los asuntos del reino! "

Lucinda parecía profundamente infeliz.

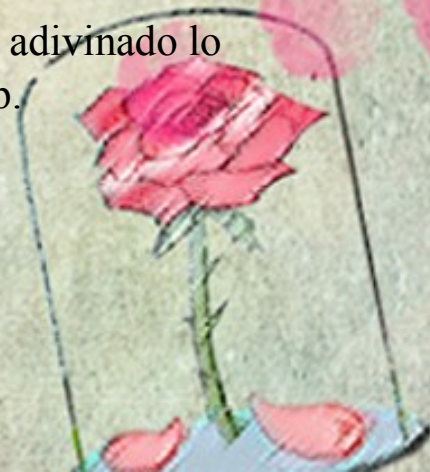
—Si insistes.

Circe entrecerró los ojos.

—¡Lo hago! ¡Y, hermanas, vamos a ver que la belleza de Tulip le sea devuelta sin demora! "

Ruby se sorprendió de que su hermana pequeña hubiera adivinado lo que la bruja del mar había cambiado por la vida de Tulip.

Circe sonrió con aire de suficiencia.





— ¡No te veas tan sorprendida! La belleza de Úrsula le fue arrebatada hace años, ¡así que sería lógico que intentara recuperarla por medios tortuosos! ¡Creo que es terrible lo que le pasó, pero no excusa sus acciones! "

Lucinda habló.

— ¿No es así? Alguien le ha robado su belleza y se ha fugado con su verdadera voz. Sus pérdidas son demasiadas para contarlas. Le quitaron tantas cosas y luego las esparcieron por el vasto océano para que nunca más lo vuelva a encontrar, ¿y por qué? ¡Por nimiedades!

Circe volvió a poner los ojos en blanco ante sus hermanas.

— ¡Los hechos de Úrsula no fueron nimiedades!

Lucinda continuó.

— Cualesquiera que sean nuestras opiniones diferentes, haré lo que me pidas porque te amo demasiado para verte sufrir y culparte por la infelicidad de Tulip.

Martha parecía aterrorizada.

— ¿Pero qué le daremos? ¡Nada demasiado precioso, nada de la bóveda!.

Ruby también estaba en pánico por la idea de regalar algo a Ursula.

— ¡Circe quiere que regalemos todos nuestros tesoros! Primero uno de nuestros espejos encantados, ¿y ahora qué?

Lucinda, que parecía inusualmente tranquila, sofocó los temores de Martha.





—No se preocupen, no nos separaremos de nada demasiado precioso. Lo prometo.

Luego miró a Circe.

—¿Supongo que te irás al Castillo Morningstar de inmediato?

De hecho, Circe había decidido que se aventuraría allí de inmediato.

—Sí lo haré.

Lucinda fue a la despensa y empujó algunas cosas hasta que encontró lo que estaba buscando: una bolsita de terciopelo con cordón.

—Cuando llegues, ve a los acantilados y dale esto a Úrsula. Ella te estará esperando.

Y agregó:

—Se devolverá la belleza de Tulip.

Circe sonrió, transformándose de su estado despeinado a uno que era más que presentable para un viaje al Reino Morningstar

—Me iré, entonces. No se metan en problemas mientras estoy fuera. Puede que pase algún tiempo antes de que regrese.

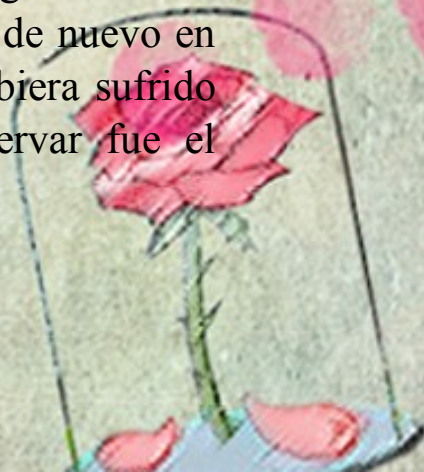




CAPITULO XIX LOS LOBOS EN EL BOSQUE

La Bestia despertó en el piso de un cuarto que raramente visitaba. Estaba oscuro, salvo, por el brillo rosado que desprendía la rosa encantada que las hermanas le dieron aquella noche que pusieron la maldición sobre él hacía hace mucho; su luz era mística debajo del domo protector que la cubría y sus pétalos eran pocos. Su rabia y ansiedad parecía haber cedido tras escuchar que Bella se rehusaba a cenar con él. El Maestro de su vida finalmente paraba de darle rondas a su mente y finalmente fue capaz de enfocarse en el presente. El presente. Bella ¿Cuánto tiempo había estado ahí?

Él podía escucharla en el pasillo. ¡Ella se encontraba en el ala oeste! Sabía que estaba prohibida. ¡Él se lo había dicho! Se escuchaba como si estuviera conversando con Pflanze mientras se encaminaban hacia el ala. ¿Por qué las mujeres se empeñaban en hablar con los gastos como si estos fueran a entenderles? Él jamás pudo comprender el concepto. Se escondió tras un divisor de habitaciones, esperando a ver si ella se osaba a entrar al cuarto. Lo hizo. Su corazón aumentó el ritmo. Ella se estaba aproximando a la rosa, hechizada por su belleza. Su curiosidad la estaba empujando hacia ella mientras el pánico de la Bestia cada vez crecía más, causando que su enfado ascendiera a proporciones realmente peligrosas. Él le arrebató el domo de sus manos y lo puso bruscamente de nuevo en su lugar, estando seguro de que la delicada flor no hubiera sufrido ningún daño. Su cólera afloró y todo lo pudo observar fue el aterrorizado rostro de Bella.





—¡Este cuarto está prohibido!, ¡Lárgate! —ella tartamudeó tratando de encontrar alguna palabra para defenderse a ella misma, sin embargo, el miedo se apoderó de su tembloroso cuerpo y salió corriendo fuera del castillo, hacia el bosque.

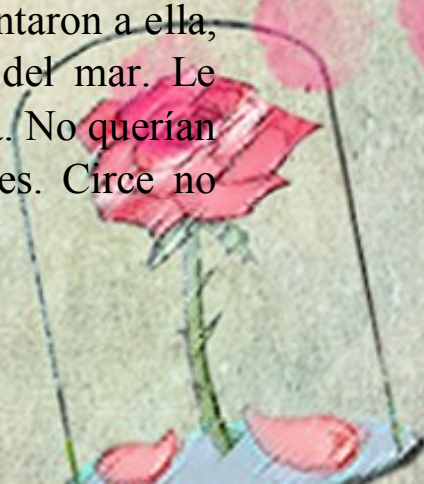
Estaba sola y desesperada, ya no le importaba más cumplir con la promesa de ocupar el lugar de su padre.

Ella quería marcharse, ir a casa. Su padre entendería. Juntos encontrarían una manera de derrotar a la Bestia. Se rehusaba a permanecer como su prisionera una sola noche más. Corrió tan lejos y se internó tanto en el bosque que ya no podía observar el cielo nocturno sobre ella; los árboles eran altos, oscuros y siniestros.

La luz de la luna había desaparecido por completo. Las ramas de los árboles lucían amenazantes, como las manos de una bruja que buscaban matarla, entonces escuchó aullidos a la distancia. Se encontraba sola y aterrada.

Las hermanas extrañas rieron y estamparon sus botas con total regocijo cuando vieron por los ojos de Pflanze lo que le había ocurrido a Bella. La Bestia había arruinado cualquier oportunidad de romper el hechizo. Cantaron, rieron y se rieron mientras tanto. “¡La Bestia arruinó cualquier oportunidad de romper el hechizo!”. “¡La chica va a morir!”

Si Circe hubiera estado ahí. Ella hubiera auxiliado a la pobre niña, aunque, sus hermanas mayores tenían planeado algo completamente distinto. Estaban algo orgullosas de sí mismas. Se adelantaron a ella, pensaron en mantener a Circe ocupada con la bruja del mar. Le pidieron a Úrsula que la entretuviera tanto como pudiera. No querían que su pequeña hermana se entrometiera en sus planes. Circe no





aceptaba la muerte de la manera en la que sus hermanas lo hacían. Ella no estaría de acuerdo.

Lucinda tomó un pequeño saco que se encontraba atado al pequeño cinturón que rodeaba su imposiblemente pequeña cintura. Dentro del saco había un polvo morado, el cual, esparció en la chimenea. Un terrible humo negro se alzó del fuego tomando la forma de la cabeza de un lobo. Sus sombríos y letales ojos brillaban de un flameante color cobre.

—Envía los lobos al bosque, que la rasguñen y muerdan hasta que sangre, mata a La Bella en el bosque, ¡haz que se arrepienta de sus malvados actos! —habló Lucinda

Ambas brujas rieron mientras contemplaban como los lobos se aproximaban hacia Bella, La rodearon, gruñéndole, mostrándole sus ominosos colmillos afilados. Se abalanzaron sobre ella, uno de ellos desgarró su vestido, Ella gritó.

—Envía los lobos al bosque, que la rasguñen y muerdan hasta que sangre, mata a La Bella en el bosque, ¡haz que se arrepienta de sus malvados actos! —esta vez ambas hermanas repitieron las palabras

Bella gritó de nuevo, muy segura de que iba a morir. ¡no había nada que pudiera hacer! Ni siquiera tenía algo con que protegerse, intentó buscar cualquier cosa que pudiese servirle como arma.

—Envía los lobos al bosque, que la rasguñen y muerdan hasta que sangre, mata a La Bella en el bosque, ¡haz que se arrepienta de sus malvados actos! —las hermanas continuaron su cantico

Los lobos ya se encontraban sobre ella. Como anhelaba ver a su padre tan solo una vez más antes de que muriera; no podía soportar





si quiera pensar en un mundo donde él tuviese que vivir sin ella. Estaría perdido.

—Envía los lobos al bosque, que la rasguñen y muerdan hasta que sangre, mata a La Bella en el bosque, ¡haz que se arrepienta de sus malvados actos! —las hermanas estaban sumergidas en un trance lunático

—¡Abran su garganta, háganla sangrar, coman su carne, a mis palabras obedecerán! —Lucinda cayendo aún más profundo en su trance cambió el canto

Algo pasó volando sobre Bella “otro lobo” pensó, pero, no. Era enorme, mucho más de lo que cualquier lobo podría serlo. No sabía que estaba aconteciendo, sin embargo, las hermanas lo vieron y reconocieron lo que era.

—¡Abran su garganta, háganla sangrar, coman su carne, a mis palabras obedecerán!

La criatura era tremendamente larga y feroz, con talones que aparentaban ser garras y temibles, afilados dientes. Bella estaba en el borde de pánico mientras el canto de las hermanas se volvía aún más eufórico.

—¡Abran su garganta, háganla sangrar, coman su carne, a mis palabras obedecerán!

Bella no quería morir, apenas si había tenido una breve oportunidad de experimentar la vida. Simplemente había leído tantas cosas que le gustaría experimentar, pero, no había tenido la ocasión de hacerlas aún. Tenía los ojos cerrados fuertemente, tratando de ser valiente, intentando no lamentar sus decisiones.





—¡Abran su garganta, háganla sangrar, coman su carne, a mis palabras obedecerán!

La criatura pasó de ella rápidamente, atacando a los lobos. Matándolos a todos de un sangriento zarpazo. Aquello ocurrió tan de prisa que Bella arduamente tuvo tiempo para notar que todo había concluido. Su vista se elevó para darse cuenta de que se encontraba rodeada de sangre. La Tierra estaba ahogada en esta; a donde quiera que su vista se fijaba contemplaba la muerte. Sangre, pelaje y carne. Era abominable. ¿Qué clase de monstruo pudo hacer eso? Deseaba huir, mas, su vista dio con la criatura. Lucía herida. El monstruo que salvó su vida iba a morir; ella tenía moretones y sangraba, claro, también estaba exhausta por la pelea. Su corazón escapó de ella. Algo dentro de Bella le decía que no debía correr que la criatura necesitaba de su ayuda.

Las hermanas quedaron en shock al percatarse de su error. Nunca debieron de enviar a esos lobos a matar a Bella. La Bestia la siguió hasta el bosque porque estaba molesto; su ira pudo haberlo sobrepasado y él mismo haber matado a Bella. Los lobos fueron una distracción. Los lobos habían sido su error. Estos estaban muertos y esparcidos en el piso del bosque. Su sangre era negra y pegajosa en las patas de la criatura. Los lobos serían quienes los juntaran.

El único consuelo de las brujas fue que Bella había visto quien realmente era. Había visto toda la violencia de la que era capaz.

—¡Será rechazada por él!, ¡Enferma por toda esa muerte que lo rodea!

Pero, si cualquiera de nosotros hubiera estado ahí, parados cerca al fuego y pudiera contemplar las caras de las hermanas podría suponer que las hermanas temían lo contrario. ¿Por qué? Porque ellas podían





observar la mirada en el rostro de Bella. Veían compasión por la Bestia en este. Después de todo, él le había salvado la vida.

Las hermanas extrañas vieron que debían de tomar una acción más drástica.

—Es tiempo de enviar a Pflanze a encontrarse con Gastón—

—¡Por supuesto, hermana! Estoy segura de que le gustará saber donde terminó su querida Bella

—Apuesto a que, si alguien puede destruir a la Bestia, sería él —
añadió Ruby.





CAPITULO XX LA BELLEZA EN LA BIBLIOTECA

Bella no era el tipo de chica que se aburría fácilmente, pero se encontró cansada de estar atrapada a puerta cerrada. Hacia demasiado frío para ir afuera, así que se sentó en el pequeño estudio, cerca del fuego, preguntándose cuando vería a Bestia.

Se había vuelto menos pesada la convivencia con él desde que la salvó de los lobos, pero no podía olvidar porque había escapado hacia el bosque, directamente hacia el peligro: su terrible temperamento. Repetía la escena en su cabeza una y otra vez. Los lobos, el bosque, la sangre, Bestia. Ella había estado cerca de morir esa noche por culpa de la ira de él. ¿Por qué? ¿Porque ella había tocado su preciada rosa? Ni su enojo o su miedo la habían detenido de curarle las heridas, ¿verdad? Bella supuso que era lo menos que podía hacer después de que él le salvara la vida.

¡Oh, ya basta!, pensó. Había pasado ya demasiado tiempo pensando. Era lo único que hacía.

Pensar.

Analizar.

Preocuparse.

Se preguntó cómo las mujeres de las novelas que amaba leer podían soportarlo. Estar sentada todo el día desocupadas, esperando a escuchar las noticias del día de boca de los hombres. Pero eso es exactamente lo que ella hacía ahora, ¿no es cierto? Esperando a Bestia. No había nada que hacer en el castillo, empezó a pensar que se volvería loca por la banalidad. Al menos en casa con su padre



tenía a sus libros y podía ayudarle con sus inventos. Él la necesitaba. Ella lo necesitaba. Lo extrañaba, incluso extrañaba a la gente del pueblo.

Era cierto: todos en el pueblo pensaban que ella era rara por leer tanto, tampoco se comportaba como otras chicas. ¿Y que si estaba mas interesada en leer sobre princesas que ser ella misma? Se sintió agradecida a su padre por haberla dejado expresarse como ella quisiera y vivir su vida como creyera correcto. La dejaba ser ella misma. No muchas jóvenes tienen esa libertad y empezaba a comprender la rareza de la hermosa vida que había llevado hasta hace poco.

Aquí estaba sola y sofocada.

Bestia la observaba mientras se sentaba en la pequeña silla roja junto al fuego.

Ella no sabía que él estaba ahí. Su cara estaba contrariada con desaprobación. Como si estuviera reprochándose a si misma. Seguramente se estaba regañando por haberle curado las heridas, pero ella no podía saber la verdad. ¿Cómo podría?

No sabía que él podría haberla matado fácilmente, si los lobos no hubieran estado allí para distraerlo. Imagínalo, imagina si el la hubiera matado. Que horrible, que terrible que el podría hacer algo así. Otra acción horripilante añadida a la larga lista — una lista que sin duda estaba siendo revisada por esas brujas. Estaba seguro que ese hubiera sido el ultimo acto malvado que empujaría a su oscuro corazón al abismo, y las brujas estarían ahí para reírse de él. Se hubiera perdido a si mismo, por completo, si es que no lo había hecho ya. Seguramente algo quedaba de él. No era completamente una bestia ahora, ¿o sí? Si lo fuera, ¿no ya la hubiera matado? No le



habría importado romper la maldición. Como las cosas estaban, él la necesitaba desesperadamente. Era su última oportunidad. Aunque no estaba seguro si merecía esta oportunidad, pero la llegada de Bella en el castillo era señal que debía seguir intentando.

¿Como podría hacerse amarla? Verdaderamente enamorarse de alguien como ella. No se parecía en nada a las chicas que él cortejaba. Era hermosa, sí, pero no como él estaba acostumbrado. Nunca funcionaría, y aunque se enamorara de ella, ¿cómo podría ella enamorarse?

Era imposible.

Él era repugnante.

Ahora lo veía, por primera vez. Veía lo malvado que se había vuelto y sentía que de hecho merecía el castigo de Circe.

Tal vez justo eso era su castigo: nunca saber qué era amar.

Bella lo miró y le sonrió. No esperaba eso.

—Bella, ¿vendrías conmigo?

levantó una ceja y le dedicó una astuta sonrisa, como si no confiara en él.

—Está bien.

Caminaron por el vestíbulo y hacia el largo pasillo al que ella no había ido aún.

Era escaso a excepción de un pequeño banco de terciopelo rojo y una solitaria gárgola, al final del pasillo había una entrada arqueada. Cuando llegaron a la puerta, Bestia dijo:

—Bella, hay algo que quiero mostrarte.





Comenzó a abrir la puerta, pero se detuvo, le sorprendía lo nervioso que se sentía.

—Debes cerrar los ojos primero.

Otra vez esa mirada astuta, como si Bella no confiara en él. Honestamente, ¿cómo podría hacerlo? Aunque ella sí parecía interesada y ligeramente más cómoda en presencia de Bestia, eso le daba esperanza.

—¡Es una sorpresa!

le dijo, y Bella cerró sus ojos.

Podía sentir la mano de Bestia pasando delante de ella, asegurándose de que no se asomara. Ambos desconfiaban del otro. Él la tomó de las manos y la llevó dentro de lo que parecía un espacio muy amplio. Ella podía notarlo por el sonido de sus pasos.

—¿Puedo abrirlos ya?

Su voz hizo eco. De no haber sabido mejor, podría asegurar que estaban en una catedral.

—No, no. ¡Espera aquí!

Soltó sus manos. Ella escuchó un silbido y de inmediato sintió la calidez del sol en su rostro.

—¿Ahora ya puedo abrirlos?

Él estaba disfrutando, darle un regalo como este, y se encontró sonriendo por primera vez en años.

—Está bien, ¡ábrelos!

gritó, los ojos de Bella se ensancharon ante tal vista.

—¡No puedo creerlo! ¡No he visto tantos libros en mi vida!





Bestia no esperaba sentirse de esta forma, que significaría para él hacer a alguien tan feliz.

—¿Te... te gusta?

preguntó, a ella en efecto le gustaba, más de lo que podía expresar.

—¡Es maravilloso!

Bella dijo, más feliz de lo que jamás Bestia había visto.

—Entonces, es tuya.

En ese momento sintió algo inesperado. Lo que empezó como una forma de unirlos por el bien de romper la maldición, se convirtió en algo más, algo que no terminaba de entender.

Le gustaba hacerla feliz.

—¡Oh, muchas gracias!

¡Libros! Los libros la hacían feliz. Ella no era como ninguna chica que él hubiera conocido antes, y tal vez eso le gustaba a Bestia. De hecho, estaba seguro que le gustaba.





CAPITULO XXI BELLA Y BESTIA

Las extrañas hermanas estaban en pánico. Incluso ellas podían ver que Bella empezaba a encariñarse con Bestia, y Bestia — bueno, él estaba experimentando algo nuevo y eso para las brujas era totalmente aterrador.

Tenían que hacer algo.

Tenían las manos llenas con Bella y Bestia, y ahora con Gastón también, desde que habían enviado a Pflanze a vigilarlo. Estaban tan consumidas que nunca dejaban la casa por temor a perderse una oportunidad para enterrar aún más sus garras en el moribundo corazón del príncipe.

— ¡Míralos! ¡Jugando en la nieve!

siseó Ruby.

— ¡Asqueroso!

escupió Martha.

— ¡Mira nada más como lo observa! ¡Mirándolo tímidamente desde ese árbol! No crees que se esté enamorando de él, ¿o sí?

gritó Lucinda.

— ¡No sería posible!

Las hermanas ahora pasaban todo su tiempo espiando a Bella y Bestia, con cada día su pánico aumentaba. Se estaba volviendo dolorosamente claro que esos dos estaba enamorándose.





—Esos malditos sirvientes no están ayudando. ¡Conciben el romance siempre que pueden! □ chilló Ruby.

Ruby, Martha y Lucinda debieron estar hechas un desastre cuando Circe regresó de su visita al castillo Morningstar. Cuando la escucharon entrar, las tres se volvieron una sola, asustadas de ver a su hermana menor parada en la entrada.

—¡Oh! ¡Hola!

dijeron juntas, luciendo terriblemente cansadas y bastante enloquecidas por las largas noches de inquietante espionaje y conspiración.

Circe notaba que algo estaba mal.

—¿Qué es todo esto?

preguntó Circe.

Lucinda intentó poner su mejor cara, pero ya que no se había visto en el espejo en varios días, no tenía idea de lo espantosa que se veía en realidad.

—¿A que te refieres querida?

dijo con un tic y tartamudeo.

Circe entrecerró sus ojos, escaneando a Lucinda para sacarle un poco de verdad.

—¡Este lugar! ¡Es un desastre! ¿Qué han estado haciendo?

Las extrañas hermanas se quedaron ahí. Por primera vez no supieron que decir. Los rizos de Lucinda estaban enredados como un nido de pájaros, con pequeños pajarillos de hierbas secas y cera de vela pegada entre ellos, mientras la falda de seda roja de Ruby





estaba cubierta de ceniza gris y las plumas en su cabello salían en ángulos aun mas extraños de lo normal con un polvo naranja de algún tipo.

Todas paradas frente a su hermanita actuando como si sus apariencias fueran de lo más normal — como si Circe fuera estúpida o no tuviera ojos en la cabeza para darse cuenta de que estaban tramando algo.

—Ya veo, ¡han estado trabajando en hechizos!

Circe las regañó.

—¿Saben qué? Sea lo que sea que estén haciendo, ¡he decidido que no quiero saber! Honestamente, no estoy de humor para lidiar con lo que sea que es esto. Así que, ¿alguien piensa preguntarme como me fue con la bruja del mar?

—¿Cómo estuvo, querida? ¿Le enviaste nuestros saludos?

Ruby graznó en respuesta.

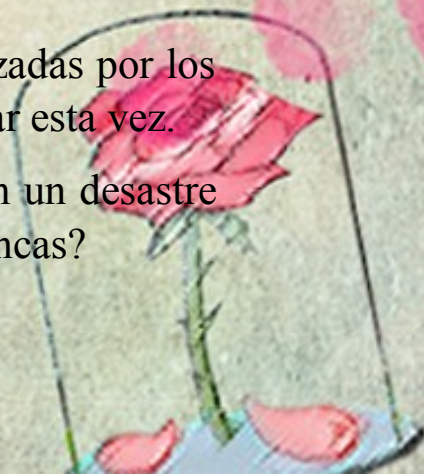
Circe dio comienzo en cuanto escuchó la voz de su hermana, pero mantuvo sus preguntas sobre que habían estado haciendo para si misma.

—Está muy bien y estaba bastante satisfecha con el intercambio siguió

—De todas tus extrañas amistades, Úrsula es la que más me agrada. Es muy divertida.

Las hermanas rieron, graznando, sus voces destrozadas por los interminables cantos. Circe no pudo resistirse a preguntar esta vez.

—En serio, ¿qué han estado haciendo? Mírense. Son un desastre y, ¿qué les pasó a sus voces? ¿por qué están tan roncas?





Las hermanas se vieron entre ellas y con una inclinación de cabeza de Lucinda, Ruby tomó un collar de su bolsillo.

— ¡Te conseguimos esto!

agitó el bello collar en sus dedos, columpiándolo de un lado a otro en un intento de distraerla. Era un bello collar, plata trenzada con pierdas rosa claro.

— ¡Si! ¡Te conseguimos un regalo Circe!

Dijo Martha mientras Circe entrecerraba los ojos a sus astutas hermanas.

— ¿Me creen lo suficientemente tonta para distraerme tan fácilmente?

Marta frunció el ceño de forma dramática

— ¡Pensamos que te gustaría! ¡Anda! ¡Pruébate!

Lucinda corrió hacia Circe como una niña emocionada, su demacrada cara pálida y su labial rojo medio despintado.

— ¡Si, pruébate! ¡Creo que se te verá precioso!

Lucinda fue detrás de Circe para poner el collar alrededor de su cuello.

— ¡De acuerdo! Veamos que tal se ve, si eso las hace felices.

Dijo Circe, y en cuanto Lucinda abrochó el collar Circe calló en brazos de su hermana.

Así es hermanita, ¡duerme!

Las tres brujas cargaron a Circe hasta su habitación y la dejaron en la suave cama de plumas, donde durmió tranquilamente





para que sus hermanas pudieran continuar sus malvadas intenciones de forma ininterrumpida.

- Te despertaremos cuando todo haya terminado, querida hermanita, y nos agradecerás por vengar tu corazón roto.
- ¡Nadie lastima a mi hermana!
- ¡Shhh! ¡Vas a despertarla!
- Nada va a despertarla, o hasta que le quitemos el collar de su hermoso y delicado cuello...
- No va a estar enojada con nosotras, ¿verdad?
- No, no podría, ¡estamos haciendo esto por su propio bien!
- Sí, ¡por su propio bien!





CAPITULO XXII EL ESPEJO ENCANTADO

Las hermanas habían visto lo suficiente de Bella y la Bestia a lo largo de muchos días para saber cómo para saber a dónde iban con eso; con sus jugueteos diarios, avistamiento de aves y sus asquerosas miradas tiernas, eso había sido todo lo que ellas habían podido soportar sin sentir náuseas.

Si alguno de ellos tenía el valor de besarse, se acabaría. El hechizo se rompería. Gracias a Hades, Bella y la Bestia eran muy penosos como para dar el primer paso, así que el hechizo de las brujas estaba a salvo, por ahora. Lo que ellas necesitaban era enfocar sus atenciones en alguien que pudiera separar a Bella y a la Bestia antes de que llegara el desastre, y fue entonces cuando tuvieron su idea.

Se reunieron de nuevo junto al fuego, esta vez lanzándole un polvo plateado que despidió un olor pútrido.

—Haz que extrañe a su padre, querido fuego, muéstrale a Bella su más grande miedo.

Las risas de las brujas crecieron en un remolino cacofónico que viajó con los vientos al castillo encantado de la Bestia, lanzando un mal presagio sobre todos los amantes que se tomaban de las manos bajo la luz de la luna.

Las hermanas miraron.

—Bella, ¿eres feliz aquí, conmigo? Las enormes patas de Bestia envolvían sus pequeñas manos mientras esperaba su respuesta.

—Si —contestó ella, dándole la espalda.





—¿Qué sucede?

Se veía destrozada.

—Ojalá pudiera ver a mi padre otra vez, solo por un momento.
Lo extraño mucho.

—Hay una manera

Dijo él.

Las hermanas aun miraban y contenían la respiración.

— ¡La está llevando al Ala Oeste!

Susurro Ruby, como si los dos amantes pudiesen escuchar los comentarios de las hermanas.

—¡Muéstrale el espejo!

Grito Martha.

Cálmense, hermanas. Él le mostrará el espejo —dijo Lucinda, sonriendo, mientras observaban para ver que ocurría después.

—¡Shhh! —siseo Martha— Él está diciendo algo.

—Este espejo puede mostrarte todo, todo lo que desees ver.

Las hermanas tuvieron que cubrir sus bocas para amortiguar los chillidos de alegría que amenazaban con brotar de sus finos labios color rojo rubí.

—¡Tómalo! ¡Toma el espejo! —grito Lucinda, intentando hacer que Bella tomara el espejo encantado de Bestia— ¡Lo tomó!

—Me gustaría ver a mi padre, por favor —dijo Bella mientras miraba el pequeño espejo de mano.





Las hermanas corearon sus perversas palabras una vez más.

—¡Haz que extrañe a su padre, querido fuego, muéstrale a Bella su más grande miedo!

Sus carcajadas se escucharon a través de las tierras, y con ellas viajo su vil magia. Bella sintió un terrible escalofrío.

—¡Oh, papá! ¡Oh no! Él está enfermo, tal vez muriendo, y está completamente solo.

Ruby derribo el cuenco de adivinación, derramando el agua en el suelo de madera de la casa de jengibre. No podían ver más a Bella ni a la Bestia ni tampoco manipular sus voluntades.

—¡Martha, pronto, trae más agua! Martha tomo el cuenco de plata y lo lleno con agua salpicando un poco al volver con sus hermanas, quienes ahora se encontraban en el suelo angustiadas.

—¡Aquí esta! ¡La tengo! —grito.

—¡Miren! ¡Están empezando a aparecer! ¿Qué está pasando?

Ruby golpeo sus puños contra el suelo mojado una y otra vez, tan violentamente que sus manos empezaron a sangrar.

—¡Ruby, para! ¡Se marcha! ¡Se va, a con su padre! ¡Él la ha liberado!

El rostro de Ruby estaba surcado por negras lágrimas.

—¿Pero él le dio el espejo? ¿Se lo llevo con ella? ¡No pudimos terminar el hechizo!

Lucinda miro a sus hermanas exhaustas, a causa de los largos días de practica de brujería.





—No hay nada de que preocuparnos, hermanas, ella tenía el espejo cuando se fue.

Ruby mostro una maliciosa sonrisa.

—Todo está listo, entonces. Perfecto.

La odiosa risa de las hermanas lleno la habitación mientras ellas enfocaban su atención en alguien que no necesitaran persuadir demasiado para cometer alguna artimaña.





CAPITULO XXIII EL COMLOT DE LAS BRUJAS

Gastón estaba sentado en un gran banquete en su comedor, el cual estaba pesadamente decorado con los varios animales que había matado durante sus muchas cacerías. La silla que estaba a la cabeza de la mesa, en la cual estaba sentado, por supuesto, estaba adornada con la cornamenta de un alce y tapizada en pieles. Su barbilla partida sobresalía un poco mas de lo usual, lo cual daba a entender que estaba de muy buen humor – hasta que las Hermanas Extrañas entraron gritando, fastidiando su banquete de una vez.

—¡Miren, brujas tontas! No dejare que irrumpen en mi casa entrando y saliendo sin anunciarse.

—Sentimos molestarte mientras comes, Gastón, pero tenemos noticias que podrías encontrar interesantes.

Gastón clavo su cuchillo en su mesa de madera.

—¡Primero envían esa escurridiza creatura a vigilarme, y ahora esto! ¡Vienen cuando lo desean, para pedirme favores, sin duda!

Ruby movió nerviosamente su cabeza a la derecha preparándose para hablar, pero fue Martha quien defendió a Pflanze.

—Ella no está aquí para espiarte Gastón. Está aquí para ayudarte.

La risa de Gastón rivalizaba con la de las brujas; llenaba el pasillo y resonaba en los oídos de las brujas.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme? ¡Porque, soy el hombre mas fuerte y atractivo en este pueblo!





Las hermanas le dedicaron una mirada vacía, preguntándose si el, o alguien más, realmente creía eso.

—Si, ayudarte, Gastón. Encontramos a Bella, y ahora va camino a ver a su padre.

Gastón suavizo su mirada hacia las brujas por primera vez desde que estas habían llegado. Finalmente habían captado toda su atención.

Sus vestidos eran color rojo oscuro, del tono exacto de sus labios, los cuales estaban pintados para parecer de muñeca. Sus cabelleras, tan negras como cuervos, estaban peinadas en rizos a la altura de los hombros, alrededor de sus rostros pálidos, adornadas con largos tocados de plumas color rojo.

Eran dolorosamente delgadas y se veían ridículas con sus vestidos de gala, como seres esqueléticos que habían sido revividos para asistir a un baile de etiqueta.

—¿Encontraron a Bella?

—Oh si, encontramos a tu querida amada. —Canturreo Ruby—
¡No podrá resistirse a ti!

Gastón se miró a sí mismo en el reflejo de su brillante cuchillo y dijo,

—Bueno, ¿Quién puede?

Lucinda sonrió, intentando que Gastón no detectara su repulsión.

—Hemos arreglado las cosas para garantizarlo, en la ligera posibilidad de que ella *pueda*.

Gastón alzo una ceja con curiosidad, pero Martha continuo antes de que el pudiera comentar algo.





—Nos gustaría que conocieras a un amigo nuestro—dijo ella con una malévola sonrisa en su rostro blanco, con su maquillaje que hacía que se viera extrañamente hermosa. —Un amigo muy querido que pensamos que estará mas que feliz por ayudarte. Gastón tuvo que preguntarse el de que clase de personas se acompañarían las brujas.

—Su nombre es Monsieur D'Arque. Se encarga del Sanatorio Respondió Lucinda, mientras ella escuchaba los pensamientos de Gastón.

Gastón no estaba sorprendido de que las hermanas fueran amigables con el sinvergüenza que se encargaba del Sanatorio.

Martha detallo:

—Maurice, el padre de Bella, ha estado delirando sobre una bestia, ¿no? Quizá el Sanatorio sea justo el lugar para él.

Ruby trino con deleite cuando añadió:

—Aunque estoy segura de que no habrá necesidad de que sea internado si Bella se casara contigo. Estoy segura de que podrán cuidar bien de Maurice entre los dos.

Gastón entendió lo que querían decir al instante, y fue golpeado por lo brillante que era la idea.

El, por supuesto tomaría el crédito de la idea por completo.

—Hmmm. El pobre y viejo Maurice *había* estado delirando como un lunático. Porque justo la otra noche, el estaba farfullando incoherencias sobre Bella siendo capturada por una bestia.

—¿Ves? Le harías un favor a ambos si te casaras con Bella. Alguien necesita cuidar al pobre tipo.





CAPITULO XXIV LA TRAICIÓN DE BELLA

D'Arque estuvo más que contento de cumplir con la petición de Gastón de llevar a Maurice al sanatorio, si Bella no accedía a casarse con él. Sabía muy bien que Maurice era sólo un hombrecillo raro que amaba sólo una cosa más que sus ruidosos aparatos, y esa era su hija, Bella. D'Arque estaba demasiado feliz. Sus arcas estaban llenas, había hecho una nueva alianza con Gastón y estaba a punto de participar en un buen juego de *skullduggery*¹ a la antigua.

Era consciente de lo intimidante que parecía iluminado por la antorcha, y no amaba nada más que causar miedo. Gastón y su muchedumbre se reunieron, con toda su fuerza, frente a la casa de Maurice. Eran un grupo ruidoso recogido por Gastón, de la taberna, a la hora de cerrar. No había nada tan amenazante como un montón de gamberros después de una larga noche bebiendo, con oro en sus bolsillos y odio en sus corazones— los cuales, en este caso, fueron suministrados por Gastón —Había pocas dudas de que Bella no aceptase casarse con el fanfarrón, ¿y por qué no casarse con él? Es imposible que ella aspire a más ¿Quién más en la ciudad la querría, con todas sus maneras extrañas?

Bella abrió la puerta, sus ojos estaban llenos de miedo.

— ¿Puedo ayudaros? — preguntó.

¹ Trampas o embustes. Se utiliza cuando una persona consigue algo por medios poco claros y sospechosos. Otras palabras empleadas: Jiggery-Pokery. Aprox. española 'Tejemehejes'.





— He venido a recoger a tu padre —dijo D'Arque. Su seca cara de cráneo parecía horrible a la luz de la antorcha.

— ¿Mi padre? —preguntó confundida.

— No se preocupe, *mademoiselle*², cuidaremos bien de él.

Bella estaba presa del miedo. Ella comprendió, cuando vio el carro de D'Arque en la distancia, que se estaban llevando a su padre al manicomio.

— ¡Mi padre no está loco!

En el pequeño estudio de la Bestia, donde las brujas lo habían encontrado cavilando, vieron a través de los ojos de Pflanze, todo lo que estaba sucediendo.

— ¡Mira!, ¡mira aquí! Ella va a traicionarte —dijo Ruby; pero la bestia no iría al espejo que las brujas habían traído consigo para poder ver lo que Pflanze vio.

— Ella no me traicionará, ¡lo sé! —La risa de las brujas llenó la cabeza de la Bestia, haciendo que se vuelva loco.

— ¡Ella nunca te amó!, ¿cómo podría hacerlo? ¡Era tu prisionera!; sólo fingió amarte. ¡Así que la dejaste ir! ¿Cómo podría amar a alguien tan repugnante como tú?

La ira de la Bestia se elevó a alturas peligrosas. Su rugido hizo que el candelabro sonara y la habitación temblara, asustando incluso a las hermanas; pero Lucinda persistió.

— ¡Mira! ¡Aquí está la prueba si no nos crees! —, y ella le mostró el espejo.

² Señorita (en francés).





Bella estaba de pie frente a una multitud enojada. Sosteniendo el espejo encantado; ella gritó

— ¡Muéstrales la Bestia!

Su rostro apareció en el espejo, aterrador, feo y asqueroso, con su rugido aterrorizando a la multitud.

— ¡Ves! ¿Ves? ¡Ella te ha traicionado! —dijo Lucinda mientras bailaba en el estudio de la Bestia.

— ¡Ella nunca te amó! —gritó Ruby, acompañando a Lucinda, en su absurda danza— ¡Siempre ha amado a Gastón! —dijo Martha, brincando como un trastornado pavo real, con sus hermanas, mientras se mofaban de la Bestia.

— ¡Van a casarse en la mañana, después de que te mate!

Todas cantaron al unísono, mientras bailaban en círculo—. Fue su plan todo el tiempo, ¡ya ves! —Se reían, y su baile se volvía aún más repugnante.

La Bestia fue, finalmente, derrotada. Completamente disminuido y con el corazón roto, apenas podía acercarse a sus miradas cuando les pidió a las hermanas que se fueran—. Por favor, váyanse. Has conseguido lo que querías. He sufrido por herir a tu hermana. Ahora, por favor, quiero estar solo.

La risa de Lucinda era más siniestra de lo que había oído antes.

— ¡Oh, y tú estarás solo! ¡Solo para siempre, por siempre una bestia! —Y las hermanas se habían ido antes de que el sonido de su risa saliera de su estudio. Estaba solo y sabía que había traído todo esto sobre sí mismo.





Solo una cosa lo confortaba: finalmente había aprendido lo que era amar. Y el sentimiento era más profundo y más significativo que cualquier otra cosa que había sentido antes. Sentía que estaba muriendo. Para morir, uno primero debe haber estado vivo. Y la Bestia, finalmente, pudo decir que, al encontrar el amor, había vivido.





CAPITULO XXV LA FIESTA DE LAS BRUJAS

La alta casa verde, con persianas negras y un techo de gorro de brujas, se silueteaba un poco demasiado perfectamente, contra un crepúsculo azul profundo; era como un recorte de papel de una casa de muñecas. Nada de las brujas parecía real, ni siquiera su casa. Dentro, mientras veían la muerte de la Bestia en los muchos espejos encantados que habían colocado alrededor de su salón principal, las brujas bailaban. Bebieron vino de miel, salpicándolo en sus profundos vestidos púrpura, que florecieron sobre ellos mientras giraban en círculos, riendo en la cara de su propia locura frenética.

Ellas detendrían su bacanal³, solo para burlarse de la Bestia y alabarse a sí mismas por haber visto a través de la maldición.

— ¡Se ha dado por vencido! —Ruby deliraba—. ¡Quiere morir!

Lucinda se burló—. Tiene el corazón roto, hermanas. ¡Prefiere morir que vivir sin esa estúpida chica! —Las tres hermanas se rieron—. ¡Ahora sabe lo que es tener el corazón roto!

Las hermanas estaban todavía más emocionadas de ver llegar a la multitud de Gastón—. ¡Están atacando el castillo! —La turba de Gastón habría destruido el castillo si no fuera por los sirvientes.

— ¡Malditos tontos! —Gritó Lucinda—. ¡Están tratando de defender al demonio!

³ Bacanal se refiere a las fiestas del imperio romano celebradas en honor al dios Baco. Bacanal también significa orgía con mucho desorden y tumulto, pues estas fiestas terminaban así.





Marta escupió al espectáculo escandaloso entre la multitud y los sirvientes.

— ¡Hermana!, ¡no escupas en nuestros tesoros! —Regañó Ruby, y luego contempló una vista muy agradable—. ¡Mira! ¡Gastón está ahí! ¡Están peleando en el techo!

Las hermanas estamparon sus pies, aleteando salvajemente en una danza maníaca mientras cantaban— ¡Mata a la Bestia! —una y otra vez. Lo dijeron hasta que sus voces estaban crudas, mientras veían el sangriento encuentro entre los viejos amigos, que ahora estaban malditos para que no se acordaran el uno del otro. La Bestia ni siquiera trató de defenderse. Gastón iba a matarlo, y parecía que la Bestia le había dado la bienvenida, como las hermanas habían esperado que lo hiciera.

— ¡Mátalo, mátalo, mata a la Bestia!

Gritaron, como si Gastón pudiera oír sus palabras, pero algo cambió, algo no estaba bien. La Bestia vio algo que las hermanas no podían ver. Fuera lo que fuera le dio la voluntad de luchar.

— ¿De qué se trata? —gritaron mientras corrían de espejo en espejo, tratando de conjeturar lo que posiblemente podría haber inspirado a la Bestia a luchar, y entonces se dieron cuenta.

Bella.

¡Esa chica horrible, Bella!

— ¡Deberíamos haberla matado, cuando tuvimos la oportunidad! —Chilló Ruby.

— ¡Lo intentamos! —Lucinda, Ruby y Martha, vieron cómo la Bestia dominaba a Gastón. Lo tenía por la garganta, colgándole por el lado del castillo.





— ¡Rápido, coge el cuenco de adivinación! —Lucinda revolvió en la despensa en busca de los aceites y hierbas que necesitaban para el escurridizo tazón, mientras Ruby llenaba el cuenco de plata con agua y Martha sacaba un huevo de la nevera. El huevo flotaba en el agua como un ojo malévolo, mientras Ruby echaba los aceites y hierbas.

— ¡Haz que la bestia recuerde cuando eran jóvenes! —Martha y Ruby miraron a Lucinda, boquiabiertas.

— ¿Qué? —Lucinda estaba presa del pánico.

— Eso no rima, Lucinda.

Lucinda puso los ojos en blanco, irritada—. ¡No tengo tiempo de pensar en una rima! ¡Solo dilo! —Ruby y Martha se miraron, pero no repitieron la frase—. ¿Qué? —Lucinda preguntó de nuevo.

— No es tan divertido, si no rima.

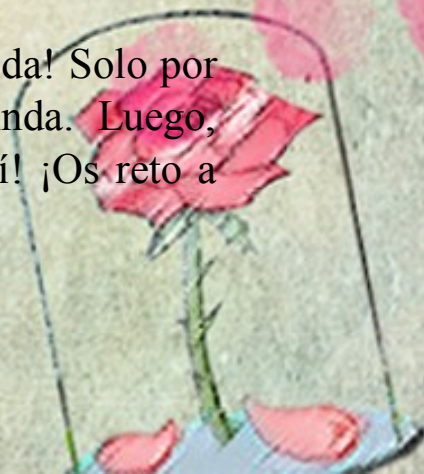
Lucinda revisó los espejos. La Bestia aún tenía a Gastón por el cuello y estaba a punto de soltarlo—. ¡Hermanas, díganlo conmigo ahora, si quieren salvar a Gastón!

Ruby y Martha cedieron—. ¡Bien! Haz que la Bestia recuerde cuando eran jóvenes. —Sus voces eran planas y nada entusiastas.

— ¡Dilo otra vez! —Gritó Lucinda—. ¡Dilo más fuerte!

— ¡Haced que la Bestia recuerde cuando eran jóvenes! —gritaron las hermanas.

— ¡Recordad cuando erais niños y él os salvó la vida! Solo por un momento, recordaos el uno al otro —gritó Lucinda. Luego, mirando a sus hermanas, añadió: — ¡No me miréis así! ¡Os reto a hacerlo mejor!





Ruby estaba paralizada por algo que vio en el espejo más cercano a ella—. ¡Mira, funcionó, lo está dejando ir!

La Bestia estaba trayendo a Gastón de vuelta al techo por el cuello.

— ¡Fuera! —Gruñó, dejando a Gastón a un lado. Las hermanas sabían que Gastón no se iría. Contaban con ello.

— ¡Bestia! —Era Bella. Estaba extendiendo su mano hacia él, mientras subía por la torreta para besarla.

— ¡No! —gritaron las hermanas—. ¡No!

Pero antes de que Lucinda pudiera recitar otro encantamiento, sus hermanas gritaron de júbilo al ver a Gastón clavando un gran cuchillo en un costado de la Bestia. Sin embargo, su deleite se transformó en miedo cuando vieron a Gastón perder su equilibrio y caer de la torre del castillo a su muerte abajo.

No importaba. Gastón ya no importaba— no a las brujas— Él les había dado lo que querían; la Bestia estaba muriendo. Estaba muriendo en los brazos de su amante, con el corazón roto.

— ¡Vayamos a por Circe! ¡Tiene que ver esto!





CAPITULO XXVI LA ENCANTADORA

Lucinda entró sigilosamente en la habitación de Circe y miró a su hermana pequeña dormida. Se veía tan tranquila y hermosa durmiendo allí. Mientras desabrochaba el collar, Lucinda supo en su corazón que Circe estaría agradecida por lo que sus hermanas mayores habían hecho por ella.

Circe abrió los ojos, luego parpadeó, tratando de ver cuál de sus hermanas la estaba mirando con una expresión tan insegura en el rostro.

—Lucinda —ella le sonrió.

—Circe, tenemos algo que mostrarte. Algo muy importante. Ven conmigo.—

Lucinda llevó a su hermana a la otra habitación.

Cómo debió de parecerle a Circe, que no había estado al tanto de los acontecimientos de la noche. La habitación estaba iluminada por una cantidad extravagante de velas, todas blancas y que se reflejaban maravillosamente en los muchos espejos encantados colocados alrededor del espacio.

En el espejo más grande vio a la Bestia.

—¿Qué es esto?





Preguntó mientras corría hacia el espejo y colocaba su mano sobre su hermoso marco plateado— ¿Está muerto?

Sus tres hermanas estaban allí de pie, con las manos juntas, como niñas ansiosas esperando elogios.

Circe miró el cuenco de adivinación y luego volvió a mirar a sus hermanas. Se sentía enferma, vacía e inhumana— ¿Ustedes hicieron esto?

Pensó que iba a enfermar.

No dijeron nada.

—¿Ustedes lo mataron? —ella lloró.

—¡No! Fue Gastón. ¡Lo mató!

Circe no podía respirar. —¡Con su ayuda, ya veo! —dijo mientras arrojaba el cuenco de adivinación al otro lado de la habitación.

—¡Pensamos que serías feliz, Circe! ¡Lo hicimos por ti!—

Circe miró a sus hermanas en estado de shock— ¿Cómo pueden pensar que querría esto? ¡Mira a la chica! ¡Tiene el corazón roto!—

Estaba mirando a Bella en el espejo encantado.

—Te amo

Le dijo Bella a la Bestia mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Circe también estaba llorando. Su corazón se llenó de pavor y pesar.

—¡Nunca quise que esto sucediera! —ella continuó— ¡Miren! ¡Ella lo ama! Esto no es justo. ¡Lo traeré de regreso! Le estoy dando la oportunidad de romper la maldición.





Las hermanas extrañas comenzaron a gritar en protesta mientras avanzaban hacia su hermana pequeña, pero la furia de Circe las hizo volar hacia atrás hasta que quedaron clavadas a la pared.

—Ni una palabra más, ¿entienden? ¡Digan una palabra más y le daré sus voces a la bruja del mar!—

Lucinda, Ruby y Martha sabían que los poderes de su hermana pequeña eran mucho mayores que los de ellas, pero siempre habían podido controlarla porque era la más joven. Sin embargo, ahora parecía que el tiempo había pasado. Estaban demasiado asustadas para hablar; como muñecas rotas, parecían inanimadas y congeladas en sus extrañas poses mientras Circe continuaba arremetiendo contra ellas.

—¡Lo traeré de vuelta! Lo estoy devolviendo a la vida, ¿entienden? Si él también la ama, la maldición se romperá. ¡Y nunca intentarán revertirlo!—

Sus hermanas colgaban allí, inmovilizadas, incapaces o no queriendo moverse, sin decir una palabra.

—¡Nunca más se metan con el Príncipe o Bella! Si lo hacen, cumpliré mi promesa. ¡Le daré sus voces a Úrsula y nunca más podrán usar su magia repugnante! —

Las hermanas extrañas se limitaron a mirarla, con los ojos muy abiertos, sin decir nada, como les habían ordenado.





CAPITULO XXVII FELIZ PARA SIEMPRE

Circe puso su mano sobre la cara del espejo donde vio a Bella llorando por el cadáver de la Bestia. La pobre piensa que acababa de perder al amor de su vida.

—No si puedo evitarlo

Dijo Circe mientras lanzaba su magia.

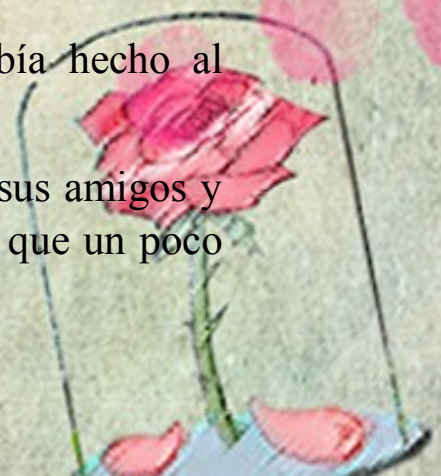
Las luces rosas y plateadas se derramaron alrededor de ellos, levantando el cuerpo de la Bestia en el aire. Su cuerpo se retorció y enredó con las luces brillantes hasta que ya no era la Bestia.

Era el hombre que Circe había conocido tantos años antes. El Príncipe. Su rostro ya no estaba empañado por la ira, la vanidad y la crueldad. Podía ver que su alma había cambiado de verdad. Con su magia, Circe rodeó a los amantes con una luz que se elevó hacia el cielo y cayó en cascada de nuevo, lloviendo hermosas chispas, transformando el castillo y todos los que estaban dentro de él a sus formas originales.

—¡Lumiere! Ding Dong! Oh! Sra. Potts! ¡Mírenos! —gritó el príncipe al ver a sus amigos más queridos por primera vez en muchos años.

Circe sonrió al ver lo encantados que su magia había hecho al Príncipe y a Bella.

Eran felices, estaban enamorados y rodeados de todos sus amigos y familiares, incluido el padre de Bella, que parecía más que un poco





confundido de repente al estar en un baile elegante cuando solo unos momentos antes había estado en ese espantoso sanatorio. Pero no iba a preocuparse por eso en ese momento.

Estaba feliz de ver a su amada Bella de nuevo.

Resultó exactamente como Circe esperaba. El Príncipe finalmente había aprendido lo que era amar, amar de verdad y que ese amor regresara.

Ella sonrió de nuevo, echó una última mirada al príncipe y a Bella bailando en el gran salón antes de borrar su imagen del espejo encantado, dejándolos vivir y amar felices para siempre.

FIN

